



Inspirado en las novelas de Jane Austen

APRENDIENDO
a Amar
1.ª Parte

ANNE MARIE WARREN

APRENDIENDO
a Amar
1ª Parte

ANNE MARIE WARREN

©1ª Edición Marzo 2017

©Copyright y edición de la obra: Anne Marie Warren

Diseño de portada: Alexia Jorques

Maquetación: Teresa Cabañas

Promoción: Proyecto romance

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor.

*Dedicado a una mujer especial que me llevó en su ser
y me ha apoyado en cada momento del duro viaje de la vida.*

*Pues sin tu alegría, tu manera de querer sin condiciones,
no habría llegado a realizar mis sueños.*

Para ti mamá, por ser mi heroína, mi guía, y mi modelo a seguir.

•

Capítulo I

Hampshire, Inglaterra

Primavera de 1873

Aunque se trataba de una hora temprana, las calles de Londres ya estaban atestadas de comerciantes, transeúntes y pilluelos que vagaban por la ciudad a la caza de un incauto al que robar. Algo normal para una urbe superpoblada que cambiaba para adaptarse a los nuevos tiempos, y que luchaba desesperada para salir adelante.

Lo que no era tan normal a esas horas, era ver parar un lujoso carruaje frente a la puerta del prestigioso bufete de abogados Jenkins & Hopkings. No por ser poco frecuente que un destacado miembro de la nobleza se adentrarse entre sus muros, sino por ser una hora tan poco apropiada para un aristócrata al encontrarnos al inicio de la temporada.

Las miradas más curiosas no quisieron perderse detalle y así poder decir que habían visto al conde de Hampberg, al marqués de Cordugert o a cualquier otro honorable miembro de la alta sociedad. Cuál fue su regocijo cuando pudieron contemplar durante unos instantes al magnífico y enigmático conde de Brandbury. Título que acababa de heredar tras la muerte de su padre y que contaba con un suculento escándalo a sus espaldas.

Y es que tiempo atrás, debido a una fuerte discusión, padre e hijo habían roto todos los lazos que les unían, excepto los que la sangre ligaba por necesidad. Esta separación no pilló por sorpresa a nadie de entre sus conocidos, pues el fuerte carácter de ambos, sus maneras de pensar opuestas, y el legendario orgullo de la familia, les impidieron sostener una convivencia cordial, y terminaron alejándose sin posibilidades de reconciliación. Todos estos

motivos los mantuvieron apartados durante los seis años que el viejo conde sobrevivió a estar sin su hijo, y en los cuales vivió en soledad en su aislada mansión campestre.

En el pasado, el joven Braxton, conocido ahora como el nuevo conde de Brandbury, había estado esperando impaciente hasta cumplir su mayoría de edad para recibir la pequeña herencia de mil libras por parte de su difunta madre, y así poder independizarse de su dominante padre. Con ganas de probar suerte en el mundo y demostrar su valía en la vida, se dedicó a probar en el negocio de las importaciones, con el fin de ver crecer su fortuna y de hacer sufrir a su padre por tener un hijo que se manchaba sus ilustres manos con trabajos propios de plebeyos.

Si bien la fortuna no le favoreció durante los tres primeros años al tener que asumir pérdidas en sus inversiones, y viendo como su herencia se iba gastando al querer mantener el elevado nivel de vida al que estaba acostumbrado. Es por ello se vio obligado a aprender de sus errores para poder mantener sus privilegios, teniendo además la suerte de conocer a un joven hombre de negocios llamado Aron Sheldon, el cual le abrió puertas y le acogió como un hermano.

Sus ideas progresistas, y su forma de actuar tan poco clasista, se ganaron algunos reproches y el desplante de las familias más respetables de Londres. Pero también pudo contar con el respaldo de un buen número de aristócratas que como él, pensaban que el momento del cambio había llegado, pues con la aparición de la industria, los nuevos adelantos científicos, y la masiva migración a las ciudades, veían como la antigua forma de vida inglesa estaba llegando a su fin.

Si en algo era conocido el nuevo conde de Brandbury era por su porte elegante, su mirada de mar embravecido, su rebelde cabello azabache y su impecable forma de vestir. Se le consideraba además como un hombre serio, formal, reservado y nada dado a los excesos tan típicos de la aristocracia. Virtudes que muchos catalogaban como defectos y otros elogiaban sin reparos.

El joven Lord era calificado como un dandi al que las damas seguían con la mirada en las pocas ocasiones en que se dejaba ver, pues sus apariciones en las veladas sociales eran tan escasas que descubrirlo en una de ellas se consideraba un acontecimiento. Se rumoreaba que su mayor amor era su

negocio y que contaba con los favores de una amante a la que mantenía en secreto. Algo normal en un joven heredero de veinticuatro años.

Pero ese día el semblante del nuevo conde era más adusto de lo normal y ninguna mirada se atrevió a cruzarse con la suya. En muy pocas zancadas consiguió llegar hasta la puerta del prestigioso bufete, y con solemnidad entró decidido al interior del oscuro edificio de ladrillos.

Sin dilación, y con la eficacia propia de un servicio de tan alta fama, el joven Lord fue llevado hasta el despacho donde el mismísimo Jenkins le estaba esperando. Con la puntualidad propia de un inglés, la alta figura del conde hacía su entrada en el mismo momento en que las campanadas del reloj de cuco sonaban, dando la hora acordada del encuentro entre ambos.

Como era de esperar el viejo y rechoncho abogado se levantó para recibirle con el respeto que un conde merecía. Cortés se inclinó para saludarle y le indicó que tomara asiento frente a él. Sus años de abogacía entre nobles le habían enseñado que las formalidades eran necesarias si quería prosperar, pues un simple abogado sin apellido destacado no podía hacer carrera, sin estar sujeto a los caprichos de los que habían nacido en cunas más elevadas.

—Lord Brandbury —empezó diciendo el abogado—, en nombre de Jenkins & Hopkings le doy nuestro más sentido pésame por el fallecimiento de su padre.

Sin la mínima muestra de pesar en el rostro el nuevo lord simplemente asintió, dejando claro de esta manera que el tema quedaba zanjado. No es que el nuevo lord no tuviera corazón, ni mucho menos, sino que las normas de etiqueta impedían mostrar en público cualquier tipo de emoción, pues esto era un tema del todo impropio de un caballero.

Jenkins conocía estas normas y por ello no le dio importancia a su sequedad de carácter. Llevaba muchos años sirviendo a los nobles y ya pocas cosas le sorprendían de ellos. Este era el motivo por el cual habían elegido como lema principal de su bufete; escuchar, callar y olvidar.

—Si le parece podemos empezar con... —incómodo por las noticias que debía decirle, carraspeó para ir preparándose— Los asuntos pendientes del difunto conde de Brandbury.

Una leve inclinación de cabeza de su interlocutor le indicó que estaba de acuerdo, otorgándole también de esta manera su permiso para continuar.

—En primer lugar, le comunico que puede disponer de Brandbury Hall cuando milord lo crea oportuno, pues dispuse que todo estuviera preparado para su llegada. Por otro lado, en caso de que prefiera permanecer en Londres, le aconsejo que requiera de los servicios de un...

—¿Qué es lo que tanto le cuesta decirme? —la voz firme del conde le cortó en seco y le indicó que era un hombre con poca paciencia al que no podría manipular.

Si bien el anciano abogado era conocido por su sangre fría, la profunda voz del conde le hizo empezar a sudar y a maldecir su mala suerte. Nunca había sido de su agrado el dar malas noticias, y mucho menos cuando se trataba de individuos con un carácter tan arisco como el del joven lord. Armándose de valor, y secándose el sudor de la frente con un fino pañuelo de lino, solo pudo respirar profundamente y rezar para salir lo antes posible de esa reunión.

—Lamento comunicarle que debido a la mala gestión en las tierras por parte de su difunto padre, junto con unos gastos excesivos, su herencia se ha visto seriamente mermada —le anunció el abogado sin atreverse a mirarle a los ojos.

Un silencio pesado se posó sobre ellos y reseco las gargantas de ambos oradores. Cuando Jenkins empezó a pensar que lord Brandbury se había quedado petrificado, este dio una ligera muestra de que aún respiraba pues tomó aire para disponerse a hablar.

—Continúe —fue lo único que pudo decir.

—Por lo que he podido verificar, su padre fue perdiendo dinero año tras año al negarse a hacer mejoras en sus tierras y al dilapidar fuertes cantidades de dinero en el juego. Todo el capital disponible ha ido a parar a sus acreedores, que no eran pocos, por lo que la herencia se ve reducida al título, a las tierras y a una deuda de ochocientas libras que tendrá que abonar cuánto antes.

—Un título que no vale para nada si las tierras generan pérdidas y no hay capital para hacerlas productivas.

—Estoy convencido que un hombre con su talento para los negocios sabrá cómo sacarles provecho. Solo necesita una fuerte inversión de capital para efectuar los pagos y hacer las mejoras, y en unos pocos años la grandeza de los Brandbury estará restaurada.

El semblante serio de lord Brandbury le indicó al abogado que las condiciones económicas del caballero no eran tan solventes como él pensaba, y por ello la inesperada noticia había sido acogida como un jarro de agua fría en pleno invierno. Un brillo burlón apareció en los ojos del joven conde, consiguiendo que Jenkins volviera a respirar con normalidad.

—Muy propio de mi padre el dejarme al borde de la ruina. Al final el viejo se salió con la suya y me ha devuelto con creces todos los agravios que le causé durante estos años.

—Imagino que usted no sabía nada de esta desafortunada situación.

Una fría mirada le hizo temblar, indicándole que su respuesta era obvia y que no estaba de humor para tonterías.

—El caso es que... —carraspeó por segunda vez— es necesario hacer unas mejoras en las tierras o en un par de años podría perderlo todo.

—¿En qué condiciones está la mansión? —quiso saber el conde.

—Me tomé la libertad de hacer un inventario de sus bienes, y de comprobar la situación de Brandbury Hall. He de comunicarse que aunque la mansión esta algo antiguada, pues carece de las nuevas comodidades, su mantenimiento no se ha descuidado y no presenta un deterioro importante. Si bien, como es lógico, es conveniente realizarle algunas reformas para mejorarla y adecentarla para impedir su deterioro.

—¿Cuánto capital necesitaría para empezar con las reformas de las tierras y pagar las deudas?

—He hecho unas estimaciones con los gastos más urgentes y necesitaría mil doscientas libras para empezar y otras quinientas para terminar con todas las reformas.

—¿Me está diciendo que debo invertir una fortuna de mil setecientas libras para no perderlo todo?

—Me temo que así es milord.

—Y según me ha dicho, no obtendré beneficios hasta pasados unos dos años.

—Como mínimo.

Con todas las palabras dichas y toda la penosa situación asimilada, lord

Brandbury dio por terminada la reunión levantándose de golpe. Si bien había sido educado para mantener el aplomo ante cualquier situación, está a la que se enfrentaba distaba mucho de ser la adecuada para mantener la calma.

Si no hubiera sido por qué era un caballero, se habría puesto a maldecir a su padre y a su depravada forma de vida. Por culpa de su obstinación y su mala gestión ahora estaba a punto de perderlo todo, pues su pequeña fortuna distaba mucho de poder mantener unos gastos tan elevados como los que necesitaba las tierras familiares.

Como mucho podría hacer frente al primer pago de mil doscientas libras, pero para ello se quedaría sin un chelín en sus bolsillos y sin capital para poder mantener sus actuales negocios, por no hablar de seguir manteniendo ciertas comodidades.

La palabra ruina flotaba por su cabeza cuando salió del despacho sin mirar atrás, y se acomodó en su coche de caballos esperando a que llegara el sosiego. Todos sus planes, sus sueños e inversiones giraban en torno a esa herencia que creía su salvación, y que había resultado ser una losa que le oprimía las entrañas.

Durante seis años había luchado por hacerse un hueco entre los Lores del reino y la nueva clase emergente de ricos empresarios. Ganó cada penique con esfuerzo y aplomo con el fin de llegar a prosperar y ser respetado. Pero lo que más le dolía era que esperaba esa herencia para poder desposar al amor de su vida, pues la hija de un conde se merecía un marido que pudiera mantenerla y no hacerla perecer en la pobreza. Jamás llevaría a su amada a una vida de penurias y necesidades, cuando lo que deseaba era entregarle el firmamento entero.

La mala fortuna hizo que el tiempo no estuviera a su favor, pues hacia solo unos pocos meses se había asociado con su viejo amigo Aron Sheldon en la construcción de una fábrica textil de algodón, y todo indicaba que tras esperar un par de años la empresa empezaría a generar beneficios sustanciosos. Confiaba en la palabra de su amigo pues este provenía de una prospera familia de comerciantes y sabía que podía confiar en su criterio. Solo era necesario tiempo y eso era justamente lo que no tenía.

El plazo de espera de su amada Charlotte se agotaba, pues ya hacía tiempo que

insistía en contraer matrimonio, como también giraban en su contra las manecillas del tiempo en lo referente a su herencia y a su negocio.

Con este pensamiento se dirigió a su casa en Mayfair deseando sumergirse en un buen bourbon, y poder olvidarse de su padre y su maldita herencia. Mañana se enfrentaría al mundo y a las lágrimas de su amada Charlotte cuando le contara que su matrimonio debía esperar, o peor aún, posponerse indefinidamente.

Nunca antes había lamentado tanto llamarme lord Braxton Jennins, conde de Brandbury.

Capítulo II

Era por todos conocido, que cuando más se deseaba una cosa, más se confabulaba el universo para impedir que lo consiguieras.

Este era, sin duda, el motivo por el que Jane estaba perdiendo una mañana espléndida para montar a caballo, aun cuando la noche anterior lo había dejado todo bien preparado con este propósito. Llevaba tres semanas de una agotadora vida social desde que había dejado atrás su bella Greenville Hills, para alojarse en Londres y así poder asistir a los eventos propios de la temporada.

Su agenda había comenzado, como era de esperar en una joven debutante, con la presentación a la reina en el palacio de Saint James. Acto que se realizaba por la mañana y, por dictado real, debía acudir con un vestido antiguo que todas las asistentes odiaban llevar por su incomodidad. Después siguió el obligatorio baile en los salones de Willis, anteriormente conocidos como Almack's, cuya invitación consiguió gracias a lady Sophie Wyonick, madre de su mejor amiga Madison.

Desde entonces los actos sociales no habían cesado y empezaba a echar de menos sus matutinos paseos a caballo. Pero ¿Cómo iba a hacerlo si cada baile acababa de madrugada y tenía que prepararse para las visitas, los paseos por el parque, las compras, el inquebrantables té de las cinco con sus respectivos cotilleos sobre la velada anterior, y cientos de cosas más? No es que odiara tanta actividad o se aburriera, pues llevaba años soñando con su presentación y todo estaba siendo maravilloso. Tan solo era que echaba de menos unas horas para su disfrute personal y, sobre todo para hacer lo que más le gustaba, como era montar a caballo y tocar el piano.

Pero por supuesto, la suerte la había abandonado, y ahora tenía que pasar la mañana buscando a su pequeño por el barrio. Él nunca había visitado la ciudad, y debía de andar asustado por los alrededores sin saber a dónde ir. Tenía que encontrarlo, pues de lo contrario nunca se perdonaría haber sido tan

inepta al permitirle deambular solo por una ciudad que desconocía.

Resignada, y tras conocer por su doncella que lo habían visto adentrándose en los jardines traseros de la mansión de su vecino, Jane se colocó el primer bonete que vio y salió corriendo a su rescate.

Sin imaginarse que con ello comenzaría a cumplirse su destino.



Con un humor de mil demonios, Braxton entró en su mansión de Mayfair con la esperanza de que una buena borrachera lo animara, y le diera el valor suficiente para enfrentarse a su amada Charlotte.

Pero como era de suponer, nada sucede como uno espera, y por la prontitud con que su mayordomo le abrió la puerta, debía de estar esperándole un problema bastante grave. Llevaba demasiados años contando con él para el manejo de su mansión, y esto hacía que Braxton solo necesitara una mirada al normalmente inexpresivo rostro del hombre, para que supiera que algo malo estaba pasando.

Suspiró rindiéndose a su mala suerte, y deseó más que nunca haber tomado la decisión de dirigirse a su club de St James para tomarse una copa sin incidentes.

—¿De qué se trata Pratt? —preguntó con voz cansada.

—Verá milord, su vecina, la señorita Jane Grayson, ha requerido de la ayuda del personal de la mansión para buscar en los jardines a su... pequeño.

—¿Perdón cómo has dicho? —Incrédulo ante lo que acababa de escuchar, Braxton se quedó mirando fijamente a su mayordomo, pero cuando este se disponía a informarle cambió de opinión—. Déjelo, será mejor que lo vea con mis propios ojos y pedir explicaciones a dicha señorita.

Sin querer perder ni un minuto más de lo necesario en este asunto salió caminando enérgico hacia su jardín, hasta que se dio cuenta de un pequeño detalle. Estaba seguro de que si no fuera porque llevaba una pésima mañana ese dato no se le habría pasado por alto, pero después de recibir tan malas

noticias era lógico que su cabeza tardara en centrarse.

Paró en seco en mitad del hall, consiguiendo con ello que el pobre Pratt tuviera que frenar para no tragárselo, y se giró para mirar a su mayordomo.

—¿Has dicho señorita? —preguntó creyendo que debía de tratarse de un error, mientras buscaba al hombre impecablemente uniformado que se apresuraba a colocarse a una correcta distancia de su señor y se ajustaba su levita.

—Vera milord... —empezó a explicarle.

—Déjalo Pratt, creo que prefiero no saberlo.

—Como desee milord.

Y sin más siguieron su camino derechos a los jardines, aunque estaba vez el señor Pratt estuvo atento a posibles paradas precipitadas por parte de su señoría.

Una vez llegaron, Braxton vio algo que pensó que nunca presenciaría. Si esa mañana no hubiera sido una de las peores de su vida, estaba seguro que se hubiera reído a carcajadas. Pero sus ganas de reír no aparecieron y solo quedó la incredulidad de lo que estaba mirando.

Todos sus sirvientes, sin excepción, y eran cerca de veinte personas, estaban desperdigados por su jardín mientras revisaban setos, árboles y posibles escondites. La mayoría de los cuales eran escondrijos absurdos al ser demasiado diminutos para un niño. El mozo de cuadra incluso se lo estaban tomando demasiado en serio, pues se había encaramado a lo alto de un árbol como si de un mástil se tratara, y avistaba por la propiedad en busca del pequeño. Un niño que debía ser demás de listo muy menudo, si entre tantos sirvientes reunidos no lograban encontrarlo en su pequeño jardín privado.

Pero lo que le pareció verdaderamente estúpido, fue que hubiera sirvientes a cuadro patas y con el cuerpo metido entre los setos buscándolo. ¿De verdad pensaban que una criatura podía esconderse ahí sin ser visto? ¿Pero qué clase de sirvientes ineptos tenía a su servicio?

—¿Lo ve Williams?

La dulce voz lo devolvió a la realidad y se percató que debajo del árbol donde estaba encaramado su mozo había una mujer. No podía verle el rostro

pues esta le estaba dando la espalda, pero si podía darse cuenta de que era demasiado joven para tener un hijo de más de cuatro años. ¿A qué edad lo habría tenido? Pero sobre todo le interesaba saber por qué la había presentado su mayordomo como señorita.

Durante unos segundos se quedó mirando su cuerpo menudo que parecía querer tentarle, algo extraño pues él siempre había preferido las mujeres con buenas curvas. Pero lo que sí consiguió captar su interés desde el primer segundo, fue que supiera como se llamaba su sirviente, y que se estuviera tomando tantas libertades en una casa que no era la suya. Sin duda esa falsa señora debía de ser más fresca de lo que se había imaginado.

—Aún no señorita Grayson, pero debe de andar muy cerca —le respondió el mozo de cuadra tras echar una última mira por el jardín.

Sin poder aguantar por más tiempo esta falta de decoro por parte de una desconocida, se adelantó unos pasos para captar su atención.

—Disculpe. Soy lord Brandbury, y usted ha entrado sin mi permiso en la propiedad —quizás no fue muy diplomático con su vecina en ese primer encuentro, pero su paciencia ya había llegado al límite y no pudo evitarlo.

—¡Lord Brandbury, menos mal que está usted aquí! —exclamó la joven nada más escucharlo. Después se giró y quedó ante él.

Braxton pudo ver, en ese momento, el rostro angelical de una muchacha que debía de rondar entre los diecisiete y los diecinueve años. Era rubia, con unos vivaces ojos que llamaban la atención, y con la cara en forma de corazón que la hacía atractiva ante cualquier hombre. Suerte que a él siempre le habían gustado más las morenas. Como era el caso de su Charlotte.

—Yo... —empezó a decir ella.

Un segundo después de mirarle a los ojos, y por motivos que él desconocía, la muchacha quedó petrificada y en silencio. Era como si de pronto se hubiera visto ante algo que la había paralizado por la sorpresa. Aunque para él no tenía lógica ese comportamiento tan poco aceptable.

Braxton no sabía cómo tomarse que una desconocida se le quedara mirando de una forma tan descarada. Incluso a esa jovencita se le había olvidado cerrar la boca, y por lo que estaba viento, también parpadear. Incómodo por su

escrutinio carraspeó, y cambió el peso de su pie a modo de tic nervioso involuntario.

—¿Podría explicarme a que viene todo este despliegue de medios? —preguntó con la esperanza de que lo dejara de mirar de esa manera tan poco respetuosa.

La muchacha parpadeo y empezó a mover la boca pero no salió ningún sonido de su garganta. Desesperado, y sintiéndose cada vez más intranquilo, Braxton se dispuso a ser lo más grosero posible con el propósito de deshacerse de ella.

—No creo que una dama respetable vaya de casa en casa alterando su buen funcionamiento, y más que sea aconsejable que eduque a un pequeño cuando es tan evidente su falta de decoro.

Las palabras de Braxton causaron el efecto esperado, pues la joven tragó saliva y desvió la mira mostrando así que se sentía avergonzada.

—Lo lamento muchísimo milord. Sé que estoy cometiendo una falta imperdonable al presentarme ante usted sin ser antes debidamente presentada, pero comprenderá que se trata de algo excepcional y debía actuar con rapidez.

Ante las palabras elocuentes de la joven Braxton se sintió abochornado, pues se daba cuenta que ella tenía razón. Aun así orgulloso no quiso retractarse, pues estaba en su derecho de enfadarse con la extraña dama que había entrado en su casa y lo estaba alterando todo.

Con el semblante serio la miró fijamente, para hacerle ver que se sentía cuando te miraban de una manera tan descarada. Pero su sorpresa fue aún mayor, cuando la muchacha, de una forma completamente desvergonzada, le sonrió.

—¡Está bien! —Soltó enérgico y sintiéndose enrojecer por primera vez en su vida— ¡Será mejor que acabemos con esto cuanto antes!

—¡Estoy de acuerdo! No quiero abusar de su hospitalidad por más tiempo.

Esa pequeña bruja lo estaba poniendo nervioso. Aun cuando se trataba de una jovencita que apenas le llegaba al hombro. Sin lugar a dudas debía de ser una noble empobrecida proveniente del campo, que venía a la ciudad en busca de un marido al que dejar sin una moneda en pocos años.

Sin nada más que decir, y esperando que ella captara la indirecta y se marchara cuanto antes, Braxton gruñó, se estiró sacando pecho, y cruzó los brazos a su espalda con la intención de mantenerse firme. Si esa señorita Grayson pensaba que iba a ponerse a buscar a su retoño como si fuera uno más de sus sirvientes, estaba muy equivocada. Él era el octavo conde de Brandbury, y no se dejaría manipular por ella ni por nadie. Él era un hombre de mundo, un visionario, y nada haría que quedara como un botarate delante de sus empleados.

—Verá —dijo Jane desconociendo los pensamientos de Braxton—. Cuando Bolita huele a una gata en celo se pone muy nervioso y suele escaparse —Jane se acercó más a él para así poder susurrarle al oído—. Ya sabe cómo se ponen los machos en época de celo.

Petrificado, el octavo conde de Brandbury quedó por primera vez en su vida como un bobo con la boca abierta. Sin saber cómo reaccionar ante tal falta de decoro, y para mayor vergüenza suya, solo pudo boquear como si fuera un pez fuera del agua, mientras revisaba palabra por palabra lo que acababa de escuchar de boca de la joven señorita. Pero la cosa no quedó ahí, pues la insolente muchacha le dedicó una sonrisa que eclipsó al sol y lo dejó aún más perplejo.

—Pero no se preocupe —siguió diciéndole— por suerte el pobre es demasiado vago y no suele alejarse demasiado.

Con total naturalidad la muchacha siguió mirándolo como si no hubiera dicho nada inapropiado para una dama. Ella quedó ante él observándolo como si fuera un ser extraordinario al que nunca antes hubiera visto, sin el mayor remordimiento en su rostro.

Quiso decirle algo para ponerla en su sitio, pero el aura de dulzura que la envolvía, unido a los hoyuelos que aparecieron al sonreírle, así como su pose de inocencia al estar cogiéndose de las manos como una niña bien educada, le obligaron a tragarse sus quejas y solo le quedó una cosa por decir:

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que me va a tener que pasar todo a mí?



Nadie que conociera a Jane hubiera dicho de ella que era una muchacha enamoradiza o sentimental. De hecho, se podría decir todo lo contrario, pues a sus dieciocho años había rechazado sin ningún reparo a un buen número de pretendientes, y no sentía ninguna emoción o necesidad de encontrar un marido.

Por el contrario, la situación era más bien a la inversa, ya que la señorita Grayson era una muchacha de belleza sin igual, que conseguía hacer que los hombres se inclinaran a su paso y cayeran rendidos a sus pies. Algo que la exasperaba y que odiaba con todo su ser. Pero no por ello podría considerarse una muchacha vanidosa o engreída, pues el corazón de Jane era incapaz de albergar algún tipo de sentimiento malicioso.

Había algo que además poseía y la convertía en una conquista muy deseable para los jóvenes solteros de toda Inglaterra, y era la suculenta dote que su cariñoso padre le había concedido, la cual consistía en diez mil libras. Cantidad a la que aspiraban un buen número de pretendiente entre los que se encontraban nobles, caballeros y ricos comerciantes los cuales acudían a diario a su mansión y rivalizaban por su atención desde que Jane tuvo la tierna edad de quince años.

Si su belleza cautivaba, su temperamento enamoraba y su fortuna impresionaba, había algo que la señorita Grayson poseía en abundancia y no era lo apropiado para la hija pequeña de un baronet. Y es que Jane, además de inteligencia, gozaba de un espíritu rebelde, aventurero, pendenciero y sobre todo cautivador, pues era imposible no amarla en cuanto la conocías.

Pese a todo disponía de una delicadeza, y una elegancia innata, que no podía disimular por mucho que se esforzara. Pues, al contrario de otras muchachas de su misma edad, no deseaba ser la beneficiaria de tantas atenciones del sexo contrario. Algo que tenían muy presente sus dos hermanos mayores y su padre, motivo por el cual la habían mantenido protegida en su propiedad de Greenville Hills desde que sus formas de mujer empezaron a rebelarse.

Su cabello era de oro con rizos que caían en cascada hasta su cintura. Su piel era suave al tacto y de apariencia similar a la más bella porcelana. Sus ojos de un claro azul celeste te hacían ver el paraíso con solo contemplarlos. Era en

definitiva la más perfecta creación hecha por Dios para volver locos de deseo a los mortales, y cuyo único pensamiento era, para disgusto de todos; ser libre para hacer lo que deseara.

Con la llegada de su décimo octavo cumpleaños, su padre, Sir Richard Grayson junto con la señorita Spencer, institutriz, confidente, y amiga de Jane desde que esta se quedó huérfana de madre a la tierna edad de cinco años. Habían acordado que el momento de encontrar esposo era una prioridad para toda la familia, y por ello la habían propuesto decidirse por un pretendiente apropiado.

Pero Jane no encontraba ningún aliciente en sonreír a unos petimetres que solo sabían recitar horribles versos de rima fácil y regalar flores o bombones. Era por ello que con la temporada a punto de comenzar en Londres, y con Jane que no se decidía en elegir un marido, padre e institutriz habían acordado trasladarse a la capital y emprender la búsqueda del perfecto esposo para su pequeña.

Sir Grayson, junto a su hijo mayor James y Alice, la joven esposa de este y la futura carabina de Jane durante la temporada, así como la señorita Spencer, y por supuesto Jane, se habían aventurado a la capital seguidos de un séquito de sirvientes, baúles y utensilios que fueron recibidos en Londres con un sinfín de miradas curiosas por parte de transeúntes y vecinos. Pues aunque semejante despliegue era algo común en un momento del año en donde las grandes familias llegaban a sus residencias capitalinas para asistir a la temporada, y pese a que la calle donde la familia Grayson iba a alojarse era una de las más ilustres, jamás habían visto tanto despliegue de medios y tanta pomposidad. Levantando por ello especulaciones sobre quién podía ser el causante de tal despilfarro de medios y ostentación.

Y es que si de algo era conocida la alta sociedad, era de su gusto por un buen cotilleo, pues así podían contar con una jugosa noticia para amenizar las largas veladas sociales. Y como no podía ser de otra manera, Mayfair era el centro de todo chisme, escándalo o acontecimiento que ocurría en Londres. Más aún cuando se supo que entre sus vecinos se encontraba una de las familias más acaudaladas del país y con una hermosa hija casadera en busca de marido.

Algo tan excepcional no pudo ser pasado por alto y pronto la agenda social de

la joven Jane se vio desbordada. Infinidad de invitaciones para bailes, cenas, y paseos se acumulaban en su escritorio, mientras ella solo deseaba conocer a un hombre especial con quien compartir sus aficiones. Pero eso fue algo imposible, pues encontrar marido conllevada la obligación de soportar los mismos halagos por parte de hombres que se proclamaban enamorados de su belleza, su dulzura o, como ella creía más probable, de su fortuna.

Pero en todas estas veladas Janes jamás encontró a un hombre que pudiera considerarse, el candidato apropiado para el matrimonio. Si bien se esforzaba por descubrir algo agradable en cada uno de ellos, nunca logró encontrar algo atractivo o permisivo. Aunque si solía toparse con algún defecto que lo volvía vulgar ante sus ojos y, por consiguiente, inadecuado.

Cuando el tiempo fue pasando, y no logró descubrir al hombre ideal, empezó a desistir de encontrar el amor y ahora sus sueños se centraban en localizar a un hombre amable, atento, y cariñoso que le hiciera sentirse cómoda y valorada. También había imaginado una apacible vida a su lado pues, el aprecio se abriría paso con los años, y una tranquila armonía le daría la felicidad que tanto deseaba. Pero jamás hubiera podido suponer que sentiría una especie de conmoción con una simple mirada de los ojos más maravillosos que había visto en su vida.

Es por esto que esa mañana en el jardín de su vecino el conde de Brandbury, había encontrado por fin a un caballero que le había atravesado con fuerza el corazón y puesto patas arribas sus principios. Algo que la sorprendió y la dejó sin saber qué hacer o decir.

Sintió como su pulso se aceleraba, sus manos empezaron a sudarle y las piernas se volvían de gelatina. No hizo falta ser muy lista para saber que ante ella se encontraba el caballero con el que acabaría casándose, pues estaba segura que la palpitación que sentía era amor.

Menos mal que recordó a tiempo las palabras de su institutriz, la señorita Spencer, aconsejándola que fuera dulce, recatada, y delicada en presencia de un caballero al que quisiera agradar. Nerviosa y decidida se propuso sacar todas sus armas de seducción, y le regaló una de sus más deslumbrantes sonrisas. Una que ya había probado con antelación a modo de prueba, y había provocado que el cabello en cuestión se pusiera de rodillas ante sus pies.

No es que esperase que el conde le propusiera ahí mismo en matrimonio, pero lo que no se esperó, y le agrado enormemente, es que el caballero le mirara de una forma agresiva y reprobadora. Por primera vez en su vida se hallaba ante un hombre de verdad, que no se dejaba amedrentar por unos hoyuelos y una boquita de fresa.

Cada vez más convencida que haber encontrado a su pretendiente ideal, Jane le contó de forma clara y elocuente que estaba buscando a Bolita, pues por culpa de las gatas callejeras en celo, este se había escapado. Sabía por sus hermanos que a los caballeros les gustaban las cosas claras y que odiaban a las mujeres inseguras que no sabían pensar por sí mismas. Lo que no se esperó fue que él le contestara de una forma tan poco apropiada para un aristócrata.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que me va a tener que pasar todo a mí?

—¡Perdón! ¿Cómo ha dicho?

Lord Brandbury la miró muy serio y se cruzó de brazos para enfatizar su enfado.

—¿Me está usted diciendo que ha puesto a todo el personal de mi casa a su servicio, impidiendo de esa manera que atiendan a su trabajo, con el único propósito de encontrar a su gato? Por no mencionar que una dama nunca debe hablar ante un caballero de ciertos temas, y más si es un completo desconocido.

Jane se quedó pensativa durante unos segundos tratando de recordar que era eso tan impropio que le había contado. Después miró a su alrededor, y se percató de que todos estaban escuchando de forma disimulada, mientras buscaban distraídos al animal sin dejar de mirarlos de reojo.

—He de reconocer que se acerca bastante a la realidad, aunque yo no lo hubiera explicado así, además, no encuentro nada inapropiado en lo que le acabo de rebelar, tan solo le he aclarado la situación en la que me encuentro —repuso Jane algo ofendida.

La ceja que el conde se alzó indicándole que sentía curiosidad por saber cómo lo explicaría, y Jane no tuvo ningún problema en mostrárselo.

—Es cierto que todos han sido muy amables conmigo en cuanto me he presentado y han sabido de mi problema, y por ello le agradecería que no les

tenga en cuenta este pequeño paréntesis en sus quehaceres. Pero Bolita no es un simple gato, milord, sino un compañero que lleva a mi lado desde que nació y al que crie con sumo cariño. Me siento muy apegada a él y no puedo abandonarlo cuando más me necesita —Un gemido lastimero por parte de una criada, que supuestamente no escuchaba, paró su emotivo discurso por unos segundos—. Es por ello absolutamente trascendental que le encuentre, antes de que mi pequeño desaparezca y lo pierda para siempre.

La ceja del conde siguió alzada cuando Jane terminó su explicación, por lo que no supo si lo había convencido o si falta algo más por decir. Solo esperaba no estropear un futuro acuerdo matrimonial por un pequeño incidente sin importancia.

—Es decir, que todos han dejado de lado sus obligaciones para buscar a su gato —Insistió él.

—Bueno podría decirse que sí. Pero yo más bien diría que...

El conde alzó una mano indicándole que no siguiera con su intento de engatusarlo, nunca mejor dicho, pues no estaba dispuesto a dejarse convencer.

Si no fuera tan guapo, tan varonil y tan distinguido, Jane habría dado por terminado su precipitado enamoramiento. Pero se temió que ya era demasiado tarde, pues le era imposible no sentir la necesidad de lanzarse a sus brazos y besarle cada vez que él la miraba, la regañaba, y lo que era más sorprendente, la enojaba. Sin lugar a dudas eso debía ser amor o a estas alturas ya le habría tildado de poco caballeroso y le habría dado la espalda.

—¿Podría convencerla de que se conformara con dos de mis sirvientes para la búsqueda de su estimado compañero? Y de paso, le agradecería que me privara del placer de saber sobre la... vida privada de su gato.

Jane no tomó en cuenta la ironía en el tono de su voz, y no tuvo más remedio que aceptar su sugerencia. Al fin y al cabo estaban en su casa y no tenía autoridad en ella. Aun así no pudo contenerse y contestarle con la misma cantidad de ironía.

—Sería un noble gesto por su parte el prescindir de los necesarios servicios de dos de sus más leales sirvientes, y más si su único fin es el de aliviar mi pesar por tan magna pérdida. En cuanto a su segunda petición, no dude que mi boca y la de Bolita se mantendrán cerradas en ese asunto tan... espinoso para

su señoría.

Cuando Braxton abrió la boca para contestar a la jovencita que lo estaba retando de forma tan impetuosa, se vio obligado a callar al ver ante él la mano alzada de la muchacha pidiéndole que guardara silencio, ya que aún no había acabado con su explicación. Incrédulo, cayó, y escuchó a la arpía de ojos deslumbrantes que lo estaba asombrando. Consiguiendo de esta manera, que su enfado se desvaneciera pues era imposible no reconocer el coraje que estaba demostrando esa jovencita tan descarada.

—Ante un gesto tan desinteresado por su parte, mi lord, le estaré eternamente agradecida, como por supuesto también lo estará Bolita.

Braxton no pudo contenerse más y un atisbo de sonrisa apareció por la comisura de sus labios. Solo la carcajada mal disimulada del mozo de cuadra, aún sobre el árbol, y la perplejidad del inalterable mayordomo, consiguió que Braxton se contuviera y no acabara rendido ante ella.

—En tal caso, señorita Jane Grayson, ¿Qué le parece si se queda con el mono que está subido al árbol, y que al parecer está a mi servicio, y con una de las doncellas?

Jane trató de no sonreír pues sabía qué era lo que el conde se proponía, y accedió gustosa ante su petición.

—Me parece perfecto, mi lord. Si me permite, escogeré a Rose de entre sus sirvientas para que se una a Betty y a mí.

Sin hacer caso de los nombres, pues él desconocía si tenía a su servicio a una tal Rose, como tampoco le importaba quien pudieran ser esa otra Betty, accedió gusto con el propósito de poner fin a este encuentro tan peculiar cuanto antes.

—Entonces, si todo es de su agrado, será mejor que el resto de mi servicio este en sus puestos en menos de cinco segundos.

El conde no alzó la voz, ni se dirigió a nadie en particular, pero en el plazo que él apunto, todos los demás sirvientes habían desaparecido del jardín. Fue algo que dejó perpleja a Jane, pues a ella solo le había dado tiempo a asentir.

—Si me disculpa lord Brandbury, iré a organizar la búsqueda entre Betty, Rose y Williams.

Con una reverencia bien ensayada Jane se despidió del conde, y se dirigió a una sirvienta que no podía tener más de quince años.

—Pratt —llamó Braxton por lo bajo y sin moverse mientras veía como la muchacha se alejaba.

—¿Si milord? —preguntó el mayordomo cuando se puso a su lado, modulando también la voz para que no fuera escuchada por nadie más que el conde.

—¿Puedes explicarme, cómo es que mi vecina sabe el nombre de mis sirvientes cuando hasta yo los desconozco?

—Muy sencillo, milord. La señorita Grayson, antes de empezar con el rastreo, insistió en hacer las presentaciones para agradecerles personalmente su ayuda.

—Entiendo —le contestó, aunque en realidad no lograba entender como una muchacha de posición elevada se dignara a conocer los nombres de unos sirvientes, que ni siquiera estaban a su servicio.

De pronto sintió algo en su pierna derecha, y al mirar hacia el suelo, para comprobar de que se trataba, vio a un gato adulto, gordo, blanco y muy peludo, que se estaba restregando en su pierna y llenando su caro pantalón oscuro de pelos canos.

—Me imagino que esta cosa debe de ser su pequeña Bolita —Afirmó mientras trataba de alejarse del animal, pues este se resistía a alejarse de su pierna.

Cuando vio que el gato le seguía sin lograr apartarlo de su lado, pues el muy estúpido no se alejaba de él ni aunque le apartara de malas formas, empezó a desesperarse y el enfado volvió a hacer acto de presencia.

—¡Por Dios, esa mujer tenía razón!, ¡Esta cosa se vuelve estúpida con el celo!

Ante las palabras del conde Jane se volvió para mirarlo y vio a su gato que seguía a este sin descanso, he intentaba restregarse en su pierna.

—¡Bolita! —gritó Jane y salió corriendo hacia el animal.

En cuanto estuvo a su alcance Jane cogió al sebososo gato que no perdía de vista al conde y se rebelaba a ser atrapado.

—¡Que susto me has dado chiquitín, creía que te había perdido! —Agradecida lo abrazó contra su pecho sin importarle que la llenara de pelos— ¡Gracias lord Brandbury! ¡No sé cómo podré agradecerle que lo encontrara!

—Podría llevarse a ese gato perturbado antes de que se le vuelva a escapar —. Le contestó sin dejar de observar al animal que maullaba y se retorció para que lo soltaran.

—No sé preocupe milord, esta vez no se me volverá a escapar.

Un maullido lastimero escapó de la garganta del gato de angora mientras miraba embelesado al conde. Impresionada por las ganas de su gato de ir junto a este, Jane le sujetó con fuerza pues Bolita estaba decidido a conseguir librarse de su agarre.

—Debe de tener un don con los gatos milord, nunca había visto a Bolita tan desesperado por estar con otra persona que no sea yo.

—En realidad no siento ningún interés por su gato o por ningún otro animal que no sea mi caballo. Y le aseguro señorita Grayson, que el interés de su gato por mí no es mutuo.

Jane sonrió ante la cara de pánico que mostraba el conde cada vez que Bolita hacia el intento de escaparse de sus brazos y lanzarse sobre él, y se apiadó del pobre hombre pues no quería agobiarle y que acabara odiándola.

—Será mejor que me lo lleve y vuelva otro día para agradecerle como es debido su ayuda.

—No hará falta que regrese señorita Grayson, con el gracias que antes me ha concedido me doy por satisfecho —indicó enseguida Braxton por miedo a que esa muchacha se volviera a colar en su casa, poniendo de nuevo su tranquila existencia del revés.

—Como desee —dijo Jane algo desilusionada al darse cuenta de que él no ansiaba volver a verla. Algo que ella anhelaba hacer.

Lastimada por la falta de sentimientos hacia ella por parte del conde, hizo una reverencia y se marchó, pensando que sería difícil no volver a encontrarlo en un acto social, pues tarde o temprano tenía que aparecer en alguno de ellos. Su marcha se vio acompañada de incesantes maullidos de Bolita que también se negaba a dejar escapar a un hombre tan magnífico.

—¡Tranquilo Bolita, ya encontraremos la manera de volver a encontrarnos con el conde!

Para tranquilidad del aludido este no escuchó el anuncio de la muchacha, ni se percató del maullido esperanzado por parte de la bola peluda que había destrozado con sus pelos y sus uñas el caro pantalón.

Capítulo III

Una señorita de buena familia jamás hubiera tenido la insolencia de proclamar abiertamente su amor por un caballero. Pero Jane rara vez hacia lo debido, según su condición social y las buenas formas. Era por ello que todos en la mansión estaban al corriente de su repentino encaprichamiento por el conde de Brandbury, y contaban con poder sacar algún provecho de esta situación.

Todo ello debido a que durante años no había albergado ningún tipo de afecto por alguno de sus incontables pretendientes, y esta oportunidad les otorgaba la esperanza de que consiguiera un buen matrimonio.

Pero Braxton no iba a ponérselo fácil, ya que en el transcurso de tres semanas y dos días, el nuevo conde de Brandbury no se dejó ver en ningún acto social, ni tuvo noticias relacionadas con él. Su mala suerte no acabó ahí, pues la única forma que Jane tenía para verlo era a través de la ventana del despacho de su padre. Una coincidencia lamentable, pues esto dificultaba las ocasiones en las que podía ver al conde a su antojo sin ser descubierta por nadie.

Desesperada. Estaba pensando en que la única manera de volver a mantener un encuentro entre ambos era dejar escapar a Bolita, y aparecer alarmada en su mansión buscándolo. Por fortuna, esa misma tarde, su querida amiga lady Madison apareció en su casa a la hora del té, llevándole las mejores noticias que podía recibir.

Sentadas en el salón verde del té, como así lo habían asignado desde su llegada a la ciudad, las dos jóvenes amigas hablaban animadamente, junto con la señorita Spencer, Alice y lady Worthwolf, esta última tía de Madison y conocidos por todos como tía Henrietta, aunque solo unos pocos afortunados tenían el privilegio de llamarla por ese apelativo.

Las cinco mujeres sorbían pequeños traguitos de té mientras sacaban a la luz cualquier noticia que tuvieran de lord Brandbury. Pues por todas era bien sabido, que cualquier novedad sería bien recibida por su anfitriona. Sin

olvidar que la anciana tía Henrietta era una fiel defensora del chismorreo, y postulaba cada año por mantenerse en los primeros puestos entre las más cotillas de la ciudad.

—Cómo le iba diciendo querida —comentó tía Henrietta en voz alta para garantizar su audiencia—, me lo comentó esta mañana la mismísima marquesa de Ashwood, pues como ya saben, es una de mis más apreciadas amigas y no tenemos secretos entre nosotras —dijo irguiendo su rechoncho cuerpo.

—¿Entonces es seguro que asistirá al baile? —preguntó esperanzada Jane.

Llevándose la tacita de fina porcelana a los labios, y sin olvidar alzar elegantemente su dedo meñique, la tía Henrietta se alegró de ser la portadora de tan excelente primicia. Con el refinamiento propio de una dama bien formada dio un ligero sorbo de su exquisito té, y se dispuso a disfrutar de una jugosa confidencia.

—Puede estar segura. Yo misma me aseguré de que mi estimada amiga le mandara una invitación para la velada y, hoy mismo, a la salida de la iglesia, la marquesa me ha garantizado que dicho caballero asistirá al evento de esta noche.

—¡Es una noticia maravillosa! —Exclamó eufórica Jane, dispuesta a abrazar a la portadora de tan espléndida información.

Un ligero carraspeo por parte de la señorita Spencer consiguió que Jane cambiara de opinión, justo cuando empezaba a levantarse de su asiento. Disimulando lo mejor que pudo, volvió a sentarse con la pose que una dama bien instruida debía de tener. El sonrojo de Alice, y la sonrisa de Madison, hicieron ver a Jane que su momento de exaltación no había pasado desapercibido, y suspiro aliviada por no haberse dejado llevar por un impulso imprudente. Algo que era demasiado frecuente en ella.

—Le estamos muy agradecidas por traernos tan excelentes noticias, lady Worthwolf —manifestó la señorita Spencer con su habitual elegancia.

—Por favor querida, llámeme tía Henrietta. Llevo demasiados años soportando ese horrible apellido, y como mi Víctor falleció hace años, puedo permitirme llamarme tía Henrietta entre mi círculo de amistades.

—En tal caso, será un placer poder llamarla por un apelativo tan cariñoso, y

sobre todo, por formar parte de un círculo tan selecto.

Ambas mujeres sonrieron satisfechas ante sus elogios. Los dos eran damas expertas en el tratamiento y el refinamiento social, y disfrutaban con estos encuentros ocasionales.

—¡Madison! —llamó discretamente Jane.

La joven aludida acercó su cuerpo con toda la discreción que le fue posible, ya que estaba sentada al lado de Jane, y disimuló la más absoluta inocencia mientras trataba de escuchar sin ser descubierta.

—¿No me contaste que tu tía Henrietta quedó viuda hace veinte años?

—Sí, —susurró Madison— y desde entonces le gusta decir que odia llamarse Worthwolf para fastidiar a su familia política.

Jane trató de disimular su risa con una tos inoportuna, mientras Madison se tapaba la boca con la fina servilleta de hilo aparentando limpiar sus labios impolutos.

—Y dígame, tía Henrietta. ¿Sabe quién más asistirá a esa velada? —Se adelantó a decir Alice para darles tiempo a los dos muchachas a serenarse.

—Ahora que usted lo menciona, mi querida amiga la marquesa de Ashwood, me detalló la lista de los asistentes —señaló la anciana, satisfecha de tener un tema con que amenizar el encuentro y ser el centro de atención. Algo que no solía suceder en su solitaria residencia.

—Entonces es una suerte tenerla hoy aquí con nosotras.

Complacida empezó con su lista de asistentes, haciendo una mención especial a los caballeros solteros que podían ser un buen marido para las dos jóvenes señoritas. Diez minutos después, y tras mencionar de memoria la lista de invitados, tía Henrietta por fin llegó otra vez al tema que Jane más esperaba escuchar.

—Cómo han de suponer, la presencia del conde de Brandbury será todo un acontecimiento, pues apenas se deja ver tras haber heredado el título.

—¿Sabe usted si está prometido? —No pudo evitar preguntar Jane.

—Que yo sepa, no se ha escuchado nada sobre una propuesta de matrimonio —un suspiro de alivio se escuchó en el saloncito—. Pero, es cierto que se

mencionó a una joven lady que estaba siendo cortejada por dicho caballero.

La cara de Jane se ensombreció y su cuerpo, antes firme, se abatió sobre la silla. La pobre anciana no consideró que sus palabras la indispusieran de semejante manera, y se sintió culpable por dar a conocer dicha noticia.

—Aunque es algo normal que un joven caballero con título corteje a las damas de su mismo nivel social —siguió diciendo para quitarle importancia al asunto.

Madison cogió la mano de Jane para darle ánimos, mientras las demás se esforzaban por encontrar un comentario que la sacara de su tristeza.

—¡Es perfecto! —exclamó Alice siento recompensada por una mirada asesina por parte de las demás. Sobre todo de Jane —. Piensa en lo que significa esa noticia. Si está cortejando a una dama de buena posición, con propósitos serios, eso significa que el conde está buscando esposa.

Aliviadas, todas volvieron a respirar ante una explicación tan acertada, y tan acorde a los deseos de Jane.

—Alice tiene razón. Es una noticia excelente —aseguró la señorita Spencer mientras observaba a su pupila y le mostraba una dulce sonrisa para animarla. Odiaba ver triste a Jane y sería capaz de cualquier cosa por mantenerla feliz, costara lo que costase.

Jane compensó a las presentes con una sonrisa, ahora que sabía que el hombre al que amaba aún no estaba fuera de su alcance.

—Ahora lo que tienes que hacer es ser lista y adelantarte a las demás interesadas —afirmó Madison la cual aún sostenía su mano. Para ellas era normal tutearse y mostrar su grado de amistad y cariño en público.

—A si es Sobrina. Yo tuve que luchar sin miramientos para conseguir a mi Víctor, y eso que el pobre tenía un apellido horrible —aseguró la tía Henrietta, consiguiendo que otra sonrisa asomara a los labios de las presentes.

—¿Sabe usted cómo se llama la dama? —preguntó Jane a la tía Henrietta.

—Creo recordar que tenía un nombre francés. Algo absurdo, teniendo en cuenta que tanto su familia como ella son tan anglosajones como cualquiera de nosotras —contestó tía Henrietta mostrando una graciosa mueca que recordaba

a cuando muerdes un limón.

—Creo que tiene que ver con las modas —aseguró Alice convencida—
Recuerdo que hace unos años se consideraba de buen gusto llamar a la recién
nacida con el nombre de una flor.

—Algo inapropiado en exceso —Soltó la anciana—. Imagínense dentro de
unos años cuando todas esas jovencitas sean presentadas en sociedad. El salón
se llenará de Rosas, Margaritas, Azucenas, Petunias y demás tonterías. Solo de
pensarlo me entrar ganas de estornudar.

Sin poder evitarlo todas sonrieron ante la ocurrencia de uno de los pilares de
su comunidad, que mordisqueaba su emparedado de pepinillo como si fuera un
manjar creado para complacer a los dioses.

—Lo que debes hacer, niña, es ser encantadora y sumisa ante dicho caballero
—aseguró tía Henrietta—. Eso los atrae como la miel a las moscas.

Las cuatro mujeres se miraron, sabiendo que la palabra sumisa no encajaba
para nada en la forma de ser de Jane.

—No es que tengas que ser exactamente sumisa. Con ser obediente y recatada
basta —aseguró la señorita Spencer para no desanimar otra vez a su amada
pupila.

—Perdona querida que discrepe en este punto —intervino tía Henrietta—. Es
bien sabido que los caballeros prefieren como esposas a mujeres dóciles,
incluso rozando la estupidez —en ese momento la anciana se inclinó hacia
adelante para acercarse más a Jane, como si fuera a rebelarle un secreto que
solo ellas dos pudieran escuchar—. Solo tienes que fingir hasta el sí quiero,
luego podrás dejar a un lado la docilidad y ser tú misma.

—Gracias por su consejo tía Henrietta —indicó Jane bastante más animada y
sin poder perder la sonrisa.

—Es algo que todas las mujeres que hemos estado casadas sabemos. ¿No es
así señora Grayson? —preguntó la anciana a Alice.

La pobre Alice empezó a sonrojarse ante semejante afirmación, pues no era un
tema apropiado para una tranquila velada entre damas. Además no sabía cómo
salir de ese aprieto, pues solo llevaba casada siete meses y su experiencia era
más bien escasa. El problema era que tampoco quería aparentar ser una

mentecata ante las presentes, ya que deseaba ser vista como una mujer sabedora de los secretos del matrimonio. Alice trago saliva para responder sin miedo a atragantarse, se irguió para aparentar más seguridad, y trató de responder de forma inteligente.

—He de confesar que en ocasiones es difícil ser sumisa. Al fin y al cabo todo el mundo tiene un límite.

—Yo no lo habría expresado mejor. Si le hubiera dicho a todo que si a mí Víctor, mi vida habría sido muy aburrida.

Alice sonrió sintiéndose feliz por haber resuelto el dilema de una forma tan satisfactoria, y complacida al ver un destello de admiración entre las más jóvenes. Aunque no por ello sus mejillas dejaron de estar sonrojadas.

—¡Díganos tía Henrietta! —Intervino la señorita Spencer para dejar a un lado un tema tan poco apropiado—. ¿Sabe algo más sobre lord Brandbury?

Dicho cambio fue bien aceptado por todas, pues los coloretos en las mejillas de las damas y su acaloramiento no emparejaba bien con sus humeantes tazas de té.

—Ahora que lo menciona —comentó mientras se aseguraba en su silla, señal de que el tema le interesaba—, escuché el otro día, mientras tomaba el té con una buena amiga, que padre e hijo se habían distanciado, llegando incluso a cortar todo lazo entre ellos. Al parecer el nuevo conde es de ideas progresistas y discutían a menudo por este motivo.

—Interesante —afirmó Jane, pues le agradó que el conde fuera un hombre con una forma de pensar propia y que esta no fuera arcaica. De igual modo le agradaba que no fuera un mentecato sin voluntad propia, que asentía siempre ante su progenitor con tal de no perder su asignación anual.

—Ya lo creo —prosiguió la anciana—. Además se rumorea que el padre dejó la propiedad con deudas. Aunque este dato no se ha confirmado y lo más seguro es que solo sean habladurías.

—La actividad financiera de dicho caballero no debe importarnos Jane —señaló la señorita Spencer al ver que su pupila absorbía como una esponja toda esta información tan indigna para una joven de su posición.

—Al contrario señorita Spencer. Como mujer soltera y de baja posición, es

lógico que desconozca ciertos datos, pero estos son de vital importancia para una joven casadera —le dijo tía Henrietta dejándola perpleja. Después, mirando a Jane siguió diciendo— Si el caballero necesita capital, buscará una esposa con pudientes. Si esta es de extrema belleza, de buena familia, y con una educación exquisita, entonces tiene asegurado que dicho caballero se fije en ella. Además, en tu caso hay que tener en cuenta que tu padre es baronet, por lo que a tu familia le convendría emparentarse con un conde. Y más si dicho conde es joven y ha captado el interés de la joven.

Ante dicha explicación la señorita Spencer cayó, pues vio que las palabras de la anciana tenían su lógica. Sin duda, los años habían conseguido que tía Henrietta aprendiera ciertos trucos que ella, como solterona, desconocía.

—¿Usted cree que mi padre no pondría ninguna objeción ante tal casamiento? —preguntó esperanzada Jane, ajena a los pensamientos de su institutriz.

—No debería. De todos es sabido que la mayoría de los hombres, a la hora de casarse, buscan una buena dote. Si además viene acompañada de una joven y bonita esposa, entonces pueden darse por satisfechos. Por eso tu padre comprenderá el interés que cualquier caballero tenga por pedir tu mano. Y tu joven conde no va a ser una excepción, en cuanto te vea y sepa de ti, su interés estará asegurado.

Estas palabras no agradaron a Jane. Sabía que la sociedad fomentaba los matrimonios de conveniencia, y hasta hacia bien poco, se había conformado con desposarse de esta manera, pero tras conocer a lord Brandbury algo en ella había cambiado y volvía a desear un matrimonio por amor.

Ajena a las cavilaciones de la joven, tía Henrietta prosiguió hablando.

—El único punto en contra del conde es su desagradable manía de trabajar. Pero como tu padre es también aficionado a este empeño sin sentido, no veo que pueda tener en su contra —aseguró la anciana dama.

Jane afirmó, mientras en su cabecita todas estas ideas bullían sin descanso. Por una parte una sensación de alegría y plenitud la envolvió al saber que lord Brandbury estaba dentro de sus posibilidades, y de que podía tener opciones a convertirse en su condesa. Pero por otra parte quería que el conde se fijara en ella como mujer y la pretendiera con algún tipo de sentimiento alojado en su corazón.

Pensó que solo quedaba la opción de ser inteligente. Debía aprovechar cada ocasión que se le presentara para conquistarlo y demostrarle que era la mujer perfecta para él. Aunque para ello tuviera que resignarse a ser sumisa.

—Y ahora si nos disculpan, ya va siendo hora de que nos marchemos. Así dejaré de hablar de unos temas tan poco apropiados —expuso mientras miraba de reojo a la institutriz.

La señorita Spencer no era partidaria de mantener este tipo de conversaciones entre jovencitas que apenas sabían del mundo, pero entendía que era un tema de vital importancia para el futuro de Jane. Solo lamentaba que su experiencia como casamentera fuera tan escasa, pues se veía imposibilitada en ayudar a su pupila.

Ella jamás había llegado a casarse, pues durante años vivió apartada de la vida social al tener que cuidar a su enferma y controladora madre. Con los años su juventud se fue perdiendo, al mismo tiempo que se perdía toda oportunidad de conocer a un distinguido caballero. De familia acomodada pasó a tener lo justo para sobrevivir, pues, tras la muerte de su padre y el discurrir de los años, el capital fue menguando sin descanso.

Es por ello que a los treinta años, y tras la muerte de su madre, se vio obligada a buscar una forma de salir adelante. Además no contaba con un pariente que quisiera ocuparse de ella, y sabía que el poco dinero que le quedaba solo le alcanzaría para vivir humildemente, siempre y cuando ahorrara hasta el último penique y no tuviera ninguna emergencia.

Decidida a no verse en la pobreza buscó trabajo como institutriz, y el cielo quiso que se cruzara en su vida la familia Grayson. Pero sobre todo su Jane. Con cinco años se ganó su corazón, y aunque sabía que debía tratarla con el respeto que una empleada debe tener ante su patrón, le era imposible no verla como una hija y tratarla como tal. Tuvo que acostumbrarse a ser más comedida en sus atenciones en público, y a tratarla como su posición requería. El problema era que Jane la quería con un cariño maternal, y por ello a ambas les era difícil disimular este mutuo sentimiento.

—Ha sido un placer el haber contado con una compañía tan distinguida— aseguró la señorita Spencer—, y aunque es evidente que estos temas no son de mi agrado, admito que debido a las actuales circunstancias, son de interés para

mi pupila.

—Es usted una mujer inteligente y permisiva señorita Spencer —aseguró Tía Henrietta mientras todas se levantaban de sus asientos para así poderse despedir correctamente— La señorita Grayson tiene mucha suerte al poder contar con una institutriz como usted.

—Muy amable milady —dijo emocionada, pues pocas veces una dama de noble cuna recaía en ella, y mucho menos la trataba como tanta deferencia.

—Es la verdad. Además ya le he dicho que prefiero que en privado me llamen tía Henrietta —aseguró la anciana mientras sonreía.

—Así será, tía Henrietta —le aseguro la señorita Spencer con unos ojos acuosos que reflejaban su gratitud.

—Entonces nos marchamos. Madison despídete de tu amiga que vamos a llegar tarde —ordenó a su sobrina con un tono de voz que indicaba que estaba acostumbrada a mandar y a ser obedecida.

Sin querer hacer esperar a la anciana las mujeres se despidieron con una reverencia, seguido del abrazo cordial entre las dos amigas. Una costumbre que hacía años habían adquirido como muestra del profundo apego que se tenían

—Nos vemos mañana en el baile de la marquesa de Ashwood —afirmó convencida Madison, pues era imposible que su amiga faltase a esa cita sabiendo que lord Brandbury asistiría a ella.

—¿No vas a pasarte a tomar el té mañana? —preguntó Jane desanimada—. Quería que vieras el vestido que he encargado para el baile.

—Entonces aquí estaré —aseguro Madison feliz de ver a su amiga tan animada.

Tía y sobrina se alejaron en dirección a las puertas del salón, mientras Jane se acercaba a la señorita Spencer.

—Y recuerda señorita Grayson, —dijo tía Henrietta ya en la puerta y mirándola risueña— sumisa hasta el sí quiero.

Cuando las invitadas se hubieron marchado quedando solo las tres mujeres, la señorita Grayson abrazó a su institutriz, la señorita Spencer. Aunque cuando

solo quedaba la familia, ellas pasaban a ser Jane y Emma.

Capítulo IV

Si no fuera porque de vez en cuando había visto moverse las manillas del reloj, Jane habría jurado que esa mañana el tiempo se había detenido. Después de una noche en vela, de un desayuno que no pudo tragar, y de ser expulsada del despacho de su padre en tres ocasiones, pues al parecer lo ponía nervioso verla observar el minuterero para después mirar por la ventana, Jane decidió hacer algo de provecho en su habitación. Lugar al que había sido relegada para tranquilidad de todos los de la casa.

De hecho estaba tan ansiosa por hacer algo que la entretuviera, que solo se le ocurrió sacar el contenido de su armario para después colocarlo por colores. Cuando llegó la hora del té Jane ya había ubicado cada vestido en cuatro ocasiones diferentes, pues no se decidía que tono quedaba mejor al lado del otro. Si no hubiera sido por la llegada de Madison, estaba convencida de que habría enloquecido entre metros de gasas, tul, y volantes.

—No sé cómo podré aguantar hasta esta noche para poder verlo —comentó soñadora Jane mientras revisaba el interior de su armario.

Nada más llegar Madison había subido a la habitación de su amiga, pues la conocía muy bien y sabía que no podría estar tranquilamente sentada mientras charlaban y se tomaban el té. Por lo que este tenía que ser trasladado a los aposentos de la muchacha, si quería que comiera algo y no acabara desmallada en medio del salón de baile.

—Por lo menos tú tienes un aliciente para ir al baile —contestó abatida su amiga Madison que estaba sentada sobre la cama.

Jane se volvió para mirarla pues no parecía muy interesada en asistir al acontecimiento social más importante de la temporada. O al menos eso era para ella.

—¿Creía que tú también tenías ganas de asistir?

—¡Y las tenía!

Dispuesta a saber el motivo que le afligía, Jane se acercó y se sentó a su lado. Ambas habían sido amigas desde que sus familias coincidieron en Bath y se hicieran inseparables. Por aquel entonces solo eran unas niñas de diez años que jugaban a imitar a los mayores cuando estos estaban cerca observándolas, pero sin su supervisión, se dejaban llevar por los dictados de su juventud y sus espíritus rebeldes.

Si bien Jane era la más atrevida y la más alborotadora, Madison con su carita de ángel tenía el don de saber ganarse las simpatías de todos los que la rodeaban, transformando los castigos en simples regañinas. Era por eso que ambas hacían la pareja perfecta y se volvieron inseparables para disgusto de lady Wyonick, madre de Madison, la cual se vio forzada a aceptar entre sus círculos a una familia de rango tan inferior al suyo.

Desde entonces intercambiaban periodos de visitas en sus residencias campestres y se carteaban con regularidad. Como era de esperar, ambas habían acordado asistir juntas a su debut en sociedad, aunque Jane fuera un año mayor y la madre de Madison casi sufriera un desmayo al enterarse.

—¿Qué ha pasado?

—¡Mi madre!

Ante la mención de la condesa ambas resoplaron. Algo que no hubiera agradado a milady y hubiera demostrado su desaprobación con su devastadora mirada de censura.

—¡Cómo no! —Dijo resignada Jane— ¿Qué ha sido esta vez?

—Mi vestido. Dice que una mujer de mi posición social no puede asistir a un baile sin que su vestido tenga suficiente encaje y con los lazos necesarios para amordazar a todos los invitados.

—¡No creo que eso último lo haya dicho tu madre! —aseguró risueña Jane.

—No utilizó exactamente esas palabras, pero casi —declaró abatida.

—¿Entonces qué vas a hacer con el precioso vestido que habías encargado?

—Al parecer mi madre ordenó a la modista que lo adaptara a sus exigencias, y ahora parece el horrible vestido de una niña de tres años. Como no lo sustituya por una sábana tendré que aceptarlo.

Jane la miró desafiante como retándola a que lo hiciera. Madison, que ya la conocía, sonrió por su manera rebelde de ver el mundo. Pues según su opinión, era un don único y digno de envidia, aunque muchos creyeran que ese aire desafiante fuera algo impropio de una dama.

—¡Ni siguiera tú te atreverías! —la provocó Madison.

Por un momento Jane se quedó pensativa como decidiendo si aceptar el reto, hasta que se acordó de lo importante que sería esa noche para su futuro. Debía comportarse como una perfecta y sumisa dama, pues a ningún cabello respetable le gustaba prometerse con una señorita que pareciera disoluta o pendenciera. Tenía que demostrar su valía como futura condesa de Brandbury, dejando boca abiertas de envidia a las damas y con el corazón destrozado a los caballeros. Algo que no conseguiría si aparecía llevando puesta solamente una sábana.

Jane suspiró y recordó su impresionante vestido blanco de corte princesa donde capas y capas de tul saldrían de su ajustado corpiño. Había contratado los servicios de la mejor modista de Londres, recomendada por la madre de Madison, para confeccionarle una creación digna de una reina. Jane no sabía si este despliegue de cortesía por parte de lady Wyonick era debido a un cambio en su actitud hacia ella, o para que no dejara en ridículo a su hija pues, para su consternación, irían juntas.

Su vestimenta estaba pensada para crear expectación, pues parecería una hada que haría realidad los deseos más oscuros de Braxton. Si es que éste se dignaba a decirle más de dos palabras o a mirarla por más de cuatro segundos seguidos.

—En esta ocasión tengo que declinar el desafío —le comunicó decidida— Pero es debido a una buena causa.

—¿Ser la futura condesa de Brandbury?

—¡Exacto!

Ambas se rieron y olvidaron las preocupaciones que rondaban por sus cabecitas. Sus conocimientos del mundo eran escasos al haber estado protegidas por sus familias. Por lo que no sabían que la vida podía darte un fuerte revés que te marcaría para siempre.

En la mente de Jane solo podía imaginar a Braxton atravesando el salón hasta llegar a su lado, y pasando el resto de la velada bailando entre sus brazos. Algo que quedaba fuera de toda lógica si hubiera utilizado durante cinco segundos su inteligencia. Pero las horas de insomnio, los miles de pensamientos fugaces que cruzaban por su mente, y el deseo de verlo y tenerlo cerca, estaban empezando a turbar su mente.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y ambas muchachas se volvieron para comprobar quien entraba. La blanca tela que se filtró por la puerta rebeló a Betsy trayendo con sumo cuidado el espléndido vestido recién planchado.

—¡Aquí lo tiene señorita! —exclamo la doncella encantada de ser la portadora de un atuendo tan sublime.

Las jóvenes saltaron de la cama llenas de expectación ante la visión del vestido más espectacular que habían visto.

—¡Dios mío Jane, es impresionante!

—¡Betsy lo has dejado perfecto!

Ambas lo contemplaron como si se tratara de la cosa más maravillosa que habían visto sus ojos. Jane deseaba tocarlo, pero parecía tan delicado que temía poder deshacerlo con solo rozarlo, ya que daba la impresión de que se tratara de una nube del cielo y no de simple tela.

—Nos ha costado un poco planchar tantas capas, pero la verdad es que es precioso y ha sido un placer.

—¡No sé qué decir! ¡Es tan...!

Jane estaba a punto de llorar emocionada por las molestias que todos en la casa se estaban tomando por ella. Era cierto que al ser sus sirvientes su obligación era atenderla, pero su disposición a hacerlo con tanto gusto y esmero, al saber lo importante que era para ella, la conmovieron.

—¡Gracias! —fue lo único que pudo hacer antes de abalanzarse sobre Betsy.

La muchacha ya estaba acostumbrada a los arranques emocionales de su señorita, pues era su doncella personal desde hacía años. Pero sobre todo era su amiga al haberse criado juntas en Greenville Hills, ya que Betsy solo era dos años mayor que Jane.

—¡Tenga cuidado señorita y no lo arrugue o las muchachas me van a echar la culpa!

—Tienes razón Betsy. Dales las gracias de mi parte y di que han hecho un magnífico trabajo ayudándote.

—¡Se lo diré! Pero usted a cambio señorita, debe dejar a todos pasmados cuando la vean aparecer esta noche.

—¡Con este vestido puedes estar segura!

Betsy colgó el vestido con sumo cuidado de un cancho exterior del armario, donde quedaría a la vista y no se arrugaría.

—Además le voy a hacer un peinado que va a ser la envidia de las señoras. ¡O sino ya vera!

—¿Qué haría yo sin mí Betsy? —le dijo zalamera mientras la volvía a abrazar.

—Ir desarregla. ¡Eso es lo que haría!

Las tres se rieron y se quedaron contemplando el vestido con el respeto que este merecía. Madison, que estaba junto a su amiga le cogió de la mano y se la apretó con cuidado para llamar su atención.

—Esta noche conseguirás que lord Brandbury caiga a tus pies.

—¿Tú crees?

—No me cabe la menor duda. Ningún hombre podrá dejar de contemplarte.

—Yo no quiero que cualquier hombre se quede embobado contemplándome. Solo Braxton.

—¡Pues si no lo hace es que está ciego!

—¡O no es un hombre! —soltó convencida Betsy que sabía más del mundo que su señorita.

—¡Betsy! —soltaron ambas muchachas a la vez mientras se reían.

Alguien volvió a llamar a la puerta, aunque esta vez de una forma más sutil y educada. En el umbral apareció la señorita Spencer con la curiosidad reflejada en su rostro.

—Me ha parecido escuchar risas y... ¡Oh! —Exclamó sorprendida al ver el

vestido— ¡Ha quedado precioso!

La señorita Spencer, Emma para su pupila, se acercó a esta como de forma instintiva, pues siempre se buscaban cuando estaban en la misma habitación. En una muestra de cariño Jane pasó de forma natural su brazo por la cintura de Emma, y esta la recompensó pasándole el brazo por los hombros y acercándola a ella. Las cuatro mujeres estaban frente al vestido como encantadas por un embrujo invisible.

—¿Verdad que va a parecer una princesa? —le preguntó Madison.

—Ella siempre parece una princesa —le comentó sonriendo a Jane—, pero este vestido... es más que encantador —respondió la señorita Spencer.

Madison sintió por un instante envidia de Jane y su relación con su institutriz. Deseó que su madre fuera tan dulce y permisiva como la señorita Spencer lo era con su pupila, y pudieran mantener una relación tan estrecha y amorosa como la que se procesaban ellas.

—Esta noche voy a necesitar todos los recursos a mi alcance para que me preste atención —habló Jane con tono resignado.

—Ese hombre sería un tonto si no se fijara en ti —le indicó Madison para tratar de animarla, pues no era normal ver a Jane tan decaída.

Su amiga la miró mostrándole una ligera sonrisa como prueba de su afecto ante dichas palabras.

—Gracias Madison, pero te recuerdo que durante estas semanas él apenas se ha percatado de mi existencia.

Cuando Madison se disponía a replicarle, la señorita Spencer se le adelantó y le respondió:

—Jane no tienes que obsesionarte con ese hombre, o te pondrás nerviosa ante él y todo empezará a salirte mal —Emma cogió la mano de su pupila y la miró mostrando en sus ojos la convicción que sentía— Solo muéstrate ante él como realmente eres y seguro que no podrá resistirse a conocerte. Lo demás ya irá viniendo.

—Sé que tienes razón, pero deseo tanto conocerle y hacerle ver mi interés.

Las tres mujeres que la escuchaban dieron un gritito acompañado de un

sobresalto. Pero antes de que se pusieran a regañarla por su comentario, Jane les explicó a qué se refería.

—Antes de que necesitéis las sales os aclararé mis palabras. Soy consciente de que bajo ningún concepto debo hacerle ver mi interés o podría perderlo todo. También sé que la única forma apropiada de conocer a un hombre es a través del día a día dentro del matrimonio. Pero eso no significa que no deseé pasar un rato a solas con él o... —Paró en seco y alzó la mano para impedir que la interrumpieran— concederle un par de bailes respetando las normas del decoro.

—Confío que sabrás comportarte en sociedad —repuso Emma con dulzura—. Pero debes aprender a no mostrar abiertamente tus sentimientos en público. Ya sabes que no es correcto en una dama de buena familia y podrías acabar en boca de todos al haber mostrado una incorrección tan grave.

—¡Son tan absurdas todas esas reglas! ¿Qué hay de malo en mostrarle que estoy interesada? —preguntó Jane separándose de ellas y sentándose en la cama de una forma muy poco femenina.

—¡A mi madre le daría un infarto si yo alguna vez hiciera algo así! —repuso Madison mientras se acercaba a la cama para sentándose a su lado, pero en su caso con la corrección propia de una dama.

—Pues a mí no me miren que solo soy la doncella. Además me voy que tengo muchas cosas que hacer —dijo Betsy mientras se iba hacia la puerta a paso ligero.

Las tres mujeres que quedaron en el cuarto sonrieron, pues sabían que Betsy nunca llegaría a comprender todas las restricciones que una dama de noble cuna se vería forzada a tomar a lo largo de su vida. Las personas de clase inferior nunca entenderían que una joven casadera tenía que estar sujeta a unas normas si quería ser tomada en cuenta por todos. Era la única manera de ocupar el puesto que le correspondía dentro de la sociedad.

Jane también lo sabía, pero algo dentro de ella le impulsaba a rebelarse y a gritar sus sentimientos, pues estos eran tan grandes que le costaba esconderlos. No veía que mal podía tener en charlar con el hombre al que amaba mostrándole abiertamente sus emociones.

—Recuerda que una dama tiene muchos recursos para mostrarle al caballero

su interés —le comentó la señorita Spencer.

—Lo sé, el abanico, sonreírles con sutileza, las miradas bajas y coquetas...

—Los movimientos de pestañas —interrumpió Madison— Son mis favoritos y lo llevo practicando desde los once años.

La señorita Spencer les sonrió pues ella también había sido joven y se había visto forzada a representar el papel que como solterona le había tocado vivir. Además llevaba años guardando las apariencias y callando un amor que le estaba prohibido por tratarse de un hombre de rango superior al de ella.

—Exacto queridas. Esos recursos bien usados son tan productivos como cualquier conversación. De hecho se puede saber mucho de una persona con solo observarla.

Madison y Emma fijaron su mirada en Jane, la cual estaba sentada en la cama con las piernas abiertas y algo encorvada. Al verse el objeto de sus miradas rectificó su postura enderezándose, y colocando las piernas y la falda de forma correcta. Esta era una de las pocas manías que le quedaban por corregir, pues desde que era muy pequeña le había costado sentarse con la espalda completamente recta. Algo que su amiga y su institutriz siempre le recordaban.

Jane suspiró pues sabía que no tenía nada que hacer. No estaban en su amada Greenville Hills y además hacía unos años que había dejado de ser una niña. O eso pretendía demostrar.

—Esta noche haré todo lo que esté en mis manos para comportarme con la corrección propia de una dama. Pero... —dejó la frase sin acabar.

Madison y la señorita Spencer suspiraron pues la conocían muy bien y sabían que había cosas que Jane nunca podría hacer. Y eso incluía no saber callarse antes de decir una imprudencia, o soltar una carcajada cuando un caballero hacía algún comentario estúpido. Ambos ejemplos de una larga lista que Jane tenía que esforzarse en rectificar a diario.

—Lo sabemos Jane, harás todo lo que esté en tus manos para comportarte como es debido —comentó la señorita Spencer sabedora de los pensamientos de Jane.

—Pero si te provocan no te haces responsable —terminó por decir Madison, pues ya había escuchado esa disculpa un buen número de veces y sabía que su

amiga iba a mencionarlo.

Las tres mujeres contemplaron en silencio el maravilloso vestido que esperaba impaciente la llegada de la noche. Todas las presentes tenían motivos para estar nerviosas, pero la más inquieta era Jane, ya que ansiaba volver a ver a Braxton y saber cómo sería bailar entre sus brazos mientras se deja guiar por una sala repleta de parejas. Algo que sabría en pocas horas, pues el baile de la marquesa de Ashwood se estaba acercando.

Capítulo V

Es en todo Londres sabido, que ningún miembro distinguido de la sociedad puede faltar al baile que cada año organiza la célebre lady Prenston, marquesa de Ashwood. Conocida por su elegancia y refinamiento, sus eventos son solo superados por los que anualmente organiza la familia real.

No es de extrañar por tanto que ante las majestuosas puertas de la solemne mansión, se háyase la flor y nata de la alta sociedad británica. Toda ella esperando impaciente su turno para entrar y ser presentada a la flamante marquesa, que con su distinción se había ganado el puesto más elevado y envidiado entre las anfitrionas.

Esperando su turno entre los distinguidos nobles se encontraba la familia Grayson, la cual había conseguido su invitación gracias a las influencias de lady Wyonick. O mejor dicho, gracias a las continuas peticiones de su hija Madison para que la familia de su querida amiga Jane fuera invitada.

Vestida con su sublime vestido, los escaarpines a juego, los guantes de cabritilla y el abanico plateado que había escogido para la ocasión, los nervios estaban a punto de producirle un desmayo que echaría por tierra tantas horas de preparación.

Jane se hallaba a pocos pasos para entrar a la velada más importante de su vida, pues estaba a punto de codearse con la aristocracia más refinada del país, aunque su impaciencia no era debida a ese hecho, sino al acercarse cada vez más el encuentro que se produciría entre ella y lord Brandbury.

Acompañada de su padre Sir Richard Grayson, de su hermano James y de su cuñada Alice, cada paso representaba una odisea por tener que franquear sedas, satenes, plumas y bastones, que se amontonaban impacientes en los umbrales de la gran mansión.

Como era habitual en estas reuniones, cada ritual se repetía una u otra vez sin descanso. Primero el cabeza de familia se presentaba ante los anfitriones

acompañado de su consorte. Después era el turno del heredero y su mujer, para posteriormente ser presentados los restantes hijos con sus esposas. Todo ello siguiendo el riguroso orden de nacimiento, pues este dato era algo de vital importancia.

Una vez en el interior de la mansión los invitados eran conducidos hasta la magnífica sala de baile, donde eran agasajados con refrigerios y viandas a la espera de los anfitriones. Las charlas y las presentaciones continuaban en la gran sala, mientras los jóvenes se apresuraban a reservar los bailes con las muchachas más hermosas o mejor posicionadas socialmente.

Era este el momento de contemplar el exquisito gusto de la marquesa de Ashwood, y el despliegue de medios que la distinguida dama ofrecía a sus invitados. Cada detalle era catalogado y admirado por las demás señoras para los posteriores bailes que ellas organizarían. Nada importaba que a estas alturas la temporada ya estuviera bien avanzada, pues se encontraban a mediados de Mayo y esta llevaba un mes iniciada, ya que el baile de la marquesa se consideraba el punto culminante de esta por su honorable lista de invitados y su refinado estilo.

Desde el mismo instante en que la familia Grayson fue presentada por el mayordomo en el salón de baile, Jane fue asaltada por un corro de caballeros que reclamaban su consentimiento para complacerla con un baile. Valses, minués y alegres contradanzas fueron apuntadas, dejando el carnet de la joven casi al completo.

La opulencia del entorno, el florido colorido de los vistosos vestidos, el perfume de las miles de flores que adornaban la estancia, unido a las carísimas fragancias de las damas, y las suaves notas de los músicos que se preparan para amenizar la velada, hacían que Jane se sintiera como una princesa de cuento de hadas en busca de su amado caballero.

Deseosa de su encuentro lo buscó por toda la sala, pero solo encontró caras desconocidas junto a otras que llevaba observando los últimos meses, como también se percató de un grupo de dandis que buscaban una hermosa presa para saciar su hambre de caza. A lo lejos vio a su amiga Madison, la cual estaba siendo reclamada por su madre para ser presentada a un caballero.

Jane sonrió al ver la cara de hastío de su amiga, y el posterior empujón de su

madre para que se comportara. Todo ello hecho de una forma discreta que solo una vista conocedora de los caprichos de una madre casamentera podría distinguir.

Deseosa de hablar con Madison Jane esperó a que su amiga terminara con su presentación, para acercarse a ella bajo la atenta mirada de su familia. Por la expresión de asco de la joven y su disimulada retirada cuando su madre se descuidó, Jane supo que su turno había llegado y se acercó los últimos pasos que las distanciaba.

—¡Madison! —la llamó Jane deseosa de reclamar su atención.

El rostro de la muchacha cambió nada más ver a su amiga y ambas se unieron en un tierno abrazo.

—Me alegro de verte —siguió diciéndole Jane.

—No más que yo a ti —le contestó Madison visiblemente más feliz— ¿Has visto con quien quería emparejarme mi madre?

Jane miró disimuladamente hacia el hombre que hacia breves minutos había sido presentado a Madison e hizo una mueca de asco al verlo más de cerca.

—¡Exacto! —Exclamó Madison sabiendo que dicha mueca manifestaba su desagrado— Debe tener la misma edad que mi padre, pero con la mitad de sus dientes.

—Madison —la llamó solemne Jane mientras trataba de no reír por el comentario malicioso de su amiga — tienes que hablar seriamente con tu madre.

—Sabes que llevé mucho tiempo intentando convencerla de que no comparto sus ideas, pero ella no comprende que me niegue a casarme con un hombre de buena familia y con fortuna. Según ella, que dicho caballero vaya con garrota es algo sin importancia.

Jane no pudo reprimir una sonrisa ante el puchero de su amiga y se dispuso a animarla más.

—Ya verás cómo algún día un apuesto caballero pedirá tu mano y todos tus temores quedarán atrás.

—Si puede ser un joven rubio, distinguido, y de ojos verdes, mejor que mejor.

—No olvides que debe ser rico y de buena familia —mencionó Jane.

—Y debe aparecer cuanto antes, o mi madre me casará con el primer vejestorio que encuentre.

Ambas se echaron a reír por lo absurdo que era tener estas expectativas pues, ¿dónde iba a encontrar a semejante pretendiente? Queriendo cambiar de tema Jane se fijó en el vestido de Madison y este no le pareció tan mal como su amiga se lo había descrito.

—¡Déjame verte! —Deseosa de complacerla Madison se alejó un paso y giró despacio para que apreciara cada detalle.

—¡No está nada mal! Me había imaginado un atroz vestido envuelto en lacitos.

—Al final llegué un acuerdo con mi madre. Si le quitaba la mayoría de los lazos y un poco de encaje, dejaría que me presentara a todo el que ella quisiera y bailaría dos bailes con alguien de su interés.

—¡Menudo trato!

—Además me costó una cena y tres berrinches.

—¿En un solo día?

Madison asintió risueña.

—Amiga eres mi heroína —no pudo evitar decir Jane para después echarse las dos a reír.

Cuando unos segundos después se calmaron, revisaron a su alrededor a la espera de encontrar a alguien de su interés.

—¿Aun no le has visto? —le preguntó Madison.

—¡No! —contestó resignada.

Los músicos indicaron que el baile estaba a punto de empezar, pues ya se veían a los anfitriones por la sala.

—Seguro que tiene que estar por aquí.

—Seguro —señaló poco convencida mientras ambas lo buscaban por todas partes.

—Debe de estar en la sala de juegos. De todas formas hay tanta gente que es

lógico que aún no le hayamos visto.

—Tal vez venga más tarde. Al fin y al cabo es normal de que los caballeros solteros se pasen más tarde.

—Desde luego.

Nada más terminar de hablar ambas vieron como dos hombres se acercaban a ellas. Uno un joven y gallardo caballero que andaba con elegancia, y el otro un flaco, bajito y cojo madurito que cojeaba.

—No debí haberme quitado los lazos —comentó Madison—. Ahora tendría con qué atar a ese... hombre y librarme de bailar con él.

Jane soltó una carcajada que atrajo la curiosa mirada de quien las rodeaban, y se dispuso a inaugurar el baile junto a su apuesto caballero.



La velada hubiera resultado maravillosa, si no fuera por el detalle de que esta avanzaba a toda prisa y lord Brandbury seguía sin aparecer.

Jane estaba disfrutando de los numerosos bailes que le estaban reclamando, junto con el protocolario flirteo que toda dama desea ser objeto. Piropos, peticiones de visitar el jardín, besamanos prolongados, miradas cargadas de dobles intenciones, y sonrisas descaradas, eran la nota dominante en una noche que hubiera sido de ensueño si todo ello hubiera provenido de la persona indicada.

No fue hasta después de la cena, cuando el conde, esperado por todos, hizo su aparición.

Con su porte gallardo, su impecable vestimenta de etiqueta negra, camisa blanca, pañuelo conjuntado al cuello, y su aire serio y distinguido, dejaron a todas las damas suspirando por él, y en especial a Jane, que tropezó con su pareja de baile cuando lo vio descender por la escalera de mármol.

Con pasos pausados, saludando con ligeras inclinaciones de cabeza, y ajustándose los inmaculados guantes, lord Brandbury parecía haber nacido para ostentar el rango de conde, pues su aire aristócrata era innegable.

Risitas, miradas coquetas y cuchicheos acompañaban sus pasos por el gran salón, a la espera de que una dama fuera la elegida por dicho caballero para ser requerida para un baile, consiguiendo las envidias de las demás asistentes.

Lord Brandbury parecía ajeno a todo el alboroto provocado por su reciente aparición, y saludó a los anfitriones y conocidos sin dejar que nada ni nadie de su alrededor perturbara su semblante. Él no era partidario de los insípidos flirteos entre damas y caballeros que asistían a estos encuentros, siendo ese el motivo por el que apenas acudía a estos actos.

Jane tuvo que ver como el hombre al que amaba no se fijaba en ella, y empezaba a sacar a bailar a jóvenes casaderas que se fundían en sus brazos. Deseo que Madison hubiera traído esos dichosos lazos para poder atar a todas esas busconas que se lo estaba robando, y así quedar solo ellos en el salón donde un eterno vals los conduciría hasta el amanecer.

Al estar distraída con semejantes pensamientos, no recayó en la llegada de su amiga Madison, la cual sin miramientos la cogió de la mano y tiro de ella.

—Vamos. No podemos perder ni un minuto.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Jane sin entender nada.

Sin ni siguiera pararse, y pasando entre los invitados sin muchos miramientos, ambas muchachas se encaminaron al otro extremo del salón donde lady Worthwolf, más conocida como tía Henrietta, las estaba esperando.

—Mi tía va a presentarnos a lord Brandbury —apuntó Madison.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

—Como hoyes —fueron las únicas palabras que le dio como explicación.

Claro que Jane no necesitó más, y en cuestión de segundos, era ella la que tiraba con fuerza de una satisfecha Madison.

Con la respiración acelerada y a punto de morderse la uñas a causa de la ansiedad, Jane llegó junto a la tía de Madison a la que saludo con una elegante reverencia y una amplia sonrisa de gratitud.

—Vamos jovencitas, tenéis muy poco tiempo para prepararos —señaló tía Henrietta—, él muchacho está bailando con esa petulante de lady Charlotte y falta poco para que termine el vals.

Jane se volvió para ver a Braxton bailando con esa joven, y para su disgusto se percató de la mirada admirativa que este le dedicaba a la joven.

—No te preocupes querida —le dijo tía Henrietta mientras la abanicaba para rebajar el sonrojo de su cara—. Hace poco escuché el rumor de que la familia de esa mujer está arruinada y él no va a ser tan estúpido de contraer matrimonio con ella.

Aunque las palabras de la anciana pretendían calmarla, estas no lo consiguieron. Viéndolos bailar con tanta desenvoltura parecían haber sido creados para estar juntos. Lady Charlotte era alta, esbelta y bien formada, de generosos pechos y delicados movimientos. Su cabello era negro azabache y su piel blanca como la leche. No podía ver el color de sus ojos, pero por la forma en que Braxton los miraba, debían de estar plagados de miles de estrellas.

Unos celos como nunca antes había sentido se apoderaron de ella, pues deseo ser esa afortunada mujer y que Braxton la mirara con esa misma intensidad. Anheló sentirse entre sus brazos, escuchar el susurro de sus palabras, y sonreír ante sus galantes cumplidos como esa otra mujer lo estaba haciendo.

De pronto el baile terminó, para sorpresa de Jane y la pareja que no dejaba de contemplarse, pues esta no se había percatado de nada a su alrededor por estar absorta en su mundo.

—Prepárate niña, tiene que dejar a lady Charlotte aquí al lado —escuchó decir a tía Henrietta pero le fue imposible moverse y menos aún apartar la mirada de ambos.

Gracias a Dios Madison se percató de la profunda turbación de Jane, y la giró para que la mirara solo a ella.

—Olvídate de esa mujer. Ahora es tu turno y tienes que demostrarle que vales mil veces más que ella.

—Parecen hechos el uno para el otro.

—Conozco a esa harpía y te aseguro que no nació para hacer feliz a ningún hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Su familia es amiga de mi madre y la conozco desde hace años. Esa Charlotte es igual que mi madre, solo le importa el dinero y la posición, no tiene corazón. No al menos como el tuyo —Cogiéndole las manos le dijo—. Demuéstrale lo mucho que vales y no tardará en olvidarla.

Sonriendo ante las palabras de ánimo de su amiga Jane volvió a sonreír y guardó en lo más profundo del olvido las ganas de llorar y de rendirse.

—¡Gracias Madison!

—¡Para que están las amigas si no! ¡Y ahora baila con ese hombre y haz que se mueran todas de envidia!

Aun sonriendo Jane se giró encontrándose de frente a lord Brandbury, el cual hablaba con tía Henrietta.

—Y ahora joven, permitidme que os presente a dos encantadoras jovencitas. ¡Acercaos niñas! —Les indicó una sonriente tía Henrietta—. Lord Brandbury mi sobrina lady Madison. Como puede ver una joven bien formada, educada y sin los dientes de caballo tan propios de la rama familiar de mi difunto esposo.

Siguiendo las normas Madison ofreció su mano con delicadeza mientras hacía una elegante inclinación sin perder de vista sus ojos, y sin mostrar el sonrojo que las palabras de su tía le habían causado.

—Es un placer lady Madison —afirmó Braxton para después besarle ligeramente la mano.

—El placer es mío milord —fue lo único capaz de decir.

Jane sabía que ahora tocaba su turno y sentía el corazón a punto de salirse de su pecho. Aunque ya se conocían no habían sido presentados, por lo que esta iba a ser la primera vez que se veían, formalmente.

Lord Brandbury soltó la mano de Madison y se giró lo suficiente para encontrarse con Jane. Por la ceja alzada y la ligera sonrisa socarrona, Jane se dio cuenta que él la recordaba. Algo que consiguió ponerla aún más nerviosa.

—Lord Brandbury permítame que le presente a la señorita Grayson. Hija de Sir Richard Grayson.

—Encantado señorita Grayson —dijo Braxton manteniendo aun su peculiar

sonrisa.

—Lo mismo digo milord —contestó Jane tratando de parecer lo más sumisa posible. Algo que agradó a la tía Henrietta y provocó que la sonrisa de Braxton se agrandara.

Tratando de parecer ajena a todo esto Jane realizó de forma impecable el besamanos y contuvo el aliento cuando él beso ligeramente su mano.

—Si bien no recuerdo Sir Grayson es mi vecino —comentó Braxton mirando a Jane.

—Así es, se mudaron a la ciudad al inicio de la temporada. Como puede ver Sir Grayson además de una gran fortuna tiene una preciosa hija casadera.

«Tierra trágame» pensó roja de vergüenza Jane ante las palabras de tía Henrietta.

—Un hombre afortunado —le contestó él, y sin dejar de mirarla continuó diciendo—. Como espero que algún día sea igual de afortunado su esposo.

«¿Acaso está interesado en ocupar ese puesto?». Estuvo a punto de preguntarle Jane. Por suerte el comentario no llegó a salir de sus labios y agachó la cabeza en su mejor intento por parecer recatada y obediente. «Con las ganas que tenía de contestarle».

—Me parece que van a tocar otro vals. Lord Brandbury estoy segura de que la señorita Grayson tiene libre este baile. ¿No es así querida? —le preguntó tía Henrietta alzando la ceja de manera nada disimulada. «¿Pero cuantos ponches llevaba la anciana? ».

Jane miró a su alrededor y vio acercarse al hijo segundo de un vizconde cuyo nombre no recordaba, y al que le había prometido el siguiente baile. El joven caballero andaba decidido hacía ella, hasta que su pie izquierdo tropezó con su pie derecho y a punto estuvo de caerse sobre una de las más prestigiosas madronas de Londres.

Ante las miradas asesinas del grupo de mujeres el muchacho decidió tomar un atajo, para así acercarse sin peligro a reclamar su baile a Jane, hecho que ella aprovechó para confirmar que tenía libre ese vals.

—En tal caso, señorita Grayson, será un placer bailar con usted.

Sin más por decir Braxton le ofreció la mano con la palma hacia abajo, para que Jane colocara la suya sobre esta. Cuando así lo hizo una corriente eléctrica atravesó el menudo cuerpo de Jane, y un escalofrío de placer recorrió cada poro de su piel.

Disimulando la extraña sensación que acababa de sentir por primera vez en su vida, Jane siguió a lord Brandbury hasta la pista de baile donde las parejas ya empezaban a colocarse.

Ese había sido su primer contacto, y Jane no podía mantenerse serena. Deseando contemplar sus ojos alzó la mirada, y pudo ver que lord Brandbury la miraba sin sonreír. Ambos permanecieron en silencio, mientras a su alrededor las parejas iban y venían. Jane observó su mirada azul oscura, profunda e insolente. Y quiso perderse para siempre en ella.

Si en algún momento había tenido alguna duda sobre si debía ser su esposa, ahora, contemplando esos ojos, esa duda había desaparecido. Iba a casarse con ese hombre y pobre de la mujer que pretendiera quitárselo.

Volviendo al mundo real Jane siguió a los demás bailarines y realizó una genuflexión, mientras que el conde le correspondió con una reverencia. Y entonces comenzó la música. Las suaves notas de un vals inundaron la sala y con suavidad él la cogió por la cintura acercándola a su cuerpo, aunque manteniendo la distancia de decoro. Algo que Jane no se percató pues lo único que sentía era su mano en su espalda y la cercanía de su cuerpo. De repente se acordó de su abanico que colgaba de su muñeca y deseó abanicarse para calmar su calor. Pero hacerlo la dejaría en ridículo delante de los asistentes y sería el hazme reír de la temporada, por lo que tuvo que resignarse a su acaloramiento.

Con su mano sobre la de él, y ya posicionados, empezaron a moverse al compás de la música girando alrededor del espléndido salón. Bajo las arañas de cristal, con sus centenares de velas blancas, Jane se sintió flotar y quiso cerrar los ojos para perderse entre la sensación de estar entre sus brazos. Era mil veces mejor de lo que había imaginado al hacerla sentir segura, eufórica, y ardiendo.

Volvió a mirarlo a los ojos y vio que aún seguía observándola. Se mantenían en silencio, ya que tan solo giraban, mientras mil mariposas revoloteaban

dentro de Jane y se preguntaba que estaría sintiendo él.

—¿Cómo está su gato? —por fin habló lord Brandbury y con ello rompió el encantamiento.

—Echándolo de menos —contestó sin pensar.

Él sonrió ante sus palabras y a punto estuvo de quedarme sin respiración por el brillo cautivador que surgió de su mirada.

—Le aseguro que no ha sido mi caso, pues apenas me he acordado de él —comentó divertido.

—Se lo comentaré esta misma noche, aunque le aseguro que semejante noticia le partirá el corazón —le siguió el juego.

—Entonces manténgalo en secreto. No quiero ser el causante de un corazón roto.

«Si tú supieras» pensó Jane, pues no solo Bolita podía acabar con semejante dolor.

Durante unos acordes se mantuvimos en silencio, dejándose llevar por las notas que los guiaban.

—Pensaré que no tengo educación por no haber ido a darle correctamente las gracias —habló por fin Jane.

—Jamás pensaría algo semejante de usted. Además, si no recuerdo mal, fui yo quien le insistió en que no hacía falta tal agradecimiento.

Cuando fue evidente que no la había convencido, pues estaba claro que esta se disponía a replicarle, lord Brandbury se adelantó diciéndole:

—Además, concediéndome este baile todo queda pagado. Al fin y al cabo el pobre Elliot se ha quedado sin su cotizado baile —tras sus palabras le hizo una ligera inclinación de cabeza hacia el lado derecho, donde la tía Henrietta estaba hablando animadamente con el pobre hombre al que había reservado el baile y había tropezado.

Jane no pudo hacer otra cosa más que sonreír ante la cara de aburrimiento del tal Elliot, el cual de vez en cuando miraba hacia la pista de baile para observarlos, y suspiraba sin parar de asentir distraído a la entusiasta conversación de la anciana.

—Pobre Elliot, no se merecía semejante castigo.

—¿A cuál se refiere? ¿Al de perderse un baile con usted, o el tener que escuchar a la tía Henrietta? —preguntó Braxton que empezaba a sentirse cómodo con ella.

Jane no pudo evitar soltar una carcajada que trató de disimular lo mejor que pudo. Pues no pretendía ser el centro de atención de todos los presentes.

—Lord Brandbury, no sabía que fuera usted tan desvergonzado.

—Para nada señorita Grayson. Solo estoy siendo sincero. Y si tuviera alguna duda, piense como habrían acabado sus pies bailando con un hombre que tropieza incluso cuando camina.

La cara de espanto que mostró Jane debió de hacerle gracia, pues fue su turno para sonreír.

—Me parece lord Brandbury que vuelvo a estar en deuda con usted al haberme salvado de semejante tortura.

—En tal caso señorita Grayson, resérveme otro baile en la próxima velada en la que coincidamos y quedaré gratamente recompensado.

Jane sonrió mientras afirmaba con la cabeza aunque en su interior maldecía todas las estúpidas normas de etiqueta. En especial la que impedía bailar con el mismo hombre dos veces seguidas.

Fue en ese momento cuando la música cesó y el brillo de las luces comenzaron a oscurecerse. Jane se dio cuenta de que su momento con él había acabado sin saber cuándo tiempo pasaría antes de tener otra oportunidad similar. Pero no podía hacerle preguntas sin parecer descarada y entrometida, por lo que tuvo que resignarse a aparentar ser una dama obediente, educada y recatada. Aunque lo que más deseara era mantenerlo a su lado durante toda la noche sin importarle las habladurías.

Sin más remedio que separarse de su lado se alejó de él, no sin antes oler por última vez el almizclado perfume de su cuerpo. Caminaron hasta donde la familia de Jane la esperaba y le agradeció con una sonrisa que no le hubiera devuelto junto a tía Henrietta y ese hombre tan patoso llamado Elliot.

—Señorita Grayson, ha sido un placer.

—Milord.

Y así, sin más, se alejó decidido mientras el corazón de Jane clamaba por volver a tenerlo a su lado.



Jane No sabía cómo pudo encontrarse en la misma habitación que él, viéndolo bailar y charlar con otras mujeres, y no armar un escándalo. Además, recordaba los consejos que el día anterior le había dado Emma, dónde le habló de lo inapropiado de mostrar sus sentimientos en público, y se negaba a dejar en ridículo a su familia.

Trató de no pensar en él y de no revivir cada segundo que había pasado entre sus brazos. De no recordar su olor, su voz y su sonrisa, pero fallaba en cada intento. Lo deseó con todas sus fuerzas, pero era imposible no comparar a los demás hombres con él y dejar de sentir su ausencia.

Todavía podía sentir su mano en su cintura mientras le guiaba por el salón. Le había costado toda su fortaleza dejarlo marchar, pero ella no tenía ningún derecho en retenerlo a su lado pues solo era una desconocida que se había cruzado en su camino en dos ocasiones.

Por otro lado Madison se mantuvo ocupada bailando con los jóvenes pretendientes que ella prefería, y los respetables viudos que prefería su madre. Todo indicaba que la velada estaba siendo un éxito, pues las risas, las conversaciones y el champan, no cesaron en ningún momento de la noche.

No fue hasta que Jane volvió a ver a lord Brandbury bailando con lady Charlotte cuando su sangre volvió a calentarse, pero esta vez a causa de los celos y la envidia. Se aseguró de bailar cerca de ellos para enterarse de su charla, pero tuvo la desgracia de dar con un compañero de baile que no callaba ni para respirar.

Menos mal que su paciencia aguantó hasta el final del baile, y por suerte pudo escuchar que saldrían a refrescarse a los majestuosos jardines de la residencia. Decidida a no perderlos de vista le comunicó a su acompañante que le complacería tomar el aire, y este aceptó encantado su sugerencia

ofreciéndole su brazo sin percatarse de su engaño.

El caballero se mostró complacido al ser el elegido para acompañarla en privado hinchando su pecho, y sonriendo encantado. Acto seguido metió su escuálida barriga y orgulloso como un gallo, y con sus mismos andares, le guio resuelto hasta los jardines. Desde luego su salida no fue para nada discreta y Jane estuvo a punto de dejar plantado a tan vanidoso personaje y salir ella sola a los jardines.

Una vez en ellos se adentraron hasta el fondo al ir siguiéndoles, dejando cada vez más atrás a otras parejas que habían tenido la misma idea de aventurarse entre las sombras. Jane no se dio cuenta de lo oscuro y solitario que estaba el camino, o de la continua charla del hombre que le acompañaba. Solo prestaba atención en no perderles y en poder escuchar algún comentario que pudiera llegar a sus oídos.

Cuando la pareja se paró en un rincón apartado Jane buscó un lugar donde poder espiarlos, aunque trató de disimular lo mejor que pudo sus verdaderos motivos. Encontró un banco medio escondido desde donde podía verlos, pero no estaba lo suficientemente cerca como para poder escucharlos con claridad. Por ello, trató de prestar atención a lo que decían y se olvidó por completo del hombre que tenía a su lado y que, para su desconsuelo, no paraba de parlotear ni un segundo.

Se dio cuenta enseguida de que entre lord Brandbury y lady Charlotte había algo más profundo que un simple encuentro fugaz. Él la estaba cogiendo de la mano y la acercaba a su cuerpo, mientras ella mimosa no oponía resistencia. Jane trató de apartar la mirada para no ver como la besaba, pero le fue imposible dejar de contemplarlos y de desear con toda su alma ser ella esa mujer a la que besaba tan apasionadamente en un rincón apartado.

Luego, tras haber pasado como mínimo un cuarto de hora entre tiernas caricias y galanteos, y sin saber que lo había provocado, algo cambió. Los besos y abrazos se convirtieron en empujones y Jane escuchó como ella elevaba enfadada la voz. Era evidente que él trataba de calmarla pero no conseguía hacerlo. Ella quería irse mientras él la retenía, y la curiosidad de Jane aumentó hasta estar a punto de levantarse y acercarse a ellos.

Pero en ese preciso momento algo impidió que lo hiciera, pues su

acompañante aprovechó la ocasión para cogerla de la mano. Jane, más pendiente de lo que pasaba lejos de ella que de lo que ocurría a su lado no se percató de nada a su alrededor, pues solo quería que ese sujeto la dejara observar, y siguió absorta con lo que pasaba entre lord Brandbury y esa mujer.

Esa mujer, Charlotte, seguía gritándole al conde. Parecía muy enfadada con él y la curiosidad de Jane la empujaba a acercarse a ellos y averiguara que estaba pasando. Cuando de pronto notó que el caballero que estaba a su lado tiraba con insistencia de su mano, consiguiendo irritarla al no dejarla cotillear a su antojo y llamando su atención por unos instantes.

—¿Qué me dices querida?

—¿Perdón como dice? —le preguntó pues no había escuchado ni una sola de sus palabras y temía haberse metido en un buen lío.

—¡Te sientes turbada! ¿Verdad amor? —Se atrevió a decirle— Te rebelaba que eres mi luz en la noche, mi sol en la mañana, mi luciérnaga en...

El pobre hombre se cayó por primera vez desde que Jane aceptó bailar con él, y se quedó pensativo esperando a que le viniera la inspiración. Como lo único que deseaba Jane era que la dejara observar tranquila lo que estaba sucediendo a pocos metros de ella. Se decidió a ayudarlo.

—¿En el jardín?

—¡Exacto! Veo que me entiendes a la perfección. Una espléndida cualidad en una esposa.

Perpleja ante tal desfachatez y falta de modales, dejó de centrar sus pensamientos en Lord Brandbury y en su pareja, y se quedó mirando aturdida al hombre que tenía frente a ella. Por primera vez se dio cuenta de que estaba arrodillado sujetando una de sus manos mientras se tomaba unas libertades que en ningún caso le había otorgado.

—Veo que también eres callada. Algo sumamente complaciente.

Sin poder creer que esto le estuviera pasando, Jane empezó a tirar de su mano para poder escapar del agarre.

—Perdón caballero, pero está usted malgastando su tiempo.

De pronto se percató de lo aislados que se encontraban y de la opinión tan

errónea que se había formado ese hombre. Lo había conducido a un lugar apartado dejándole hablar sin prestarle atención y sin saber a qué le estaba dando permiso. Ya no le importaba la discusión de lord Brandbury, pues todo su interés se centró en ese momento y en deshacerse de ese caballero.

El hombre no parecía darse cuenta de su turbación y se resistió a soltarle la mano, la cual agarraba con fuerza en una caricia nada romántica.

—Tiene razón querida. Debemos ser concisos y directos —después hizo un ruido extraño a modo de carraspeo— Como le iba diciendo, ¿Me concedería el honor de ser mi esposa?

Sin poder aguantar un minuto más se levantó de golpe incrédula ante la desfachatez de semejante individuo.

—¡Pero si solo nos conocemos desde hace escasamente una hora!

—¡Lo suficiente para saber que la amo!

Sabía que no se estaba comportando como una dama refinada, pero estaba segura que esta situación requería saltarse alguna que otra norma de protocolo. Por lo que pensó que no importaría si se tomaba ciertas libertades.

—¡Esto es el colmo! —Exclamó mientras trataba de soltarse de la mano, en una pose muy poco femenina—. Lord...

—Farradas —le contestó mientras trataba de llevarse su mano a sus labios para besársela.

Viendo que el caballero no se enteraba de nada y seguía sumergido en su delirio, Jane decidió calmarse y hacerle ver que estaba cometiendo un error. Aunque haría lo posible para que el orgullo del caballero no fuera herido y todo quedara en un malentendido.

—Lord Farradas, lamento comunicarle que mi corazón ya está comprometido. Es por ello, que me veo en la obligación de declinar su ofrecimiento.

Ante esas palabras, dichas con calma y convicción, el pobre Lord Farradas no supo cómo responder.

—Pero...

—Lamento ser la causante de su desdicha, pero esta situación es inapropiada para una dama de mi posición y debo marcharme de inmediato.

—Yo...

Al parecer, después de un buen rato intentándolo, por fin había conseguido dejarlo sin habla. Además de conseguir que le soltara la mano.

—Estoy segura de que un caballero tan distinguido como usted, debe saber que esta conversación en privado no es adecuada para una señorita. Más aún cuando yo solo pretendía que, como caballero, me acompañara a un lugar tranquilo para despejarme de mi jaqueca.

—Si claro. Lamento el malentendido y... —repuso lastimero y aun de rodillas.

—Entonces adiós lord Farradas. Espero de todo corazón que algún día encuentre su... luciérnaga.

Sin más que hacer o decir Jane se alejó de él, antes de que este reaccionara y fuera tras ella. Luego, con el propósito de asegurarse de que no la encontrara, se escondió entre unos matorrales cercanos y esperó hasta que lord Farradas se recompusiera y se marchara.

Cuando así lo hizo pudo por fin respirar aliviada, y salir de su escondite sacudiéndose el vestido para apartar algunas ramitas, consciente de la suerte que había tenido de salir de semejante enredo siguiendo soltera y sin compromiso.

Inmediatamente después Jane miró a su alrededor, y se percató de que ya no veía a lady Charlotte por ningún sitio. Y de qué lord Brandbury estaba dándole la espalda sumido en sus pensamientos a unos cuantos metros de distancia.

Esta era sin duda una ocasión que debía aprovechar, o se lo estaría reprochando el resto de mi vida. Decidida, pensó en un plan que fuera creíble y le sirviera de excusa.

Por suerte para Jane había nacido con una imaginación proverbial y no tuvo ningún problema para inventarse una historia creíble. «Para que luego digan que la imaginación en una dama no sirve para nada», sonrió complacida al pensarlo.

Capítulo VI

«Cada noche dedicaba mi último pensamiento a ella, y cada mañana, con la luz del alba, su recuerdo volvía para atormentarme. Sabía que el tiempo se me acababa y debía enfrentarme a la posibilidad de perderla. Pero no era sencillo imaginar cómo reaccionaría Charlotte ante la noticia, y la duda me carcomía por dentro.

Durante semanas me dediqué sin descanso a encontrar una solución a mi legado de deudas. Indagué, procuré, investigué pero siempre acababa ante las mismas salidas; El dinero que te prestan, te acaba ahorcando. El que te ceden, te persigue para siempre. Y el que te regalan, te encadena de por vida».

Estas reflexiones y este continuo tormento acompañaban a Braxton día tras día, sin poder apartar de la cabeza la urgencia de buscar una solución a sus problemas. Por desgracia solo se le ocurrieron dos salidas, y solo una de ellas era la que él anhelaba. Braxton sabía que esta última medida presentaba una gran dificultad y no estaba seguro de poder conseguirlo.

Esta consistía en olvidarse de su carga como nuevo conde de Brandbury dejando atrás el título, las tierras, las deudas y los gastos excesivos de una propiedad que acabaría arruinándolo. A cambio cogería todo el capital que le fuera posible y se embarcaría junto a Charlotte hacia alguna tierra lejana para empezar de nuevo. Debería cambiar de nombre y olvidar para siempre Inglaterra, pues en ella jamás podría librarse de su herencia, y un apellido que siempre le traía desgracias.

Pero algo dentro de él le decía que esta idea era una utopía pues sabía de antemano que Charlotte jamás aceptaría semejante empresa, ya que estaba demasiado aferrada a su tierra, a su familia y a sus costumbres. Sin olvidar que era una mujer nacida en la opulencia y criada como muñeca de porcelana, por ello, si le exigía demasiado, acabaría perdiéndola o dañándola.

Además era consciente en los riesgos que conlleva empezar una nueva vida en un país donde partes de cero y no estaba seguro de poder olvidarse de sus

obligaciones y de que estaba dejando en la ruina a todos sus arrendatarios. Familias enteras que durante generaciones habían trabajado para el conde y se les recompensaría con la ruina y el abandono.

La otra solución arreglaría todos sus problemas financieros, pero su precio era demasiado elevado, pues debería olvidarme del amor. Con ella conseguiría el capital necesario para mantener sus propiedades en pie y hacerlas rentables. Las familias que dependían de las tierras no serían desahuciadas. El buen nombre de los Brandbury no caería en desgracia. Y además, si era listo, conseguiría más capital para sus otros negocios. Todo ello gracias a un matrimonio de conveniencia donde el dinero compraría el respeto, la influencia y el amor.

Su responsabilidad era tal, que Braxton se vio incapaz en tomar una decisión aceptable ante tal problema. El peso de tener en sus manos el porvenir de demasiadas personas recaía sobre sus espaldas, y además sabía que una decisión tan importante no podía tomarla él solo, sino también Charlotte, pues según la decisión que tomaran el destino de ambos sería diferente y no podía obligarla a seguirle sin más. No cuando su felicidad dependía de ello.

Braxton decidió que debía contarle toda la verdad de su nueva situación y los problemas que se les presentaría si se casaban. Pero también le hablaría de la esperanza de un futuro mejor donde prosperarían juntos, y en donde las adversidades no serían tan rudas al tenerse el uno al otro.

Se aferró a la ilusión de que sus sentimientos eran más grandes que sus bolsillos, y quedó convencido de que obtendría la bendición de Charlotte esa misma noche. Por ello, sabiendo que necesitaba una respuesta urgente, lord Brandbury se presentó decidido en el baile de la marquesa de Ashwood.

Hacía tiempo que la pareja mantenía su relación en secreto y por ello tenían el acuerdo de verse solo en actos públicos para no levantar sospechas. Pues según Charlotte, era necesario ser discretos hasta que Braxton heredara el título, o sus negocios le dieran el prestigio necesario para que su padre le entregara su mano en matrimonio.

Por eso, nada más llegar al evento, el conde se dedicó a buscarla por la sala de baile, sin tardar en encontrarla rodeada de caballeros que requerían su atención. Algo normal pues él mismo caía en su embrujo cada vez que la veía.

Charlotte era una mujer extremadamente bella, exuberante, y seductora, que había aprendido a conseguir lo que quería de los hombres con solo una mirada de sus ojos color verde musgo. Ella siempre miraban de frente, con la seguridad y la arrogancia propia de una familia con una estirpe legendaria, y de la que se vanagloriaba a cada instante. Con marcadas caderas y cintura estrecha, representaba las formas que estaban de moda. Elegante y refinada, era en definitiva la perfecta esposa de un caballero.

Lord Brandbury tuvo que esperar hasta que finalizara su segundo baile para que Charlotte le dedicara unos minutos de su tiempo, pues su carnet estaba repleto y los pretendientes la acosaban. Con paso solemne y orgulloso, al creerse el único que contaba con su corazón, la condujo hasta la parte más lejana de los jardines, para poder hablar de su futuro sin ser interrumpidos, y sobre todo, sin correr el riesgo de ser escuchados.

Nada más llegar a un lugar apartado él se giró para contemplarla, le cogió la mano con delicadeza, y con el anhelo de su corazón clamando por tenerla, se inclinó para depositar un beso en ella. Cuando volvió a mirarla a los ojos vio que su mirada se oscurecía de deseo, y sin poder resistirle por más tiempo la besó con toda la pasión que sentía su cuerpo. La había echado tanto de menos y la necesitaba tanto, que no pudo comportarse como un caballero olvidando sus modales.

Charlotte siempre despertaba sentimientos lujuriosos en él haciéndole perder la cordura y, ante su presencia, solo deseaba poseerla. Sus besos eran profundos, carnales y Braxton juraría que experimentados. Aunque esto último fuera imposible pues él estaba seguro que ella era toda una dama. Estar con Charlotte era sentir el calor de las llamas del infierno corriendo por sus venas, era volverse un necio, un sordo y un ciego. Cuando se encontraban a solas, como en este momento, solo estaba ella y el deseo de hacerla suya. Todo lo demás dejaba de importar.

—¡Mi amor, no sabes cuánto te he echado de menos! —Le susurró rozando aun sus labios.

—Braxton. ¡Estaba tan preocupada al no tener noticias tuyas! Creía que al haber conseguido tu título te habías olvidado de mí.

—Jamás haría algo así. Sabes muy bien el amor que te proceso.

Sin poder soportar por más tiempo la ausencia de sus besos lord Brandbury volvió a sumergirme en su boca como un hambriento buscaría su alimento. Entre sus brazos sintió el calor de su suave piel por su cuerpo, olvidando todos los problemas y las dudas, pues alguien que besaba con tanto ardor no podía estar fingiendo. Braxton deseaba creer que esa forma de reclamarlo como suyo significaba que le quería, y no le importaría las penurias de una vida sin dinero.

—¡Soy tan feliz! —Exclamó Charlotte mientras se abrazaban— ¡Por fin podremos hacer público nuestro compromiso! —Sin poder contenerse, se soltó de su agarre y empezó a andar nerviosa de un lado a otro sin parar de hablar—. Imagina las envidias que levantaré y lo orgullosa que estará mi madre. ¡Voy a ser la nueva condesa de Brandbury!

La miró silencioso pues sabía que su dicha terminaría en cuando supiera de sus desgracias, como también sabía que ese podía ser el momento en que la acabaría perdiendo. Solo se atrevía a observarla deseando que el destino no se hubiera puesto en su contra, convirtiendo su matrimonio en un imposible.

—Charlotte —la llamó sin apenas voz.

Por eso ella no pudo escucharle al estar centrada en su júbilo, y siguió sumergida en su perorata.

—Daremos la noticia en el próximo baile. No podemos demorarlo por más tiempo o la gente empezará a murmurar sobre mi edad. Además mi padre estará encantado de darte mi mano en matrimonio y no podrá ninguna objeción a que celebremos la boda cuanto antes.

—Charlotte —volví a insistir, esta vez en un tono más elevado para llamar su atención.

—¡Oh Braxton, cariño! ¿No te sientes feliz? —Tras decir esto paró frente a él, y le observó por primera vez desde que le había dicho que la amaba.

Ella se dio cuenta de que él estaba rígido y sin mostrar un ápice de la alegría que debería estar sintiendo. Por ello, ante tal semblante, Charlotte sintió miedo.

—¿Qué es lo que sucede?

Lord Brandbury trago saliva y sin tener más remedio, empezó a hablar.

—Charlotte, ha habido un problema.

Ella, extrañada, le miró exigiéndole que continuara.

—La herencia...

—¡Oh Dios mío, tu padre te a desheredado! ¡No puede hacerte eso!

Charlotte empezó a llorar y él no pudo hacer otra cosa más que acercarla a su cuerpo para abrazarla y consolarla. El dolor en su pecho le indicaba que peor momento de su vida había comenzado y temía no tener las fuerzas necesarias para enfrentarse a ello.

—No Charlotte, no es eso —dijo con voz pausada para que se tranquilizara.

—¿Entonces? —Le preguntó apartándose del refugio de sus brazos.

—Poseo el título y las tierras, pero por desgracia también he heredado sus deudas.

—¡Pero eso no puede ser posible! La familia Brandbury siempre ha sido una de más ricas e influyentes de Inglaterra.

—Al parecer mi padre no supo gestionarlo y hundió la propiedad.

No quiso contarle que el viejo conde había dilapidado todo el dinero en el juego por miedo a su reacción.

—¡La culpa es tuya! —Le gritó exaltada—. Tuviste que tragarte el orgullo y quedarte con él. Le habrías ayudado y no habrías dejado que se hundiera.

Se notaba que estaba altera y no pensaba con claridad. Se retorció las manos y su cara estaba pálida. De lo contrario él no le hubiera consentido que hiciera semejante comentario cuando este no era cierto, y más siendo este un tema tabú del que jamás hablaba con nadie. Ni si quiera con ella.

—Sabes que eso no es verdad. Él nunca me habría escuchado —respondió alterado y tratando de defenderse de su acusación—. Él habría seguido haciendo las cosas a su manera y yo habría acabado desquiciado.

—¡No puedes estar seguro de eso! —siguió gritándole.

—¡Sabes muy bien que es cierto! —sabiendo que esta discusión no conducía a nada, optó por acabarla—. Además ya no se puede hacer nada.

—¡Y ahora que ya ha ser de nosotros!

Lord Brandbury observó a la altiva y orgullosa Charlotte que ahora se mostraba resentida y dolida. «¿Qué había sido de su dulce talante? ¿De la seguridad de su afecto? ¿Había menguado su amor en estos dos años de espera? »

—Mi oferta de matrimonio sigue en pie. Puede que al principio no tengamos dinero y nuestra forma de vida deba cambiar por unos años, pero sentimos...

—¿Sentimos? ¿Cuándo los deudores nos acosen, las puertas se nos cierren, y seamos el hazmerreír de todo Londres, nos conformaremos con sentir? —Las duras palabras de Charlotte le dejaron atónito— ¡Yo nací para ser condesa! —prosiguió aun altanera—. Como antes lo fue mi madre y antes que ella lo fue mi abuela, pero no a cualquier precio. No si para ello tengo que mendigar como una vulgar pordiosera.

—¡No tendrás que mendigar! —Le contestó irritado pues estaba atacando su orgullo masculino—. Puedo mantener perfectamente a mi esposa sin necesidad de que esta mendigue. Solo tendremos que prescindir de algunos privilegios pero podremos mantenernos con mis inversiones y vivir con cierta seguridad.

—¿Mantener? ¿Seguridad? ¡Yo no quiero mantenerme como una vulgar sirvienta! Quiero carruajes, vestidos, joyas. Quiero asistir a bailes con la cabeza bien alta y ser la envidia de todas. ¿Es que no lo entiendes? ¡No me conformo con sobrevivir!

Petrificado por sus palabras y por lo que esto significaba, se quedó quieto observando a la mujer que creía conocer.

—¿Es que no lo entiendes? Mi familia cuenta con que haga un buen matrimonio —sin poder mirarle a la cara por la vergüenza Charlotte siguió hablando—. Mi padre ha malgastado nuestra fortuna en el juego y si no me caso antes de que se sepa nunca encontraré marido.

—Comprendo —contestó con frialdad al darse cuenta de la verdad que ocultaba la mujer que creía que le amaba. No era él desde luego, sino su posición y su dinero.

—¡No! ¡Tú no comprendes nada! —Le dijo volviéndose para mirarle con rencor—. Me has hecho perder dos años al estar esperándote cuando podía haberme casado con cualquier otro. Dos años en los que he visto como mis amigas se casaban y se reían de mí a mis espaldas. ¿Sabes las veces que he

tenido que tragarme el orgullo por tu culpa? ¿Las veces que he soñado con que heredadas y ser la condesa de Brandbury para enfrentarlas?

—Lo que comprendo. ¡Querida Charlotte! —Señaló esto último con desprecio—. Es que nuestro amor no significó nada para ti. Solo querías mi título y mi fortuna.

—¿Acaso crees que una mujer con mi educación puede esperar otra cosa? —Preguntó con lágrimas en los ojos—. Solo puedo conseguir una posición acomodada si me caso, y esto solo puedo hacerlo mientras sea joven y hermosa. Sin una familia que me ampare, pues ellos también van a caer en la ruina, no me queda nada más que buscar a otro pretendiente rico y tratar de ayudar a mis padres, y gracias a ti se me está a cavando el tiempo.

Desesperada por verse sola y en la ruina, trato de hacerle ver el futuro que les esperaba.

—Mientras sea deseada podre tener opciones, aun así, si espero a que se sepa de la ruina de mi familia me quedaré sin nada. Y yo no sabría cómo sobrevivir. ¿Es que no lo entiendes? —consumida por el dolor siguió diciendo mientras sollozaba—. Además mi vida gira en torno a mi posición social, no puedo concebir que me marginen y que tenga que tragarme el orgullo.

En ese momento él se sintió enfermo al comprender las leyes que regían la sociedad. Sabía que una mujer de noble cuna solo podía prosperar a través del matrimonio, y por eso desde su nacimiento se la preparaba para encontrar un buen marido. Se la educaba para que no abriera su corazón hasta que no estuviera casada, como también se le inculcaba que por encima del amor estaba, bajo cualquier concepto, el deber y el honor.

Braxton no podía reprocharle que siguiera unas normas que habría aprendido desde niña y que seguía toda la sociedad. Ella sería incapaz de vivir sin recursos, sintiéndose deshonrada y despreciada por las mismas personas que ahora la alababan. Acabaría consumiéndose hasta desaparecer la Charlotte que tanto amaba, y terminaría perdiéndola y culpándose por haberla arrastrado hasta ese punto de destrucción.

Sintiéndose perdido, solo pudo olvidar su sueño de empezar de nuevo y pasar toda una vida junto a la mujer que amaba. No cuando para ella el amor valía menos que las monedas, y su fortaleza se venía abajo ante la posibilidad de

descender en la sociedad. Braxton sintió que había perdido la oportunidad de ser feliz y maldijo los años que vivió esperanzado.

Había postergado el matrimonio con Charlotte a la espera de poder ofrecerle un casamiento digno como nuevo conde, y sin embargo ahora solo podía ofrecerle un título sin dote y unos años de privaciones. Algo que la orgullosa dama no estaba dispuesta a asumir, pues ella quería el honor de ser la condesa, pero también el privilegio del dinero.

—Yo también he sido engañado —le indicó con semblante decaído y voz trémula—. Creía que podríamos pasar la vida juntos sin importarnos el mundo. Jamás pensé que algo así nos pasaría. No ha nosotros. Y lamento si por mi culpa has malgastado la oportunidad de ser feliz. Pero yo no puedo ofrecerte lo que deseas. No ahora.

—¡Oh Braxton! Perdona si mis palabras te han ofendido, pues no era eso lo que pretendía. Es solo que...

Se la veía nerviosa, triste y perdida, y sintió rabia por no poder ofrecerle todo lo que ella deseaba.

—...Si fuera unos años más joven podría esperarte, pero con veintiuno años no me quedan muchas opciones —siguió diciéndole para excusarse.

—Me dices que no puedes esperarme y que necesitas buscar otro marido. Me pides que deje de lado estos años de compromiso. Que te libere y me olvide de lo que siento por ti, cuando lo que más deseo escuchar es que lo dejas todo para estar conmigo. ¿Y me pides qué comprenda?

Él sabía que estaba hablando a través del dolor que brotaba de su corazón, pero no pudo callar esas palabras. Aun así, verla agachar la cabeza de vergüenza por haberla humillado no le produjo ningún placer, ni menguo su dolor, sino todo lo contrario.

—¡Al final he conseguido que me odies! —susurró con voz temblorosa y estando aun cabizbaja.

—Yo nunca podré odiarte. Te quiero demasiado para hacerlo —lo dijo con tanta seguridad que ella elevó sus ojos hasta los suyos para comprobar si era cierto.

Durante un eterno segundo ambos se quedaron en silencio observándose. La

segura y altiva Charlotte había desaparecido, para quedar tan solo una mujer perdida.

—¿Y qué va a ser ahora de nosotros? —le preguntó buscando en él la respuesta. Tal vez pensó que al escuchar de sus labios lo que ambos sabían, no le haría sentirse culpable por haber tomado la opción más cobarde.

Dándose ya por vencido, y sin querer causarle más dolor, se propuso decirle fríamente lo que les esperaba a partir de ahora. Como si fuera normal que se le partiera el alma al perderla, o como si olvidarse de todo fuera a ser una tarea sencilla.

—Fijaremos un matrimonio con algún heredero rico y trataremos de olvidar que alguna vez nos amamos —sin poder contenerse se acercó a ella y le acarició su suave rostro con delicadeza—. Podrás tener todo lo que siempre has deseado; riqueza, prestigio, y la envidia de todas esas personas que te menosprecian y señalan. Pero a cambio tendrás que olvidar que un día me amaste y estuviste a punto de tocar el cielo con la punta de tus dedos.

—Braxton —susurró Charlotte mientras le miraba y sentía su caricia en la cara. El dolor que vio en sus ojos de alguna manera le reconfortó, pues supo nada más verlos que a ella también le costaría olvidarle.

Queriendo conseguir el último beso de su boca, pues sabía que este sería su final, se acercó a ella despacio y la besó tratando de que su sabor permaneciera para siempre en su recuerdo. Este iba a ser su adiós, la última vez que probaría sus labios, que la acercaría a su cuerpo, y que se perdería en el mar de su deseo.

—No me olvides Braxton —le suplicó con el sabor de su boca aun en sus labios.

—Te lo prometo —fueron sus últimas palabras antes de sentir como se separaba de él, y contemplaba cómo se alejaba para siempre de su lado.

Capítulo VII

Jane jamás se había sentido tan alterada en toda su vida. Ni siguiera cuando sufrió un ataque de tos en pleno recital organizado por su prima Berta, y esta la acusó de sabotear deliberadamente su actuación. En esa ocasión tuvo que soportar las lágrimas y el berrinche de su prima, comprar su perdón con innumerables bandejas de pasteles, y ganarse un dolor de estómago que le duró un día entero por las convulsiones.

Pero eso no tenía importancia frente al hecho de que iba a quedarse a solas junto al hombre que amaba y, aunque el encuentro no iba a ser de ámbito romántico, con solo imaginarse cerca de él la ansiedad la atrapaba. Estaba arriesgándose en exceso pues, si no buscaba una buena excusa y no se dejaba influenciar por sus nervios, el caballero podía pensar que era una descarada o lo que era peor, podían ser descubiertos y quedar ante los ojos de todo Londres como una buscona sin modales ni principios.

Es por ello que, justo antes de salir de las sombras para representar su farsa, Jane respiró profundo hasta serenarse y aparentar naturalidad. Algo difícil de conseguir por estar temblando, tener las manos sudorosas, y sentirse sumamente acalorada. Decidida a ganarse su destino, Jane se armó de valor y caminó resuelta hacia un solitario conde que maldecía en silencio su mala fortuna.

El susodicho no se había movido de su sitio en el transcurso de estos minutos en que ella se preparaba. Él seguía de espaldas a Jane y con la mirada puesta en la inmensidad del firmamento. Se diría al observarle, ahí parado, que estaba dejándose llevar por sus pensamientos o su imaginación. Lo que nadie sospecharía era que el serio, distinguido, cauto y regio conde de Brandbury, estaba siendo atacado por un arrebató de culpa y de dolor.

Tan profundo estaba sumergido en sus cavilaciones, que no se percató de la llegada de la muchacha y de cómo está se estaba esforzando por hacerse notar. Jane tuvo que carraspear hasta tres veces para conseguir su propósito y tener

al flamante conde mirándola.

Lo que jamás pudo imaginar fue tener ante ella a un hombre cuyo rostro estaba marcado por la tristeza. Unos ojos sin brillo ni ilusión se posaron en su persona, consiguiendo que el corazón de Jane se parara en seco y sus brazos le pidieran a gritos darle consuelo. Esta sensación solo duró un instante pues, como era habitual en él, en pocos segundos se recompuso y guardó todo su tormento en lo más profundo de su ser. Con sus sentimientos ya guardados en lugar seguro, su cara volvió a mostrar su elaborada máscara de indiferencia que siempre le acompañaba.

—Lord Brandbury, que suerte el encontrarle aquí.

—¿¡Señorita Grayson!? ¿Cómo es que se encuentra usted sola en este sitio? —preguntó mientras miraba a su alrededor en busca de cualquier persona que pudiera acompañarla y no verse en el aprieto de ser encontrados a solas—. ¿Acaso no sabe que es algo inapropiado para una dama?

—¡Por supuesto que lo sé, lord Brandbury! —contestó molesta por creerla tan estúpida, o lo que es peor, tan alocada—. Pero estoy aquí en una misión de suma importancia.

Braxton alzó una ceja indicándole con ese gesto lo poco que creía en sus palabras, pues a decir verdad, ¿qué asunto de interés podría tener una muchacha en medio de un jardín a media noche y con un hombre?

—Verá usted. Hace algo así como una hora, mi cuñada Alice, mi amiga Madison y mi hermano James, junto con dos de sus amigos, salimos a pasear por los jardines para refrescarnos. Íbamos hablando de nuestras cosas, como es lo más normal en estos casos, cuando de pronto me percaté de que había sufrido un terrible accidente —la cara de «Me da igual lo que me diga, pues solo quiero que acabe para que se marche» le indicó a Jane que simplificara la explicación pues el conde no estaba de humor para sus peroratas—. El caso es que cuando por casualidad me toqué una oreja noté que me faltaba un pendiente.

La ceja aun alzada y la cara de fastidio del conde le indicaron a Jane que su plan estaba fallando, pues este parecía no importarle en absoluto a Braxton.

—Si se hubiera tratado de cualquier otra joya no le daría tanta importancia, pero esos pendientes fueron un regalo de mi padre por mi último cumpleaños y

les tengo un cariño muy especial.

—¿Y por qué cree que es algo de mí incumbencia? ¿O acaso piensa que tengo que buscarle todo lo que pierde? —le preguntó Braxton mientras se metía las manos en los bolsillos como señal de que no pretendía mover ni un solo músculo para ayudarla.

—¡No! ¡Claro que no tiene usted esa obligación!

—¿Y no pudo pedirles a sus acompañantes que la ayudaran en su búsqueda? —se notaba por sus palabras y su gesto que le había pillado en un mal momento y que iba a pagar su enfado con ella.

Jane agachó la cabeza para tratar de ocultar su turbación y apenas tuvo voz para contestarle:

—No quería parecer una mujer despistada que no tiene cuidado.

—¿Y por lo que veo no le importa si yo lo creo? ¿No es así? —siguió preguntándole enojado.

A decir verdad a Jane no se le había ocurrido que él pensara eso de ella. En su cabeza se había imaginado que al tratarse de un distinguido caballero el conde se ofrecería a ayudarla sin dar muestras de enfado o fastidio. Pero su plan no estaba marchando como ella lo había imaginado.

—Solo pensé que como buen caballero me ayudaría otra vez y que mantendría el secreto —la poca paciencia de Jane empezó a agotarse, pues jamás hubiera imaginado que un hombre como lord Brandbury fuera tan mal educado.

—Pues lamento comunicarle que mis servicios solo los presto una vez en la vida y con usted, señorita, ya los he cubierto con creces.

—No sé porque pensé que usted sería un caballero y me ayudaría como lo haría un buen amigo —cada vez más irritada por su falta de consideración no pudo evitar alzarle la voz.

—No tengo ni idea, pues jamás he pretendido ocupar semejante puesto, ni he demostrado interés en reclamarlo —declaró tajante y crispado.

Ante su mirada severa y acusatoria, Jane solo pudo soltar una exclamación de sorpresa al sentirse ofendida por su lamentable comportamiento.

—¿Cómo puede ser tan arrogante? ¿Acaso cree que yo deseo su ayuda o su

amistad? —a estas alturas el enfado de Jane estaba transformándose en furia.

—¡Sí! ¡Eso parece! —algo que Braxton también estaba empezando a sentir.

—¡Pues está usted equivocado, cabeza de chorlito! No dejaría que me ayudara ni aunque mi vida dependiera de ello —proclamó irritada mientras su dedo índice le señalaba recriminándolo—. Y no se atreva a juzgarme. He venido a pedir su ayuda con mis mejores intenciones y no a que me insulte.

—¿Insultarla? ¡Pero si ha sido usted quien me ha llamado cabeza de chorlito! Sea lo que sea eso —le contestó molesto y en un tomo de voz nada educado.

En ese momento Jane se dio cuenta de la discusión tan estúpida que estaban teniendo y de cómo le había llamado en medio de su arrebatado de rabia y, sin poder evitarlo, comenzó a reír. Empezó con una sonrisa que poco a poco se fue convirtiendo en una carcajada que no pudo contener. Todo ello frente a un Braxton que la contemplaba incrédulo ya que jamás hubiera imaginado que la mujer reaccionaría de esa manera.

Sin saber muy bien qué fue lo que le hizo cambiar, de pronto se dio cuenta de que sonreía y de lo inverosímil de su discusión. En cuestión de segundos el nuevo conde estaba riendo a carcajadas junto a Jane. Ambos sorprendidos por esa muestra contagiosa de felicidad.

—Perdóneme lord Brandbury. No debí importunarle con mis problemas y menos aún insultarle —le pidió Jane cuando por fin pudo dejar de reír.

—Soy yo el que le pide perdón por mi falta de caballerosidad. Si su oferta sigue en pie, para mí sería un honor el poder ayudarla —repuso aun sonriendo.

No sabía qué era lo que esa muchachita había hecho, pero estaba seguro de que era la causante de su cambio de humor, por ello, quería recompensarla con su ayuda.

—¡Por supuesto que sí que en pie! Pero debo pedirle otro favor —la cara de Braxton volvió a ponerse seria al temerse lo peor—. ¡Oh! ¡No se preocupe! Esta cortesía será muy sencilla de cumplir —explicó Jane antes de que recelara y volviera a negarle su ayuda.

—Entonces dígame en qué consiste para poder ayudarla —indicó él dándole un voto de confianza, pues era lo mínimo que podía hacer por ella.

—Si fuera usted tan amable de no contarle a nadie de este... incidente, se lo agradecería —le pidió con una amplia sonrisa—. ¡Sobre todo lo del insulto! No se lo pediría si no fuera algo de vital importancia, ya que me recomendaron mil veces durante todo el día de hoy que fuera sumisa, recatada, sencilla y... —de pronto paró su discurso pues no recordaba cómo seguía. Se quedó cayada y pensativa hasta que se dio cuenta que era inútil tratar de recordarlo—. Creo que he olvidado la última indicación que debía seguir.

Braxton no pudo evitar el volver a sonreír por su frescura, espontaneidad y falta de maldad. Era sin duda una jovencita especial, pues esas virtudes no eran frecuentes en la alta sociedad.

—Por mí no tiene usted de que preocupe, pues mantendré mis labios sellados —repuso él tratando de parecer lo más solemne posible.

—¡Maravilloso! —exclamó encantada de haber conseguido lo que andaba buscando. Por fin estaba todo solucionado y podría pasar unos minutos en su compañía para conocerlo.

—¿Qué le parece si empezamos a buscar el pendiente? —sugirió Braxton al ver que ella no se movía y simplemente le contemplaba.

—¿Qué pendiente? —preguntó extrañada pues ya no se acordaba de su farsa. Menos más que contaba con una mente ágil y pudo recordar a tiempo—. ¡Oh claro el pendiente! Me parece perfecto —y tras decirlo respiró aliviada pues había estado a punto de estropearlo todo por culpa de su pendiente.

—¿Sabe usted por donde pudo haberlo perdido? —quiso saber Braxton mientras empezaba a buscar por el suelo.

—Creo que lo perdí justo en esta zona, por eso vine directamente hacía aquí —repuso resuelta.

—Entonces no perdamos más tiempo antes de que seamos descubiertos.

Y sin más ambos empezaron a buscar por la zona en silencio. De vez en cuando Jane elevaba la mirada para contemplarlo y rebuscaba en su cabecita una manera de volver a entablar conversación. Había un tema que le rondaba desde que lo había visto tan triste, pero no estaba segura de que fuera educado preguntar por él. Aun así decidió arriesgarse, pues no estaba en su naturaleza ser cobarde y menos aún precavida.

—¿Lord Brandbury? ¿Se ofendería si le hiciera un comentario?

Él paró en seco su búsqueda y la contempló durante unos instantes hasta que encontró su respuesta.

—Eso dependería de la naturaleza del comentario.

—Por eso no se preocupe. No conlleva nada inapropiado o inmoral —le aseguró para tranquilizarlo y conseguir de esta manera que accediera.

—Entonces tiene mi permiso para hacerlo —concedió él algo intrigado por la nueva sorpresa que sin duda le esperaba pues, aunque no conocía demasiado a esa mujer, era evidente que poseía una forma de pensar peculiar por su franqueza.

—Cuando he llegado a su lado me ha parecido que estaba usted triste —ante estas palabras Braxton se tensó incomodo—. No pretendo que me cuente cual fue la causa, pues sé que apenas nos conocemos. Solo me gustaría decirle que si necesita a alguien con quien hablar, aquí me tiene.

Jamás hubiera pensado que una desconocida se ofreciera para ser su apoyo y consuelo. Es por esto que incrédulo solo pudo quedarse en silencio contemplándola. «¿Qué clase de persona sería la que tenía ante él? ¿De verdad existía aun en el mundo un ser sin malicia que se preocupa por los demás?»

Mirándola con detenimiento pudo ser más haya de sus rizos rubios y su carita de querubín. Vio a una mujer decidida, de carácter resuelto y dueña de sus pensamientos. Podía parecer la típica muchachita tonta y cabeza hueca que pueblan los salones londinenses, pero eso sería un error de criterio pues no tenía nada que ver con la realidad.

Se dio cuenta de que tras la partida de Charlotte y su posterior tristeza, su humor había mejorado gracias a ella. Había sido como un bálsamo para calmar su dolor y por ello le estaba agradecido. Si ella no hubiera aparecido estaba seguro de que a estas alturas se habría marchado destrozado a bañar su pena en alcohol, o quizás a hacer algo de lo que con el tiempo se hubiera arrepentido. Sonrió pues incluso sin saberlo, ella ya le había ayudado.

—Le prometo señorita Grayson que si alguna vez decido contarle a alguien mis penas, será usted la primera de mi lista —aunque estaba seguro de que eso nunca sucedería ya que era muy reservado, pero eso ella no tenía por qué

saberlo.

Como recompensa Jane le ofreció una sonrisa deslumbrante al saberse ganadora de su amistad, y sin querer precipitarse, siguió buscando el pendiente como si nada más importara. Había conseguido todo un triunfo, pues su intención al acercarse había sido favorecer un acercamiento y esto lo había conseguido.

Feliz por lo conseguido se acercó a una rosalada para buscar entre sus flores. Sabía de ante mano que el pendiente que había perdido no podía estar allí, pues lo tenía escondido dentro de su guante. Pero la belleza de las rosas llamó su atención y no pudo contenerse.

Cobijo una hermosa rosa blanca entre sus manos e inspiró su olor con sumo placer. Ante la fresca fragancia de la flor no pudo contener un suspiro de júbilo, pues su aroma le hacía recordar momentos felices de su infancia junto a su madre.

—¡Me encantan las rosas blancas! —Exclamó encantada—. Sé que son las que menos fragancia ofrece y antes se marchitan. Pero me encanta su pureza y su delicadeza.

—Tal vez por eso le gusten. Por ser tan delicadas y exquisitas —repuso Braxton mientras se acercaba a ella.

—Es posible. Hay tanta maldad en este mundo que una simple rosa no parece que tenga valor. Pero al contemplar su belleza siento como si fuera un efímero milagro que solo busca embellecer la fealdad que la rodea.

—Un pensamiento profundo para una simple muchachita.

Tras su comentario Braxton se le acercó aún más, pues estaba empezando a sentir curiosidad por esa mujer que podía ser despistada y mundana, como también culta y profunda.

—A veces no me siento una simple muchachita. Ojala pudiéramos mantenernos siempre en la niñez olvidándonos de nuestras obligaciones de adulto.

—¿De verdad no desea usted dejar la infancia? Según tengo entendido las muchachas desde bien jóvenes sueñan con dejar la niñez para acudir a la temporada en Londres y encontrar marido —comentó Braxton mientras la contemplaba.

—No le negaré que yo también lo he deseado. Pero eso de encontrar marido es algo sumamente complicado —repuso ella sin percatarse de lo indebido de su comentario ante un caballero—. Me imagino que para ustedes los hombres es más sencillo encontrar esposa.

El semblante de Braxton se oscureció y la pena volvió a sus ojos.

—No lo crea señorita Grayson, es tan complicado para el hombre como me imagino que lo es para la mujer —le indicó con el pesar marcado en su voz.

—Perdone mi impertinente comentario, no quería volver a entristecerlo y mucho menos ser maleducada.

—No tiene usted de que disculparse. No me han entristecido sus palabras, más bien me han hecho pensar. Como usted acertadamente ha indicado, es un asunto complicado.

Jane se sintió estúpida por perder la oportunidad de tener una tranquila conversación en él y trató de buscar una salida.

—Debería estar prohibido estar triste en las noches hermosas. ¿Cómo llorar ante semejante luna? ¿No le parece a usted?

Braxton se percató del giro en la conversación y decidió seguirle el juego, pues él tampoco quería seguir hurgando en su herida. La contempló mientras ella miraba la luna y la sentía perderse en sus pensamientos.

—Por supuesto. Algo tan hermoso no debería ser pasado por alto —y lo decía en serio. Esta extraña mujer estaba consiguiendo animarle con su conversación dejándole ver lo especial que era. Una lástima que su corazón ya tuviera dueña aunque esta no lo quisiera.

Jane sabía que él la está mirando y sentía como su pulso se aceleraba. El encuentro estaba resultando mucho mejor de lo que había esperado ya que había conseguido hablar con él sin restricciones, conociendo partes de él que de otra manera le hubiera sido imposible saber.

Había creído que el conde de Brandbury era un caballero reservado y formal, pero se había encontrado con el verdadero hombre que se esconde tras el título. Una persona abierta, permisiva y burlona que no se siente cohibido por estar ante una jovencita.

También se dio cuenta que ante ella tenía a un auténtico caballero ya que en todo momento la estaba tratando con respeto, salvo algún tono elevado, y no había aprovechado la oportunidad de seducirla o robarle un beso. Algo que de seguro habrían realizado más de la mitad de los asistentes a la fiesta.

—¿Cree usted en el amor a primera vista? —Le preguntó ella sin atreverse a mirarle pero deseando desesperadamente saber la respuesta—. Ya sé que no es un tema apropiado entre unos desconocidos, y más si estos son un caballero y una dama, pero me gustaría saber su opinión.

Por alguna extraña razón esa pregunta que habría incomodado a cualquier hombre en su lugar no consiguió afectarle a él. Sabía que se lo estaba preguntando sin ninguna malicia o sin dobles intenciones. Solo era la normal curiosidad femenina en busca de una respuesta sincera por parte de una persona más experimentada.

—No —le respondió sin dificultad pues sabía muy bien la respuesta—. Creo que el amor es un sentimiento que poco a poco se va formando.

—Entonces usted y yo no coincidimos en ello pues yo sí creo en él —aún seguía sin atreverse a mirarle por miedo a que viera en sus ojos la evidencia de su amor.

—No quiero que se ofenda por lo que le voy a decir señorita Grayson, pero es lógico que por su edad y por su sexo usted crea en esa quimera.

Jane se giró para perderse en sus ojos pensando que él seguía mirándola. Pero lo descubrió observando el camino de grava por donde se había marchado la otra mujer que antes lo acompañaba. Se percató de que él conde estaba pensando en la otra dama que lo había abandonado provocándole su tristeza, y comprendió que él no creyera en este momento en nada que tuviera que ver con el amor.

—No me ofende milord, pero permítame que le rete a demostrarle algún día que está usted equivocado.

Braxton se giró para mirarla encontrándola con pose decidida. Por su expresión parecía que lo estaba retando en serio y decidió complacerla. Al fin y al cabo era una misión tan imposible cómo hacerle ver a un ciego ya que, ¿Cómo se podría dar vida a un corazón muerto?

—Acepto su reto señorita, aunque sepa de antemano que ya lo tiene perdido.

—Lord Brandbury, tengo dos hermanos mayores que desde pequeña me han estado retando a imposibles, y puedo asegurarle que se reconocer cuando una apuesta está perdida. Era eso o soportar sus burlas —le dijo orgullosa.

Braxton no pudo evitar sonreír ante su altanería y su arrojo. Ninguna muchacha que se apreciara habría admitido ante un caballero que mantenía apuestas, y menos aún si estas eran imprudentes. Pero estaba empezando a conocer a esta mujer tan excepcional ya que la palabra normal no la describiría en absoluto.

—Sabiendo que ha sido usted víctima de semejante desgracia, debo disculparme por comprometerla en esta apuesta. No quisiera que tuviera problemas con su familia.

—No tiene por qué disculparse milord, o retirar la apuesta, le puedo asegurar que nunca he sido una víctima. Ni de ellos, ni de nadie, y haré todo lo posible por ganarla.

Braxton la observó fijamente por unos instantes. Era curioso como a cada minuto descubría en ella cosas sorprendentes. Era cierto que esa mujer mostraba un carácter indómito, pero estaba seguro de que si esa noche hubiera estado en el lugar de Charlotte, la muchacha habría decidido marcharse con él y empezar de cero. No le hubiera importado su condición social, su educación o el dinero, pues solo habría escuchado lo que su corazón le dictaba. Sin duda esa mujer aventurera, enérgica y sincera se había ganado su respeto, su amistad, y su afecto.

—No lo pongo en duda señorita Grayson. No lo pongo en duda.

Fue en ese momento cuando se escucharon a lo lejos unas voces que la llamaban.

—Me parece que me están buscando —resignada a dar por acabado el encuentro, solo pudo mirarlo por última vez con la esperanza de que esta conversación solo fuera el comienzo de muchas otras—. Debo marcharme milord.

—Eso parece —fue lo único que dijo, pues temía quedarse solo con sus pensamientos—. Ha sido un placer conocerla señorita Grayson y lamento no haber encontrado su pendiente.

—El placer ha sido mío lord Brandbury. En cuanto al pendiente quizás lo encuentre tras mi marcha y pueda devolvérmelo en persona mañana—le dijo esperando que su plan diera resultado.

Ambos se despidieron con una perfecta reverencia, ocasión que aprovechó Jane para dejar caer el pendiente que había mantenido oculto dentro de su guante. Esperaba que el conde lo encontrara con facilidad pues lo había depositado con sutileza frente a sus pies con la idea de favorecer otro encuentro.

Además no le había mentido cuando le había dicho que era un objeto muy valioso para ella al tratarse de un regalo de su padre, y esperaba que no lo pasara por alto tras su partida.

Las voces reclamándola se escuchaban cada vez más cercanas. Echo que le indicó que debía darse prisa en marcharse, o acabarían encontrándolos juntos metiéndose así en graves apuros.

Cuando Jane ya se disponía a alejarse la mano de Braxton en su brazo la hizo parar en seco y detener su respiración.

—Perdone mi atrevimiento pero ¿tendrá algún problema cuando regrese junto a ellos?

Al mirarle a la cara Jane vio que realmente Braxton estaba preocupado por ella.

—No sé inquiete, ya se me ocurrirá algo por el camino.

Él solo pudo sonreír pues sabía que esa mujer podría convencer al mismísimo Lucifer de que hacía frío en el infierno.

—En ese caso adiós Jane Grayson.

Jane se le quedó mirando deseando poder permanecer a su lado, pero sobre todo, anhelando probar sus besos.

—Adiós Braxton Jennins.

Y sin más motivo por el cual aplazar su marcha, solo pudo girarse para alejarse de él. Ojala las cosas fueran diferentes y ese hombre pudiera amarla, aunque solo fuera la cuarta parte del inmenso amor que ella sentía por él.

Cuando ya se encontraba a varios metros la voz de Braxton la paró en seco de

nuevo al llamarla.

—¡Señorita Grayson! —Con el corazón en un puño ella se volvió curiosa—
¿Qué es un cabeza de chorlito?

Durante unos segundos se quedó quieta sin saber qué hacer, pues no sabía si debía contestarle, reír o salir corriendo, hasta que se dio cuenta de que él se lo estaba preguntando en serio. Entonces todas sus dudas se resolvieron pues solo pudo soltar una carcajada.

—Si quiere usted saberlo deberá traerme el pendiente mañana.

Sin más tiempo que perder, pues las voces ya estaban peligrosamente cerca, se giró y echo a correr a su encuentro. Perdiéndose de esta manera entre los setos.

Braxton se quedó observándola hasta perderla de vista percatándose segundos después de que estaba sonriendo. Su encuentro había sido sin dudas el más curioso que jamás había tenido, y debía de ser sincero consigo mismo al afirmar, que hablar con ella le había complacido.

Esa joven señorita sin duda tenía algo especial. No era algo tan fuerte y persistente como lo que sentía por Charlotte, pues este sentimiento era amor mientras lo que sentía por la señorita Grayson era empatía.

Cuando ya se disponía a marcharse se dio cuenta de un extraño brillo a sus pies que le llamó la atención. Al agacharse para comprobar de que podía tratarse se dio cuenta de que era un pequeño objeto frío y brillante. Ese debía ser sin dudas el pendiente que ambos habían estado buscando. Lo miró con detenimiento y se dio cuenta de la fortuna que esos momentos tenía en sus manos. Solo un hombre con una gran riqueza podría gastarse una cantidad tan alta de dinero en una frivolidad semejante, y recordó que la muchacha era su vecina y provenía de una de las familias más adineradas del país.

En ese momento la cabeza de Braxton empezó a bullir con un sinfín de ideas. Ella era una mujer bonita, inteligente y vivaz que había conseguido hacerle olvidar por unos instantes el rechazo de Charlotte. Además estaba buscando marido y por lo que había intuido él era de su agrado. Si a todo eso le sumaba que poseía una pequeña fortuna como dote, según le había insinuado tía Henrietta, la convertía en la candidata perfecta para su plan de casarse con una heredera.

Si tenía que escoger a cualquier mujer con dinero para salir de su aprieto ¿Por qué no podía ser ella? Al fin y al cabo esta le complacía y con el tiempo podría hacerle olvidar que alguna vez amo. Tendría un matrimonio basado en el cariño y el respeto, mucho más de lo que cualquier otra candidata podía ofrecerle. Además ella también saldría ganando al elegirla pues él le otorgaría cierta libertad para sus excentricidades.

Sin lugar a dudas era la mejor opción disponible, y por lo que había oído sobre ella, debía darse prisa en seducirla y reclamarla como esposa, si no quería que otro se le adelantara para solicitarla.

Decidido, miró el pendiente que le aseguraba un puesto de honor entre los demás interesados. Desde ahora y hasta el sí quiero, sería el perfecto caballero.

Capítulo VIII

«Cuando la felicidad inunda el corazón, todo a tu alrededor parece más hermoso». O al menos eso pensaba Jane, pues desde su encuentro con Braxton en el baile, hace ya casi tres meses, cada mañana amanecía con un sol más radiante.

Y es que desde entonces su vida había cambiado por completo haciendo realidad su sueño. Todo empezó la mañana siguiente al baile. Nada más despertarla Betsy, le había comunicado que tenía una sorpresa esperándola en el hall y, creyendo saber de qué se trataba, se arregló a toda prisa y bajo corriendo a buscarlo.

Ante ella apareció un magnífico ramo de rosas blancas junto con un pequeño estuche que contenía su pendiente perdido, y una tarjetita donde el conde le comunicaba su intención de ir a visitarla a la hora del té. El resto del día estuvo paseándose impaciente frente al reloj de cuco, llegando incluso a ser incapaz de comer ni un solo bocado hasta que lord Brandbury llamó a la puerta a la hora indicada.

Desde entonces el conde la visitaba con frecuencia y cada mañana le enviaba un ramo de rosas blancas con un poema y una invitación. Paseaban por el parque, acudían a conciertos, tomaban el té en salones refinados, y aparecían del brazo en recitales de poesía. Cualquier excusa era buena para que lord Brandbury reclamara la compañía de Jane, y para que esta accediera gustosa a cada invitación.

De hecho era tal su falta de disimulo en su favoritismo hacia el conde, que todo Londres empezó a dar por sentado que dicho caballero acabaría siendo su esposo. Como resultado de estas murmuraciones, los pretendientes de Jane fueron disminuyendo con el paso del tiempo, al saberse desplazados por el nuevo candidato. Algo que sin duda favoreció a Braxton pues ya se veía vencedor del premio y con la muchacha diciendo el sí quiero.

El cotilleo aumentó al ser vistos con regularidad paseando por el parque, pues

dicho paseo tenía como propósito dejarse ver por todo el mundo y dar a conocer sus intenciones. Además como estaban siguiendo las normas del cortejo, al guardar las distancias de cortesía, y eran acompañados con carabinas que preservaran su virtud, se habló inmediatamente del interés de lord Brandbury por dicha dama y se empezó a desgranar los motivos de esta distinción.

Por supuesto la herencia y la belleza de la joven fueron los principales puntos de discusión, y todos alabaron la elección del hombre y la suerte de ser correspondido. Nadie le criticó o cuestionó sus intenciones, como tampoco se cuestionó la ventajosa unión entre la hija de un simple baronet con un conde de largo linaje.

Cuando sus paseos fueron más frecuentes y el conde le pidió inaugurar el baile, hasta en tres ocasiones diferentes, todas las comadronas se pusieron a especular y llegaron a la conclusión de que dicho caballero estaba cortejando formalmente a la señorita Grayson, por lo que se esperó que la petición de matrimonio viniera pronto. El problema era que el tiempo pasaba y dicha petición no llegaba.

Y así, en menos de tres meses, el conde de Brandbury solo tuvo que dejarse ver en compañía de la señorita Grayson para formalizar su relación, y contar con el apoyo de sus semejantes. Pero no bastaba con ello y sabía que pronto tendría que dar el último paso que consistía en pedir su mano. Un movimiento que lo aterraba pues le alejaría para siempre de la esperanza de volver con Charlotte, y de esa manera tener una vida plena junto a la mujer que amaba.

Por otro lado Jane, ajena a estos temores, vivía sumida en una nube de felicidad, pero se estaba empezando a preguntar si su flamante pretendiente escondía algo. En dos ocasiones había creído que lord Brandbury iba a pedirla en matrimonio y en ambas se había equivocado. Ese era el motivo por el que necesitaba con urgencia el consejo de su institutriz, para así poder encontrar una respuesta a sus dudas.

Sentada en la biblioteca, sujetando un libro que no parecía avanzar, Jane se sumía en sus pensamientos y repasaba una y otra vez los últimos encuentros con Braxton.

—¿Te encuentras bien Jane? —le preguntó preocupada la señorita Spencer

cuando se dio cuenta de que estaba perdida en sus pensamientos y no la había escuchado entrar.

Al oír la pregunta Jane volvió a la realidad y se percató de que la estaba mirando fijamente. Sonrió con dulzura a su institutriz y la instó a que entrara en la habitación para acompañarla.

—Estoy bien Emma. Es tan solo que mis pensamientos han vuelto a ocupar toda mi atención.

Su querida institutriz le devolvió la sonrisa sabiendo que la distracción era una falta frecuente en su pupila. Hecho que se había agravado en los últimos días por lo que intuía que algo la preocupaba.

—Emma, me gustaría hablarte de un tema que me inquieta —confesó al no poder mantenerse por más tiempo cayada.

Lo había estado pensando y sabía que había llegado el momento de hablar de sus temores con alguien, y ese alguien sin dudas sería su estimada Emma. Al fin y al cabo ella era la mujer que la había criado y la que mejor la conocía, por lo que estaba segura de que juntas llegarían a aclarar sus dudas.

—Jane, sabes que puedes hablar conmigo de cualquier tema —dijo mientras se sentaba a su lado.

—Me gustaría hacerte una pregunta. Es muy importante para mí saber tu opinión sobre un tema que me inquieta. —Emma asintió autorizándola a continuar— ¿Crees que lord Brandbury tiene la intención de pedirme en matrimonio?

Durante unos segundos la biblioteca quedó en silencio a la espera de una respuesta. La pregunta era directa y complicada de responder pues, ¿cómo podía ella saber los pensamientos de ese hombre al que apenas conocía?

—No puedo decirte que es lo que quiere hacer o piensa Lord Brandbury, pero todo Londres especula con que pronto te pedirá en matrimonio —fue la única contestación sincera que pudo ofrecerle.

Jane asintió pues estaba al corriente de ese rumor y ella también lo creía.

—Eso lo sé, pero hay algo que me hace dudar de sus intenciones —tragó saliva y se dispuso a contarle sus temores—. Como sabes tengo cierta

experiencia respecto a las peticiones de manos —Emma asintió al saber que desde hacía años era una constante en su vida—. Y creo que lord Brandbury, por algún motivo, no se atreve a pedirme en matrimonio.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Emma.

—Hace una semana, en el baile de lady Grawn, lord Brandbury me llevó a dar una vuelta por los jardines y acabamos en un apartado algo solitario.

Jane cayó al ver la cara de reproche de Emma. Sabía que a ella no le agradaría escuchar cómo se había expuesto de una forma tan imprudente, pero era necesario que supiera todo lo que había pasado.

—El caso es que una vez que estuvimos a solas, lord Brandbury empezó a hablarme de lo que esperaba en una esposa y, por supuesto, yo pensé que después iba a declararse. Por lo que callé y dejé que continuara.

Jane paró su relato para observar a Emma, la cual la miraba expectante a la espera de saber más sobre el asunto.

—Cuando acabó su discurso hizo un amago de inclinarse y yo contuve la respiración al darme cuenta de que iba a ponerse de rodillas. Pero en el último momento se incorporó de golpe e hizo como si le hubiera dado un calambre en la pierna.

—¡Oh! —sonó por toda la habitación.

—No sé qué pudo haberle pasado, ya que todo indicaba que había llegado el momento.

—Tal vez escuchara un ruido y no quiso que lo descubrieran en semejante pose. Ya sabes que los caballeros tienen mucho sentido del ridículo para estas cosas. —le comentó una Emma pensativa.

—Es posible aunque yo no escuché nada.

—O quizás decidió esperar un poco más por algún motivo —explicó Emma al tratar de buscar una excusa que complaciera a su pupila— ¿Ocurrió algo después que te diera alguna explicación? —le preguntó para tratar de buscar una respuesta acertada.

—No, solo me llevó al salón junto a mi padre y tras esperar un rato me dijo que tenía que marcharse. Pero hay algo más.

Emma vio en el semblante de Jane la angustia y le cogió la mano para darle ánimos.

—¿Recuerdas cuando vino la tía Henrietta a tomar el té con Madison y nos habló que se rumoreaba que lord Brandbury tenía una prometida? —Emma simplemente asintió— Tengo motivos para pensar que esos rumores eran ciertos.

—¿Estás segura?

—Sí. La noche del baile de la marquesa de Ashwood vi al conde junto a una mujer en el jardín. Era la misma mujer con quien había bailado en dos ocasiones esa misma noche y saltaban chispas de sus miradas.

—Unas miradas indecorosas no tienen por qué significar que entre ellos hubiera algún tipo de compromiso.

—Lo sé, pero cuando los descubrí en el jardín estaban besándose.

El silencio volvió a apoderarse del lugar.

—No sé si tenían una relación formal o si solo era un encuentro fortuito, pero después del beso empezaron a hablar y acabaron discutiendo —Jane agarró con más fuerza la mano de Emma—. Le he dado mil vueltas al asunto desde entonces y solo puede significar que mantenían una relación amorosa. De lo contrario no habrían sido tan impulsivos. No discutes de una forma tan acalorada con un desconocido y menos aún si no tienes un buen motivo.

—De todas formas, como tú misma has indicado, es un acontecimiento que ocurrió en el pasado. Si el conde no está con esa mujer es por propia voluntad, ya que nadie le obliga a no estarlo.

—Pero no dejo de pensar que al día siguiente de este encuentro fue cuando el conde empezó a cortejarme. ¿Y si fue una riña de enamorados y empezó a rondarme por despecho? ¿Y si aún está enamorado de ella y me utiliza para olvidarla? ¿Es posible que no se atreva a pedirme en matrimonio por si aún puede recuperarla? Me rondan tantas preguntas en la cabeza que acabaré volviéndome loca.

Era evidente para cualquiera que conociera a Jane que la muchacha estaba sufriendo. Ella amaba a un hombre de cuyo amor dudaba, algo que sin duda debía de ser muy doloroso. Si alguna vez Jane necesitó el apoyo y el consejo

de una madre era este y Emma ansiaba con desesperación poder estar a la altura.

Durante unos segundos buscó la explicación más acertada, el consejo más seguro, la razón frente al sentimentalismo para ayudar a su querida pupila. Era importante para Jane tener a alguien a su lado y Emma estaba orgullosa que la hubiera elegido a ella, por lo que no quería darle un mal consejo y que por su culpa acabara destrozada.

—No conozco con profundidad a lord Brandbury —empezó a decir Emma—, pero se le ve un hombre cabal y seguro de sí mismo. Estoy segura de que nadie lograría persuadirle para que hiciera algo que él no desea, y por ello creo que si dicho caballero te está cortejando, es porque así lo quiere él.

—¿Crees que esa mujer es dueña de su corazón? —quiso saber Jane, aunque sabía que la respuesta a esa pregunta solo podía dársela Braxton.

—No puedo responder a tu pregunta pues desconozco la respuesta. Pero si puedo decirte que si de verdad la amara estaría con ella y no contigo.

—También yo he llegado a esa conclusión, pero entonces ¿Por qué no se atreve a pedir mi mano? ¿Qué es lo que tanto teme?

—Puede que lo que de verdad tema es perder su soltería. Es algo muy frecuente entre los caballeros. Ellos no están tan ansiosos por contraer matrimonio como lo están las damas.

Jane sonrió pues esa opción no se le había ocurrido y sabía por sus propios hermanos que era un hecho muy conocido y certero.

—No había pensado esa posibilidad y tienes razón. Hay muchos motivos por el que lord Brandbury no se atreva a dar el paso, pero es cierto que él ha escogido estar conmigo sin que nadie le obligue.

Era lógico que Jane pensara eso, al desconocer la necesidad urgente de Braxton de conseguir una considerable herencia. Si por el contrario ella hubiera sabido de la necesidad por encontrar una heredera rica, tal vez hubiera cesado su empeño de que le pidiera en matrimonio.

Aun así, para una jovencita como Jane, era difícil descubrir todos los entresijos que la vida te presenta y debías resolver. Para ella si Lord Brandbury la amaba, o simplemente la había elegido como su esposa por

creerla una mujer a la que pudiera llegar a amar, solo tenía que ser consecuente y pedirla en matrimonio. Todo lo demás carecía de importancia.

—Jane, eres una joven dulce, bonita, inteligente y vivaz. ¿Cómo no iba a querer elegirte como esposa con esas virtudes?

—Me temo Emma que tú me ves con unos ojos muy indulgentes —le respondió sonriéndola pues sabía de su amor fraternal por ella—. Pero quizás él me vea de otra manera.

—Tratándose de un cabello y tú de una dama seguro que no te ve igual que yo —nada más decir su comentario se enrojeció por completo al percatarse del doble juego de sus palabras.

Jane sonrió al ver el rubor en las mejillas de su siempre recatada y virtuosa institutriz y siguió con la conversación ya más animada.

—Ojala termine pronto este desconcierto. No quisiera pasarme toda la temporada con el corazón en un puño a la espera de que el conde se decida. ¿Debería soltarle alguna indirecta? —le preguntó decidida.

—¡No! —Soltó escandalizada Emma— ¡Una dama jamás debe hacer eso!.

Jane no pudo evitar sonreír ante el rostro enrojecido y escandalizado de Emma. Era tan conservadora que le resultaba fácil perturbarla, aunque en esta ocasión había dicho algo que ciertamente pensaba hacer.

—No te ofendas Emma pero creo que las damas llevan haciéndolo desde los tiempos de Eva.

—Es muy peligroso Jane ¿Y si el conde interpreta tus insinuaciones de otra manera y termina seduciéndote? Yo creo que debes dejar de preocuparte por este asunto y creer más en ti. Seguro que lord Brandbury solo está esperando el momento oportuno para pedirte en matrimonio.

Tras pensarlo detenidamente a Jane no le pareció tan mala idea que lord Brandbury acabara seduciéndola, al fin y al cabo estaba esperando una proposición de matrimonio suya. Pero por supuesto no pensaba decírselo a Emma o esta acabaría con una dolorosa jaqueca.

Por otro lado, era cierto que por muchas vueltas que le diera al asunto no conseguiría descubrir la verdad, al desconocer los pensamientos y deseos del

conde. Si él amaba a otra mujer era algo que no podría saber nunca con certeza, pero si podía estar segura del interés que mostraba por ella.

—Está bien, esperaré a que el conde encuentre el coraje para declararse. Pero debo decirte que haré todo lo posible para facilitarle el camino.

Emma sonrió pues sabía que era una guerra perdida el enfrentarse a la forma de pensar abierta y decidida de Jane. Pero al menos daba las gracias por haber ganado esta pequeña batalla.

—Emma, gracias por escucharme —le dijo Jane mientras contemplaba las manos unidas de ambas—. Me sentía confusa y necesitaba tus consejos.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo —respondió Emma con los ojos enrojecidos por las ganas de llorar, pues para ella era importante el saber del amor que Jane le procesaba.

—Sé que no te gusta que te compare con una madre, pero eres lo más parecido que conozco a tener una y te siento como tal —se atrevió a confesarle, aunque ambas sabían que desde niña Jane la consideraba de esta manera.

—Mi pequeña, no es que no quiera que me veas como a una madre. Sabes que para mí es un honor ocupar ese puesto en tu corazón. Pero en esta casa solo soy la institutriz y por ello debemos guardar las formas.

—Ojala pudiera abrazarte sin importar quién nos mira —mencionó entre susurros Jane, pues era algo que le costaba entender. Odiaba la severidad de las normas en la aristocracia y su falsedad en todo lo relacionado con los sentimientos o la posición social.

—Jane, a mí también me gustaría pero vivimos en este mundo y debemos cumplir sus normas —señaló Emma mientras acariciaba el rostro de Jane. Ella también odiaba no poder decir que veía a Jane como a una hija, y le dolía no poder darle todo el amor que guardaba para ella.

—Unas normas crueles ya que te impiden dar muestras de afecto en público hasta a tu propia familia. ¿Cómo pueden ser tan fríos?

—Así son educados desde pequeños. La mayoría no contaron con el amor de unos padres cariñosos y solo fueron engendrados para perpetuar su título. Pero tú no tienes por qué ser así Jane. Tú podrás darles todo tu amor y comprensión cuando estés bajo los muros de tu hogar. Solo tendrás que recordar las normas

cuando salgas de ellos.

—Como papa y tú hicisteis con nosotros —afirmó Jane.

Ella sabía que ambos se habían volcado en crear un hogar donde el respeto y el amor siempre estuvieran presentes. Emma convirtiéndose en la figura materna que tanto necesitaba, y su padre, siendo un hombre entregado a su familia a la que siempre anteponía a sus obligaciones.

—Así es. Solo tú y tu marido mandaréis en vuestra casa y en vuestros hijos. Pero fuera de ella serás la condesa de Brandbury y deberás comportarte como tal.

—Si es que alguna vez el conde se decide a pedir mi mano —repuso con tono alegre ahora que sus dudas se desvanecían y la esperanza volvía a aparecer.

Ambas sonrieron y consiguieron relajar el ambiente.

—¿Crees que papa pondrá alguna objeción al matrimonio? —quiso saber Jane.

—Cómo nos aseguró tía Henrietta, —nada más decirlo Emma sonrió, al recordar a la amable anciana y su deseo de que ella también la tuteara— no tiene por qué negarse, al fin y al cabo lord Brandbury es un joven educado, respetable...

—Guapo, gallardo, cautivador, elegante, apuesto... —siguió diciendo Jane soñadora.

Emma sonrió ante la inagotable lista de cumplidos y su mirada enamorada. Resultaba evidente para cualquiera que la contemplara que Jase se sentía cautivada por el conde.

—No creo que tu padre se fije en semejantes virtudes. Pero te doy toda la razón.

Ambas sonrieron y Emma pudo notar que el semblante de Jane era más relajado. Como si se hubiera quitado un peso encima, por lo que se alegró de haber tenido esta charla y de haberle sido de utilidad.

A lo lejos se escuchó la puerta de la mansión que se abría y la inconfundible voz de su padre. A Jane le gustaba recibirlo cada vez que él regresaba, habiéndose convertido este acto en un hábito que ambos mantenían desde que

ella era pequeña. Por lo que decidida y con los miedos bien enterados, Jane se levantó de un salto, besó la mejilla de Emma, tiró de su mano para levantarla, y salió corriendo hacía al encuentro de su padre mientras la arrastraba para que la siguiera.

—¡Vamos Emma, tenemos que recibir a papa!

Y así, como un torbellino, Jane fue al encuentro de su padre mientras Emma la seguía sonriendo, y dándole las gracias al cielo por haber puesto en su camino a una criatura tan pura, alocada, resuelta, impulsiva y cariñosa.



No había nada en este mundo que agradara más a Sir Richard Grayson que ser recibido en su hogar por las personas que más amaba. Por ese motivo, volver a su residencia se había convertido en una tradición que él adoraba y que sin duda echaría de menos cuando Jane no estuviera.

—¡Papa! —exclamó Jane mientras se lanzaba a sus brazos y le besaba las mejillas.

Desde la muerte de su esposa su hija se había convertido en su mundo, dándole una felicidad que no creyó volver a sentir tras el fallecimiento de su amada. Fue un duro golpe perder a su mujer, pues la amaba con toda su alma, y más cuando su fallecimiento fue un accidente inesperado, pues se desnucó al caerse de su caballo en una cacería. Pero Jane supo con su dulzura, su cariño, y su espontaneidad, ganarse un lugar de lujo en su corazón, y cerrar la herida que la precipitada pérdida de su esposa le había infringido.

—¡Mi pequeña! —Sir Grayson, encantado, abrazó a su hija y correspondió a sus besos— ¿A pasado algo interesante en mi ausencia? —Era la pregunta que cada día le hacía y más interés mostraba en escuchar.

—Emma y yo hemos estado hablando de lord Brandbury —le comunicó como si se tratara de todo un acontecimiento.

Su padre estuvo a punto de poner los ojos en blanco ya que desde que conoció a ese joven su hija no hablaba de otra cosa. Miró a Emma que los contemplaba

risueña y le sonrió a modo de saludo.

—¡Menuda sorpresa! —Declaró sarcástico—. Señorita Spencer, veo que mi hija la ha tenido muy ocupada toda la mañana.

—Solo ha sido un ratito, ¿verdad Emma? —repuso Jane mientras miraba a su institutriz y le guiñaba un ojo.

La aludida asintió a su pupila tratando de contener las ganas de reír, y volvió a mirar a Sir Grayson para contestarle con total dignidad.

—Tan solo se ha tratado de una pequeña conversación.

—Me imagino —le contestó él sin dejar de mirarla y viendo claramente como esta se contenía para no reírse—. Entonces habéis tenido una mañana más interesante que la mía.

—¡Pobre papa! Debes estar agotado. Iré a avisar para que preparen el servicio del almuerzo —comunicó Jane para después volver a besar la mejilla de su padre y alejarse para hacer llamar al ama de llaves.

—¡Jane! —La llamó su padre haciendo que parara en mitad del hall—. Antes de dar la orden, concédeme unos minutos con la señorita Spencer. Hay un asunto que debo discutir con ella.

Su hija, mostrando su perfecta educación asintió, al mismo tiempo que ejecutaba una genuflexión y se marchaba dejándolos solos sin mostrar ninguna queja.

—Señorita Spencer, si es tan amable de acompañarme al despacho, podremos mantener nuestra charla —señaló sir Grayson mientras le daba paso y la seguía a dicha habitación.

Una vez en su interior, la señorita Spencer se dirigió a la derecha de la estancia, donde se encontraba un conjunto de tres piezas de sillones que se hallaban colocados frente a la chimenea. Emma, con total elegancia, se sentó en un extremo del sillón central, y esperó con las manos sobre su regazo a que sir Grayson empezara a hablar.

Este, sin dejar de observarla, se colocó de pie a su lado y ordenó sus ideas. Contemplar a la señorita Spencer siempre le desconcentraba y necesitaba de unos segundos para serenarse y centrarse.

Desde que la había contratado, hacía ya quince años, la señorita Emma Spencer se había convertido en todo un misterio para él. Era la perfecta imagen de una mujer elegante, refinada y de buena educación, que había caído en desgracia por culpa de su falta de dote. Dulce, sencilla y amable, encarnaba todo lo que él estuvo buscando hasta la saciedad en una institutriz, para que se ocupara de la educación de su pequeña.

Pero la señorita Spencer también tenía otras cualidades que con el tiempo fue descubriendo y le convencieron de que había sido una decisión acertada el contratarla. Era decidida, formal, sincera y de gran fortaleza, aunque en ocasiones ella ni se diera cuenta. Emma se había convertido en la base en la que giraba toda su familia, ganándose a todos con su cariño y su disponibilidad para cuando se la necesitaba. Siempre estuvo para consolar y apoyar a cualquiera de sus tres hijos, e incluso de él, un solitario viudo que creyó perder el rumbo cuando murió su mujer.

—Señorita Spencer, creo que va siendo hora de que tengamos una charla respecto a Jane y a ese joven conde.

Sin nada que objetar, Emma simplemente asintió. Sir Grayson, tratando de poner en palabras sus pensamientos, comenzó a caminar de un lado a otro frente a Emma, con las manos entrelazadas a su espalda y el rostro serio.

—Hace ya unos días que lord Brandbury solicitó mi consentimiento para pretender a mi hija, pero como Jane no se ha vuelto loca de alegría gritando por cada rincón de la casa que va a casarse con ese joven, he de suponer que aún no se ha atrevido el muchacho a pedir su mano.

Emma sonrió pues estaba segura de que la reacción de Jane ante la pedida de mano de lord Brandbury sería exactamente esa.

—Por lo que me ha contado Jane, esta misma mañana, lord Brandbury lo ha intentado en dos ocasiones y ella empieza a impacientarse.

—¿En dos ocasiones?! —Repuso incrédulo sir Grayson— ¿Pero en qué piensan los jóvenes de hoy en día?

Cuando vio que Emma se sonrojaba e hizo amago de contestarle, sir Grayson la cortó con un movimiento de mano antes de que justificara una acción tan cobarde.

—No hace falta que me diga nada. Seguramente sus ideas y las mías distan mucho de ser las mismas, pero ambas solo son conjeturas, por lo que nunca sabremos qué le pasa por la cabeza a ese hombre.

Tras seguir paseándose de un lado a otro como un lobo enjaulado, sir Grayson siguió hablando mientras la señorita Spencer lo miraba sin perderse detalle.

—De todas formas —siguió diciendo sir Grayson—, esta misma mañana se ha acercado por el club y me ha pedido permiso para llevar esta noche a Jane a ver los fuegos artificiales de Hyde Park.

—Estoy segura de que a Jane le complacerá la idea pero... no creo que sea apropiado que dos jóvenes paseen a unas horas tan tardías por el parque —repuso Emma pues ante todo su deber era velar por el bienestar y la reputación de su pupila.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señorita Spencer. Por eso le he dicho al joven que le acompañaremos toda la familia.

Emma se quedó mirándolo por unos segundos sin encontrar objeciones a dicha solución. De esa manera Jane tendría la oportunidad de estar con lord Brandbury y ver un acontecimiento que todo Londres catalogaba como espléndido. Además tenía la sospecha de que la petición del conde guardaba alguna sorpresa.

—Estoy convencida que no habrá ninguna objeción por parte de James y Alice. Y mucho menos de Jane —dijo esto último sonriendo.

—Creo que no me has entendido, Emma —indicó sir Grayson recalcando su nombre y acercándose a ella—. Me refiero a ir toda la familia.

Sir Grayson se había colocado frente a Emma con pose desafiante pues no iba a permitir que ella le desafiara. A sus cincuenta y dos años, seguía siendo un hombre imponente en altura, fortaleza y determinación. Las canas solo habían acentuado su atractivo y le daban un aire refinado y sereno que hacía suspirar a las damas que lo contemplaban.

Emma nunca entendió como un hombre como él no volvió a casarse, y menos aún nunca pudo entender como con el paso del tiempo, y tras una estrecha convivencia, el amor había surgido entre ambos. Algo impensable para una mujer de su posición y con lo que llevaba luchando desde el principio.

Sir Grayson llevaba años insistiendo en formalizar su relación pero Emma se negaba y solo le permitía encuentros esporádicos y besos fugaces. Su relación se centraba en hablar frente a la chimenea como un matrimonio bien asentado, o en dar largos paseos por la hacienda mientras conversaban y sir Grayson, en esos momentos convertido en Richard, la cortejaba.

Emma se sentía atrapada entre una vida que deseaba vivir, y otra a la que se le forzaba a olvidar debido a las formalidades de su época. Nadie vería bien que una simple institutriz se desposara con un noble, aun este solo fuera un baronet. Era algo que marcaría a la familia y perjudicaría a Jane a la hora de buscar marido. Era por eso que Emma suplicó mantenerlo en secreto hasta que Jane se desposara, y así no estropear las posibilidades de una buena boda.

Por el contrario, sir Grayson la amaba con todo su corazón desde que empezó a deslumbrar la clase de mujer que habitaba en su interior, y estaba hastiado de esconder sus sentimientos como si fuera un simple colegial, por ser estos inapropiados para una sociedad que él apenas soportaba.

Él anhelaba hacerla su mujer y poder decir a todo el mundo que era su esposa. Nunca comprendió su petición para que esperaran hasta después del matrimonio de su hija Jane, pues estaba convencido de que sería una maravillosa noticia para toda la familia. Pues, desde hacía años se había ganado el corazón de todos, y sus hijos ya la consideraban como a una madre por mucho que ella fingiera delante de los sirvientes y del resto del mundo que no era así.

Era una lástima que una mujer tan maravillosa como ella tuviera que resignarse a un segundo plano, cuando se merecía el cariño, el respeto, y la devoción de cuantos la conocían. Aunque, él estaba seguro de que todos en Greenville Hills sabían de su mutuo amor, y estaban esperando impacientes a que ella se decidiera a dar el paso para convertirse en la nueva baronesa.

—Pero... Yo....

—Por mucho que lo niegues tú formas parte de esta familia, y no pienso dejarte en casa mientras los demás disfrutamos de un paseo por el parque — repuso categórico sir Grayson dejando bien claro cuál era su punto de vista en este tema.

—Pero solo soy...

—La mujer que amo —acabó diciendo él.

Sir Grayson se sentó junto a ella, pues deseaba tenerla cerca, unió sus manos a las de Emma, y dejó de ser sir Grayson para convertirse simplemente en Richard. Un hombre enamorado que deseaba abrirle el corazón a la mujer que ama.

—Emma, sabes que por ti haría cualquier cosa, pero no me pidas que te trate como si no fueras parte de esta familia, porque sabes que lo eres —Richard llevó las manos de Emma a su boca para después besarlas con toda la dulzura que guardaba en su interior—. Además, por mucho que lo intentara no podría dejarte atrás.

—Sir Grayson...

—Richard —volvió a cortarle él—, acordamos que en privado solo seríamos Emma y Richard.

Emma sonrió pues se acordaba perfectamente del día en que Richard la convenció para que lo tratara con menos formalidad. Llevaba años luchando para que ella lo tuteara, pero no fue hasta una noche, hace ya más de un año, cuando solos en la biblioteca él le robó un beso, haciéndola bajar todas sus defensas y concediéndole su deseo.

No fue hasta que se recuperó del sofoco cuando se dio cuenta del trato que había hecho, y ver su sonrisa triunfal le hizo comprender que le resultaría imposible negarle esa suplica.

Aun así, aunque lo que más ansiaba era ser su mujer y pertenecer por derecho a esa familia que tanto quería y que consideraba como suya, no podían olvidar quienes eran y donde se encontraban. Por lo que a la mañana siguiente ella siguió siendo la señorita Spencer y él sir Grayson. Aunque en privado, cuando se quedaban a solas en la biblioteca frente al fuego, se permitían el lujo de olvidar quienes eran, y se convertían en una mujer y un hombre que compartían sus sueños, sus esperanzas, sus deseos, y su sobre todo su amor.

Tratando de serenar su respiración acelerada por la cercanía de Richard. Emma contuvo su sonrisa y se convirtió en esa mujer firme y severa que vigilaba las normas por el bien de todos.

—Richard, sé que entre nosotros hay algo especial y que quieres gritárselo al

mundo, pero tenemos que pensar en Jane, ella está muy cerca de conseguir lo que desea y no podemos ponerlo en peligro.

—¿De verdad crees que porque nos acompañes a pasear por el parque la gente va a pensar mal?

—Si me ven de tu brazo sí —repuso categórica pues sabía que lo que decía era verdad.

—¿Y qué importa Emma? —le preguntó con ternura mientras le acariciaba la cara— ¿Crees que el conde se echará atrás por vernos pasear juntos?

—No lo creo, pero no quiero arriesgarme a que algo así suceda —comentó Emma sin atreverse a mirarle a la cara—. No me perdonaría que Jane perdiera al hombre que ama por mi culpa.

—Emma mírame —le pidió Richard mientras elevaba su barbilla y contemplaba sus ojos con su amor reflejado en ellos—. Si ese hombre decide dejarla por el simple hecho de que le vean paseando junto a la institutriz de la familia, entonces no merece ser el marido de nuestra Jane.

Emma estaba a punto de llorar por las palabras de Richard. La conmovía que la amara tanto y le hiciera ver lo importante que era para él y para toda su familia. Mil veces se tuvo que repetir que solo era una simple institutriz y mil veces quiso mandar al diablo a todo el mundo y ser feliz junto a las personas que amaba.

Richard, sabiendo la lucha que se formaba en el interior de Emma cada vez que se veían en una tesitura como esta, decidió ponérselo fácil para que aceptara salir con ellos cogida de su brazo.

—Te pido que esta noche seas solo Emma, y que pasees junto a las personas que consideras tu familia. Además, tengo la corazonada de que lord Brandbury pedirá a Jane en matrimonio y ella te va a necesitar a su lado —Richard acercó sus labios a los de ella y le continuó diciendo—. Aunque más te necesito yo.

Sin poder resistirse por más tiempo Richard la besó, mostrándole la verdad de sus sentimientos y la devoción que sentía por ella. Devoró su boca y saboreó su sabor, pues eran pocas las veces que Emma le permitía un acercamiento íntimo por miedo a ser descubiertos. Por ello, profundizó su beso y se dejó

llevar por el placer de sentirla tan cercana. Fundido junto a ella, y unidos por un deseo mutuo, se dejó llevar hasta que la razón le obligó a parar antes de que la hiciera suya sin remedio.

Emma no fue capaz de negarle el acceso a su boca y le recibió gustosa sabiendo de su beso quedaría marcado en su alma de por vida. Le besó con devoción pues así lo sentía, y deseó poder ser la mujer que él necesitaba y merecía. Una mujer con clase, distinción, título, dinero, y futuro. Una mujer que estaba lejos de ser ella.

—¿Vendrás con nosotros? —el anhelo en su voz impidió que Emma se negara a aceptar su ofrecimiento. Y más cuando el sabor de su boca aún permanecía en la suya.

—Sí.

—¿Y te casarás conmigo? —le preguntó él en un susurro sorprendiéndola.

—Richard, sabes que no podemos... —sin poder contenerse Richard la volvió a besar para callarla.

Cuando consiguieron separar sus labios y serenar su respiración, él le regaló una sonrisa y le dijo:

—Tenía que intentarlo. Estoy convencido de que algún día me dirás que sí.

Emma sonrió y acarició su cara con delicadeza. Le dolía tener que negar lo que más deseaba, pero era necesario que por el momento mantuvieran las cosas conforme estaban.

—Quizás algún día —fue lo único que consiguió responderle.

Cogiendo su palma y besándosela con ternura él repuso:

—Por el momento me conformo con esa respuesta. Pero algún día conseguiré que me aceptes.

Y así, con la esperanza puesta en el futuro de terminar sus vidas como esposos, ambos se levantaron y se dirigieron al comedor familiar donde estaban seguros que les estaban esperando, y donde Emma ocupaba un lugar junto a la familia. Un lugar que se había ganado hacía años a base de amor y de entrega. Un lugar que normalmente ocupaba una esposa y madre, y que ahora le pertenecía a ella por méritos propios.



Se acercaba sigilosa la hora del crepúsculo, mientras el conde de Brandbury contemplaba desde el centro del solar lo que en breve sería su fábrica textil. Estaba diseñada para ser una de las más grandes y modernas del país, y en el plazo de dos años marcaría un antes y un después en su vida.

Esos terrenos pertenecían a la compañía que había formado junto con su buen amigo Aron Sheldon y habían constituido su orgullo y su futuro. Pero ahora, viendo cómo se cubrían con las sombras de la noche, pensaba que su porvenir se estaba tiñendo de ese mismo color oscuro.

Por su mente pasaban sin cesar los acontecimientos de las últimas semanas, donde había conocido más a fondo a esa peculiar mujer que le hacía reír y olvidar el dolor de su corazón. Pero también recordaba con la misma frecuencia la amarga despedida con Charlotte que tanto daño le causó, y de la que le costaba recuperarse. Sabía que sentía una creciente admiración por Jane, aunque esta distaba mucho de ser el amor profundo y decadente que sentía por Charlotte. Y eso era lo que precisamente le estaba atormentando.

Había decidido dejar atrás el pasado y apostar por un futuro prometedor al lado de la señorita Grayson. Pero algo dentro de él le impulsaba a aplazarlo y esperar un milagro que no llegaba. Sabía que no podía seguir posponiendo la pedida de mano ya que corría el riesgo de perderlo todo, y aun así le era imposible dar ese paso tan sencillo de pensar y tan difícil de hacer.

Desalumbrado miró a su alrededor donde vigas, cemento y ladrillos se acumulaban para empezar a dar forma al edificio, como él había hecho con Jane. La había cortejado, animado y deslumbrado hasta estar seguro de que lo aceptaría como esposo, y ahora que se acercaba la hora de la verdad, era él el que tenía remordimientos.

Era cierto que necesitaba su herencia con urgencia pues entre los gastos elevados de la mansión, las mejoras en sus tierras y los gastos de construcción de la fábrica textil, en breve todo ello consumiría sus ahorros. Pero también era cierto que se sentía culpable al no poder amarla como se merecía, y se

reprochaba ser un canalla por seguir adelante con su plan, negándole de esta manera la posibilidad de encontrar el amor en otro hombre y de ser feliz sin él.

Braxton estaba tan sumergido en sus pensamientos que no se percató de la cercanía de su socio y amigo Aron Sheldon. Un hombre callado, decidido, fuerte, de tez, ojos y pelo oscuro, de gran corazón y un hábil negociante, además de perteneciente a una familia de comerciantes. Alguien hecho a sí mismo y con el estigma de ser un simple burgués en una sociedad donde la sangre lo era todo.

Su abuelo había empezado con una pequeña sastrería para caballeros y tras años de duro trabajo, él y su hijo, habían conseguido expandirse por otras cuatro ciudades. Pero fue su nieto Aron quien vio más haya, logrando abrir otras seis tiendas de gran éxito. Pero su empeño en prosperar no se quedó ahí y se propuso comprar unos terrenos para construir su propia factoría y así reducir costos.

El proyecto requería de una fuerte suma de dinero y de tener el coraje necesario para arriesgarlo todo. Aron convenció a su familia y a su amigo lord Brandbury para que apostaran por el proyecto. Él sabía que durante seis años Braxton había invertido en importaciones a pequeña escala y que andaba buscando un negocio de mayor envergadura. Y ahora se hallaban ante los cimientos de lo que sería una de las mayores fábricas textiles del país, especializada en la manufacturación del algodón.

Como entró a formar parte el conde de Brandbury en este negocio familiar fue debido a un acontecimiento del pasado. Cuando tras dejar Brandbury Halls, junto con todas sus comodidades, se decidió a ganarse su destino. No se imaginó que tuviera que encontrarse con toda suerte de personajes; algunos de ellos timadores y otros amigos. Como fue el caso de Aron al tenderle la mano, brindándole así su amistad, y mostrarle sus conocimientos.

Aron sentía curiosidad por ese hombre que, aun siendo de su misma edad, era tan diferente a él. Había conocido a otros nobles y Braxton fue el primero en mostrar unas ideas progresistas y en verle como una persona y no como un simple peón. Aun conociéndole desde hacía años le resultaba enigmático, pues no entendía como había dejado atrás la comodidad de las rentas, a cambio del duro trabajo que estaba reservado a los hombres de clase más inferior, como

era su caso.

Mientras que Braxton sentía simpatía por ese joven nacido en una familia acomodada, con una visión de futuro tan amplia y un sentido para los negocios tan desarrollado, que dejaba asombrados a cuantos le conocían. Braxton veía en Aron al hombre que le hubiera gustado ser y a su familia como la que siempre había deseado tener. Hubiera dado todo lo que poseía por tener unas convicciones tan decididas y por poseer un semblante alegre que miraba al presente con confianza y sin miedos.

Con el tiempo su amistad se fue fortaleciendo a pesar de ser personas de diferentes clases sociales. Siendo este el motivo por el que Aron quiso contar con Braxton para su negocio. La magnitud de su empresa era tan grande que necesitaba otro socio y Braxton, por aquel entonces, estaba habido por hacer crecer su herencia materna y así demostrar a su padre que podía salir adelante sin su manipulación y sus ideas retrogradadas.

Que arriesgara todo su dinero no le importó, pues sabía que el negocio tenía posibilidades y que su amigo contaba con toda su confianza. Y así, tras seis largos años esperando una oportunidad, y sin saber que su padre estaba moribundo en una propiedad endeudada que pronto heredaría, Braxton Jennins invirtió todo su capital en esta fábrica que estaba a punto de empezar a construirse.

Pero ahora, meses después, tenía un título que no deseaba y le estaba arruinado, una fábrica que empezaba con retraso a construirse ocasionándole problemas, y una futura prometida a la que no amaba y que estaba seguro que iba a dañar. Era por ello que Braxton se sentía atrapado en un callejón sin salida donde a cada paso que daba más se hundía.

—¡Que sorpresa verte aquí! Pensaba que estabas cortejando a tu prometida — le comentó Aron mientras se acercaba a él.

Braxton se giró para comprobar quien era él que tan sigilosamente se le aproximaba por detrás y comprobó complacido de que se trataba de Aron.

—Ya tendré tiempo para ello esta noche —le contestó sin más.

Aron se percató de su tono pesaroso y se imaginó que los problemas de este aún no habían desaparecido.

—¿No estarás preocupado por el retraso de la fábrica? Hoy mismo he hablado con el constructor y me ha garantizado que en dos días empezaran con ella — quiso tranquilizarle Aron.

Braxton le observó mientras pensaba como había tenido tanta suerte de encontrar un amigo que lo conociera tan bien y que se preocupaba tanto por él.

—Estoy seguro de ello —Braxton suspiró, pues aunque no le gustara que nadie se inmiscuyera en sus asuntos, en ese momento necesitaba el consejo de un buen amigo—. Sé que esta fábrica va a ser todo un éxito y que solo habrá que tener paciencia y trabajar duro.

Durante unos segundos se quedaron en silencio. Aron sabiendo que su amigo quería decirle algo más, pero le costaba hacerlo, y Braxton decidiendo si debía contarle su relación con Jane y su amor por Charlotte.

—El problema es de índole personal —terminó confesando Braxton.

—Comprendo —contestó sin más, pero no pudo contenerse y terminó preguntándole—: ¿Me imagino que te refieres a la señorita Grayson?

Braxton afirmó sin más, confirmando con ello sus sospechas.

—¿Creía que ya te habías decidido y le ibas a pedir en matrimonio?

—Y así es —le dijo sin más y sin apenas levantar su vista del horizonte.

—¿Entonces? No se te ve muy feliz por estar a punto de comprometerte con uno de los mejores partidos de la temporada. Yo y medio Londres estaríamos encantados de estar en tu lugar —le indicó sonriendo.

—No es tan sencillo —le respondió sin ganas de explicarse pues ni él mismo sabía la respuesta a sus dudas.

—Si no la quieres entonces no se lo pidas. Yo si lo considero sencillo —le señaló ya sin sonreírle, al intuir que el problema de su amigo era más profundo de lo que había pensado.

Braxton comprendía que Aron pensara así pues este desconocía sus problemas financieros surgidos de su herencia. Solo sus abogados, los acreedores, y algunos hacendados la conocían, y sus bocas habían sido selladas con dinero.

No podía permitirse que el rumor se extendiera por todo el país poniendo en peligro su negocio, pues empezarían a desconfiar de él. Además, sabía que

Aron se empeñaría en ayudarlo ofreciéndole un préstamo sobre la propiedad, consiguiendo de esta manera arruinarse los dos si no conseguía devolver el préstamo a tiempo.

—No es que no sienta nada por ella, es que no la amo —fue lo único capaz de decirle sin rebelarle toda la verdad.

—Jamás comprenderé a los de tu clase y esa necesidad de buscar alianzas con el matrimonio en vez de amor. Creía que tú no eras así —se atrevió a decirle tomándose unas libertades que pocas veces se permitía, pues a Braxton le gustaba mantener sus sentimientos bien ocultos y él lo respetaba.

—Si te soy sincero, siempre pensé que me casaría por amor, pero en estos últimos meses... —la voz de Braxton se cayó al no saber muy bien que decirle. ¿Cómo podía explicarle todo lo que había pasado y lo que sentía si no podía contarle sus secretos?

—Heredaste un título y todo cambio —le indicó de forma despectiva pues odiaba a esa alta sociedad hipócrita que seguía con una mente arcaica.

—No es eso —le contestó ofendido volviéndose para mirarle—. Tú me conoces bien y sabes que no soy como ellos.

Aron bajo la cabeza al darse cuenta de que lo había ofendido, al dejarse llevar por ese odio que sentía por todo lo aristocrático. Pero si debía de ser justo, era cierto que su amigo era diferente a esa clase que se creía superior por el simple hecho de haber nacido noble.

—Lo siento, y tienes razón, eres el hombre menos artificial y pedante que conozco. De hecho te pareces cada vez menos a un banquero.

Ambos sonrieron pues, aunque era cierto, Aron había pretendido gastarle una broma. Ya que según un dicho popular: Solo los enterradores y los banqueros habían nacido sin la capacidad para sonreír. Como le solía ocurrir a Braxton antes de conocer a Jane.

Braxton se percató de que era cierto. Algo dentro de él había cambiado al pasar estas semanas junto a ella, dejando de ser ese hombre sombrío que maldecía su estirpe y su suerte.

—Desde que conozco a la señorita Grayson no me siento tan solo.

—¿Entonces cuál es el problema?

Braxton sabía que era importante guardar el secreto, pero sus dudas y remordimientos eran tan grandes, que necesitaba con urgencia desahogarse para así librarse de ese peso que le oprimía el pecho. Además sabía que podía confiar en Aron y que este podría darle algún consejo. Si alguna vez tenía que rebelar parte de su secreto, este era el momento.

—Amo a otra mujer, pero no podemos casarnos.

Los ojos de Aron se abrieron como platos mientras contemplaba a su socio. Lord Brandbury era un hombre recto y formal al que nunca lo había visto cometer una imprudencia, como emborracharse, o decir una incorrección. Un ser que parecía imperturbable y sin sentimientos, pero que estaba admitiendo sufrir de desamor.

—Pero eso no es todo —continuó confesando Braxton—. En estos días, junto a la señorita Grayson, he empezado a sentir una gran admiración por ella y no quisiera causarle daño.

Durante unos segundos quedaron en silencio al no tener nada que decir. Hasta que al final Aron tomo la palabra.

—Si te sirve de ayuda mi consejo, te diría que olvidaras a esa otra mujer que no puedes tener y solo te va a traer problemas. Además, ambos sabemos que la mujer perfecta para ti es la señorita Grayson —Braxton hizo amago de contestarle pero Aron le interrumpió y siguió hablando—. Solo he coincidido con ella en dos ocasiones, pero es evidente que es una mujer capaz de hacerte olvidar, y con el tiempo, lograr tu amor.

—No quiero dañarla —fue su única respuesta.

—Entonces es que ya sientes algo por ella.

Aron se le acercó más colocando después su mano sobre su hombro, mostrándole así su amistad y su apoyo.

—Hazme caso, te he visto mirarla y no te es indiferente. Puede que nunca la ames como haces con la otra, pero estoy seguro que junto a ella serás feliz.

—Se merece tener a su lado a un hombre que la adore y ella ame.

Aron sonrió pues se daba cuenta que su amigo solo estaba buscando excusas

para no tenerla, y estas cada vez eran menos sólidas.

—Según se rumorea por todo Londres la señorita Grayson está enamorada de ti desde hace tiempo. Claro que si no crees posible sentir algo por ella, entonces es mejor que te apartes y le dejes sitio a otro mequetrefe —le soltó aun sabiendo de antemano que esta opción no le agradaría.

Braxton suspiró pues sabía que su amigo tenía razón. Es posible que no lograra amar a Jane como lo hacía con Charlotte, pero estaba seguro de que no le llevaría mucho tiempo sentir un fuerte apego por ella. De hecho ya estaba empezando a sentirlo al estar preocupado por dañarla. Además, pensar en otro hombre cortejándola y haciéndola suya le ponía furioso.

—Ya había pensado en esa opción, pero no creo que pueda soportar verla con otro. Por otro lado, algo me dice que estar junto a esta fierecilla sería un auténtico placer.

La ternura con la que pensó en ella les sorprendió a ambos, siendo la prueba definitiva que Braxton necesitaba para seguir adelante.

—Creo que deberías darle una oportunidad. Y también creo que no te has percatado de tus sentimientos hacia ella —señaló para hacerle ver lo que era tan evidente para todos los demás.

—Es verdad que estos días me siento algo confuso, pero se reconocer que es una mujer especial y que sería un estúpido si la perdiera.

—Entonces todo está dicho. Olvida el pasado y céntrate en el futuro que se te ofrece junto a ella.

Durante unos instantes se quedó pensativo tratando de averiguar qué era lo que su corazón le dictaba. Era una pérdida de tiempo pensar que podía volver con Charlotte como si nada hubiera pasado, y como si su futuro junto a ella no fuera un imposible. Estaba perdiendo un tiempo precioso en tonterías sin sentido, pues ante él tenía la oportunidad de ser feliz y salir de su aprieto.

Decidido se colocó bien el sombrero, se ajustó los guantes, y se volvió hacia su amigo diciéndole:

—Deséame suerte. Pues esta noche tengo una cita con ella y voy a pedirla en matrimonio.

Aron soltó una carcajada y le extendió la mano.

—Entonces permíteme ser el primero en felicitarte —ambos hombres se estrecharon la mano y sonrieron, sabiendo que esa noche el conde de Brandbury conseguiría una esposa.

—Espero que no me rechace —señaló Braxton cuando ya se disponía a marcharse.

—Sera más probable que durante el trayecto te encuentres un burro volando. ¡Pero nunca se sabe amigo!

Ambos volvieron a reírse y Braxton se encaminó hacia su calesa convencido de convertir a la señorita Jane Grayson en su condesa.

Puede que Jane no fuera la mujer que hubiera elegido en un principio, o que no le llamara la atención la primera vez que la vio, como sucedió con Charlotte, pero estaba convencido de que a su lado lograría encontrar la paz y la felicidad que andaba buscando y creyó perder cuando se despidió de Charlotte.

Ya en su calesa, en dirección a Hyde Park, Braxton se propuso olvidar definitivamente a Charlotte y centrar todos sus esfuerzos en hacer feliz a Jane. Lucharía para que, con el tiempo, los sentimientos de ternura, apego, y amistad se transformaran en algo más fuerte y estable.

La señorita Grayson sería su esposa y solo un milagro impediría llevar a cabo esta misión. Un milagro, o unas palabras de súplica por parte de la verdadera dueña de su corazón.

Capítulo IX

No había nada más glorioso en esta vida que pasear del brazo de la persona amada. Sentir su fuerza, dejar que te guiara, mantener una sencilla charla y sonreír a todas las curiosas que te miran verdes de envidia, era lo más maravilloso que le había pasado a Jane en semanas.

No es que fuera la primera vez que pasearan juntos, ya que lord Brandbury la había invitado a innumerables paseos por el parque, ya fuera andando o en calesa. Si no porque esta vez iba acompañada de su familia, en especial de su padre, por lo que a ojos de todo el mundo su compromiso estaba fijado. Un detalle que aún no había sucedido, pero que tras esta invitación quedaba claro que llegaría.

Pero esa noche también estaba siendo especial por otro motivo muy importante. Sin saber cómo lo había conseguido, su padre había convencido a la señorita Spencer para que los acompañara como una más de la familia. Desde que lo había anunciado en la comida todos se habían mostrado encantados con la noticia, sin dar ninguna muestra de lo poco apropiado que resultaba ver a la institutriz acompañando a la familia en una salida formal.

Pero lo que causo más sorpresas y sonrisas de complacencia, así como un sonrojo pronunciado de Emma, fue ver cómo sir Richard le ofrecía su brazo para que fuera su acompañante nada más bajar del coche de caballos. Tanto James y Alice, así como Jane, no pudieron negar que hacían una maravillosa pareja y no cesaron de mirarse sonrientes, y de asentir a su padre como muestra de agrado por su gesto.

Si los demás transeúntes los miraron con altivez o confusión, o si fueron o no la comidilla de la noche, no les importó a ninguno, pues no podía negarse que el lugar de la señorita Spencer estaba junto a ellos.

Por otro lado, lord Brandbury los había estado esperando nervioso a las puertas de Hyde Park quince minutos antes de la hora determinada. Había decidido que no podía posponer por más tiempo su propuesta de matrimonio, pues estaba empezando a parecer un muchacho asustadizo e inseguro.

Aun no tenía muy claro cómo iba a pedirselo, pero estaba convencido que no podía pasar de esta noche. No era solo porque el tiempo se le estaba echando encima, si no que era una necedad mantener el cortejo, cuando tenía la aprobación del padre, de la novia, y de medio Londres.

Tampoco tenía que ver con la señorita Grayson, ya que era una muchacha que le agradaba y le hacía reír. Ella se merecía todos sus respetos y halagos, y además estaba seguro de que a su lado lograría ser feliz. Tal vez no inmediatamente, pero sí pasado un tiempo.

Lo que más le impedía dar el paso, era pensar que desde ese momento Charlotte quedaba fuera de su alcance. Él la amaba con todo su corazón y no estaba seguro de poder olvidarla fácilmente. Era por esto que dudaba en aceptar a la señorita Grayson, pues sabía que el amor que ella sentía por él era puro y profundo, y no quería compensarla de una manera tan ruin.

Sabía que el amor de Charlotte era algo fuera de su alcance. Ella jamás sería suya y juntos jamás lograrían ser feliz, pues él no podría proporcionarle todo lo que ella necesitaba. Sabía que era un necio por seguir amando a una mujer que había escuchado a su codicia, antes que a los dictados de su corazón, pero le resultaba imposible olvidarla y mucho menos odiarla.

Había esperado que Charlotte apareciera a las puertas de su casa suplicándole que la perdonara y pidiéndole compartir sus vidas. Algo que por su puesto nunca pasó. Más bien todo lo contrario, ya que se había enterado que de Charlotte estaba siendo cortejada por varios lores con suculentas fortunas y ella se mostraba encantada.

Sin más excusas para postergar su destino, lord Brandbury había mirado al frente dándose cuenta de que junto a la señorita Grayson tenía una oportunidad de ser feliz, mientras que Charlotte era solo un espejismo que lo había

mantenido engañado durante demasiados años. Esa misma mañana había dado un paso decisivo, pues había llegado el momento de ser consecuente y aceptar que su vida sería diferente a lo que tanto había esperado.

Y ahora, paseando con la señorita Grayson del brazo, viéndola tan radiante de felicidad, tan joven y hermosa, y tan ajena a los problemas del mundo, no se arrepentía de su elección, ni de haberla elegido como a su futura esposa.

Los seis iban caminando despacio por el paseo central de Hyde Park en formación de parejas. Las dos personas que encabezaban la marcha eran un orgulloso sir Grayson, que recordaba en su caminar a un pavo real, y la señorita Spencer, que aunque ruborizada, miraba al frente con dignidad y caminaba con la elegancia que le caracterizaba.

Sir Grayson iba vestido con un refinado traje de franela color marengo, acompañado de su bastón y su sombrero como marcaba la moda, mientras que la señorita Spencer había elegido su mejor vestido de paseo color aguamarina, junto con un sofisticado sombrero que Jane había insistido en prestarle. Todo ello acompañado de unos guantes de cabritilla blancos y un chal de seda de un tono turquesa regalo de la familia Grayson las navidades pasadas.

Tras ellos se encontraba el hijo mayor de sir Grayson, James. Este paseaba con la misma pose orgulloso que había heredado de su padre y su habitual sonrisa. De su brazo caminaba su amada esposa Alice, la cual de vez en cuando correspondía a las miradas fugaces de su marido y le sonreía. Ambos disfrutaban del paseo mientras comentaban entre susurros algún comentario secreto típico de una pareja enamorada, por lo que se mantenían apartados de todo lo que les rodeaban sumidos en su propio mundo.

Tras ellos, cerrando la comitiva, se encontraban lord Brandbury y Jane. El conde caminaba con pose regio mostrando su habitual seriedad, aunque por dentro se encontraba nervioso. Cuando había visto llegar a la familia Grayson había suspirado, deseando que todo saliera como había planeado en su cabeza mientras esperaba, ya que esa noche su destino quedaba en las manos de esa mujer.

Nada más ver bajar a la señorita Grayson del carruaje se había colocado a su lado deslumbrado por la sonrisa de la joven. Era sin duda una muchacha encantadora y deseaba de todo corazón hacerla feliz. Tras saludar a la familia,

incluida a la institutriz que les acompañaba, le había ofrecido el brazo y juntos empezaron a caminar por el parque.

Sin lugar a dudas esa noche ella estaba muy bonita e incluso se podía decir que lucía un encanto que la hacía destacar del resto de las presentes. Algo de lo que se había percatado desde su primer encuentro, pero que no había visto de una forma tan clara como hasta entonces.

—Debo darle las gracias por esta idea tan encantadora —dijo Jane mientras caminaba de su brazo.

—El agradecido soy yo al haber sido aceptada mi invitación —le respondió Braxton sin necesidad de fingir.

—Debo confesarle que desde hacía semanas deseaba ver los fuegos artificiales de Hyde Park —le confesó una Jane radiante.

—Entonces estoy complacido por haber acertado en mi elección.

—Sin duda debe estarlo. —Tras estas palabras se le acercó, para que su siguiente comentario quedara en secreto—. Ya estaba ideando una excusa para que mi padre me permitiera venir a verlos.

Lord Brandbury sonrió pues estaba empezando a conocer el carácter rebelde y decidido de ella, y le agradaba encontrar a alguien que se enfrentaba a las dificultades con optimismo y determinación.

—Me hubiera gustado saber cómo lograba convencerlo —comentó él.

—Oh!, con mi padre es fácil. Un par de abrazos y de besos cariñosos, y se siente en la necesidad de complacerme —le comunicó con una sonrisa en los labios, dejando claro a Braxton la estrecha relación que mantenían padre e hija—. Pero por favor, no se lo cuente a mi padre. Si conociera mi secreto no volvería a concederme ningún favor.

La cara de la señorita Grayson parecía la de un diablillo revoltoso que disfrutaba de sus travesuras. Sin duda con esa sonrisa pícara, esos ojos vivaces y esa actitud cariñosa y decidida, conseguía todo lo que deseaba de su padre y de cualquier hombre al que se lo pidiera.

—Su secreto estará a salvo conmigo —sabiendo que debía preparar el terreno para la proposición de matrimonio continuó diciéndole—: Seguro que a su

futuro marido le interesaran estas tácticas para convencerlo. ¿Por qué me imagino que las usará también con él?

Sonrojada hasta las puntas de las orejas, Jane no supo qué contestarle. Sin duda la estaba poniendo a prueba para saber cómo lo consideraba ella y, desde luego, ella no era de las que desaprovechaban una oportunidad.

—Seguramente que así sea. Es algo frecuente entre un esposo y su mujer tener cierta clase de... —tragó saliva sabiendo que se estaba adentrando en un tema peliagudo.

—¿Cierta clase de... ? —preguntó él cuando vio que ella dudaba si continuar o no con este tema de conversación que tanto le agradaba a él y acaloraba a ella.

—Ternura —concluyó Jane abochornada.

Braxton sonrió al ser consciente de lo avergonzada que Jane se sentía y se imaginó pasando la vida junto a una mujer que utilizaría la ternura y no el llanto para conseguir lo que deseaba.

—Estoy convencido de que su marido sabrá apreciar su método para persuadirle, y más si es a base de besos y caricias.

Jane se dio cuenta que lord Brandbury podía mal interpretar sus palabras y quedar ante el cómo una niña consentida que solía salirse con las suya usando a los demás. O lo que era peor, como una mujer frívola que usaba sus encantos de sexo débil para convencer a los hombres de que hicieran lo que ella deseaba. Algo que estaba muy lejos de la verdad

—Lord Brandbury, no crea que utilizo el cariño que siento por mi familia para manipularles. Es solo que en ocasiones una mujer tiene pocas opciones para conseguir lo que desea —como sabía que él no estaba acostumbrado al mundo femenino y sus limitaciones, trató de explicarse—. Como sabe, en muchas ocasiones una mujer se ve sujeta a ciertas restricciones que debe superar. Es entonces cuando se necesita desesperadamente de la aprobación de un hombre y es solo en estas ocasiones cuando utilizo estas...tácticas.

Braxton frunció el ceño pues no entendía a qué podía estar refiriéndose. Al fin y al cabo no había tenido hermanas, y la convivencia con su madre había sido escasa al haber fallecido esta cuando él aún era un adolescente, por lo

que los recuerdos con ella eran escasos.

—Vera —siguió diciendo ella dispuesta a hacerse entender—. No me hace falta engatusar a nadie para conseguir lo que deseo, pues soy capaz de lograrlo por mí misma.

—Estoy convencido de ello —repuso Braxton sonriéndole pues de eso estaba absolutamente seguro.

—Lo que sucede es que en ocasiones, para conseguirlo, debo saltarme algunas normas que la sociedad dicta a las mujeres, y es ahí cuando necesito de todas las armas de que dispongo para convencer a mi padre, o a mi hermano, para que me permitan saltármelas.

—¿Cómo buscarse una excusa para venir a ver los fuegos artificiales y contar con su consentimiento?

—¡Exacto! —exclamó ella feliz de que él la hubiera entendido—. O que me permitan saltarme la hora del té para asistir a una charla en el Royal Pavilion, o visitar el museo de antropología, o leer a Darwin.

—Veo, señorita Grayson, es usted una rebelde.

—Yo diría más bien que soy curiosa y poco convencional, pues no puedo evitar que me interesen temas poco apropiados para una mujer.

—¿Cómo la antropología? —quiso saber Braxton asombrado por esta faceta de desconocía de Jane ya que no era normal que a una mujer le interesaran estos temas. Algo que indicaba que su joven señorita no era para nada una cabeza hueca.

—Así es, y la política, los avances tecnológicos, los problemas sociales. Pero creo que le estoy asustando —declaró Jane al darse cuenta de que le había revelado más de la cuenta.

La señorita Spencer ya le había avisado que no debía contar a ningún caballero estas inclinaciones suyas, pues los hombres solían sentirse acobardados ante mujeres que demostraban ser más inteligentes que ellos.

Por consiguiente era una autentica maldición en la sociedad en la que vivían que una mujer fue más lista que hermosa, más comunicativa que reservada, y más inquieta que recatada.

Lord Brandbury se detuvo y miró a Jane a los ojos. Quería mostrarle que no se sentía molesto, sino más bien impresionado pues era la primera mujer que conocía con estas inclinaciones.

—Señorita Grayson, no debe usted avergonzarse por tener una mente abierta y curiosa. No soy partidario de que a las damas se las tenga que mantener en la ignorancia para que sean más manejables. Y por supuesto que no me ha asustado —dicho esto besó su mano y siguió caminando como si no hubiera causado que el corazón de Jane una parara en seco—. Además, estoy convencido de que su marido apreciara estos dones. Yo sin lugar a duda prefiero una esposa con la que poder conversar en las largas tardes de invierno, en vez de una que solo me comente la última moda en sombreros.

Jane sonrió encantada de que lord Brandbury pensara de esta manera pues había muy pocos los hombres como él. Y menos aún que estuvieran interesados en ella y que ella le correspondiera.

—En cuanto a su táctica para persuadir debo decirle, mi querida señorita, que prefiero mil veces que mi esposa consiga mis favores con besos que con llantos y suplicas.

—Me alegra saberlo lord Brandbury —le contestó ella siguiéndole el juego.

—Lo digo en serio Jane. No soporto que una mujer utilice las lágrimas para conseguir lo que desea. Prométame que usted nunca lo hará —le pidió él con firmeza y sin percatarse de que la había tuteado.

Jane se quedó sorprendida por una petición tan directa y que implicaba tanto.

—Se lo prometo —fue cuanto pudo decirle.

Durante la conversación se habían ido distanciando de los demás miembros de la comitiva, y ahora se encontraban a unos metros de distancia que les conferían más intimidad.

Braxton, viendo que se le había presentado la oportunidad que andaba buscando, y más convencido que nunca en pedirla en matrimonio tras esta charla tan reveladora, decidió que había llegado el momento de actuar y acabar de una vez por todas con este juego.

—Señorita Grayson, si me permite, me gustaría mostrarle algo que descubrí hace unos pocos días y que, estoy seguro, será de su interés —comentó

Braxton siguiendo el plan que había pensado mientras les esperaba.

Jane asintió dándole su consentimiento, mientras en su cabeza repasaba la conversación que habían mantenido.

—Para ello debemos adentrarnos por este otro camino que se aleja del principal —nada más decirlo señaló un pequeño sendero que se hallaba a un lado, y se adentraba entre abetos y sombras en una zona poco frecuentada—. No quiero causarle problemas con su padre, si así lo desea podemos ir a su encuentro y pedir su consentimiento.

—No creo que sea necesario lord Brandbury. Estoy convencida de que solo nos alejaremos unos metros y no supondrá ningún problema.

Complacido por el espíritu aventurero de la joven, que tan bien le venía ahora, Braxton desvió el rumbo y ambos se adentraron por ese otro camino menos iluminado.

El sendero estaba rodeado de pequeños setos verdes que ofrecían privacidad a sus viandantes al llegarles hasta la cadera. Además era tan estrecho que apenas cogían dos personas que anduvieran bien juntas, resultando por tanto complicado no rozarse cuando se caminaba en su interior. Un hecho que les hizo mantenerse callados por unos instantes, hasta que sus respiraciones se calmaron y se sintieron a salvo de miradas curiosas.

Conforme se iban alejando el ruido de las charlas, los vendedores ambulantes, y los miles de sonidos que siempre oscilan por el camino principal, fueron adentrándose en el silencio, y la quietud del lugar por donde caminaban sin atreverse a mirarse.

No fue hasta que Braxton estuvo seguro de no ser interrumpido cuando rompió el mutismo y siguió con su plan.

—Debo confesarle, señorita Grayson, que no estaba convencido de que aceptara mi petición, ya que esta no es muy decorosa.

—Entonces es que aún no me conoce bien, caballero —repuso Jane risueña.

—Sé que tiene un espíritu aventurero, pero también sé que a las damas suelen darle miedo los caminos solitarios y oscuros como este —nada más decir esto le apretó la mano que reposaba en su brazo para darle ánimos.

—Es posible lord Brandbury, pero nunca cuando a su lado tienen a un hombre capaz de defenderlas —manifestó ella encantada por la muestra de cariño que acababa de tener con ella, sin que él siguiera lo notara.

—Me halaga señorita Grayson —le contestó sonriéndole satisfecho por su comentario—. Y por supuesto que puede contar con mi protección frente a maleantes y rufianes.

—Con que me defienda de las arañas me conformo —le dijo ella mientras miraba una tela de araña que trataba de pegarse a su falda y de la que ella intentaba alejarse.

Braxton soltó una carcajada y se separó de Jane para dar un manotazo a ese obstáculo indeseado, alejándola así de su falda.

—Cuenta con ello —afirmó mientras realizaba esta acción—. Debo confesarle que me sorprende señorita Grayson, creía que a usted no le asustaba nada —afirmó mientras volvía a colocarse a su lado.

Esperando su respuesta le ofreció su brazo como todo un caballero y ella gustosa reposó su mano sobre este.

—Debe usted saber, lord Brandbury, que las mujeres fuimos creadas con un pequeño defecto —le dijo con voz solemne, consiguiendo con ello que las comisuras de los labios de Braxton se elevaran.

—¡No me diga señorita Grayson! ¿Y puedo saber cuál es este defecto? —le preguntó haciéndose el interesado.

—Sentimos terror por las arañas —manifestó con total convencimiento.

La carcajada de lord Brandbury no se hizo esperar, seguida de la de Jane, que en ese momento olvido a todo bicho peludo de más de dos patas que anduviera cerca.

Siguieron caminando por el estrecho sendero sin encontrarse con otros transeúntes ni con visitantes indeseados, hasta que al llegar a una pequeña explanada se encontraron con la sorpresa que Braxton quería mostrarle.

Ante ella se hallaba una pequeña rosaleda con rosas blancas que se extendían a ambos lados del camino rodeándolos. El lugar era de una belleza sin igual y se extendía varios metros de distancia. Las rosas estaban bañadas por la luna y

una tenue luz de una farola lejana, por lo que las hacían parecer como pequeñas estrellas que habían caído del cielo.

—Me enteré por casualidad de su existencia y me acorté de usted —susurró tratando de no perderse aquel momento perfecto causado por el brillo en los ojos de Jane.

—¡Es precioso! —Fue lo único que pudo decir pues su garganta se había cerrado por la emoción y las ganas de llorar— ¡Gracias Lord Brandbury!

Paralizada por la belleza que la rodeaba, solo pudo mirar las rosas blancas que la bañaban con su fragancia en esa cálida e inolvidable noche de primavera. Emocionada por el maravilloso detalle que había tenido con ella, sintió como su corazón volvía a latir aún más enamorado que antes, de ese hombre frío y arrogante que la estaba cortejando con delicadeza.

Sintió una inmensa felicidad por estar compartiendo a solas con él ese momento tan entrañable, pues de esta manera siempre sería su secreto. Se regocijó del contacto de su mano sobre su brazo y de su mirada fija en ella, demostrándole por el brillo de sus ojos, que ante sí veía a una mujer y no a una niña. Tal era el cumulo de emociones que sentía en su interior, que solo pudo reaccionar de una forma espontánea y decidida.

Sin pensar en las consecuencias, o en que lord Brandbury aún no era su prometido, se volvió hacia él y poniéndose de puntillas, le dio un dulce y fugaz beso en la mejilla. Después, sin ser consciente de la reacción de Braxton se soltó de él, le dedicó una radiante sonrisa y, como sumergida en un sueño, se acercó a las rosas para acariciarlas con sumo cuidado mientras apreciar su fragancia.

Por otro lado, lord Brandbury se había quedado totalmente paralizado por la reacción de Jane. Sabía que era una mujer sincera y espontánea, pero jamás se hubiera imaginado que reaccionaría de esa manera.

Aun atónico y encantado, llevó su mano a la mejilla que ella había besado y sonrió por la dulzura que le había mostrado. Había sentido una especie de hormiguelo al notar sus labios junto a su piel y había deseado ser más valiente para haberla cogido por los hombros y haberla devuelto el beso, aunque el suyo no hubiera sido tan casto. Pero la parálisis por la sorpresa pudo más, y se tuvo que conformar con ese sutil beso y su mirada de adoración.

Fue en ese preciso momento cuando se percató de que la deseaba, y de que ella sería la única mujer en el mundo capaz de hacerle olvidar su amor por Charlotte. Más decidido que nunca, y aprovechando que estaba en el lugar y el momento adecuado, se dispuso a pedir su mano.

Con la tenue luz de las farolas, y el rayo de luna iluminando su cabello dorado, Braxton suspiró al ver a la que sería su esposa bañada por una aureola que la hacía parecer una ninfa entre las flores. Despacio, como si no quisiera asustarla, se colocó a su lado preparándose para reclamarla como suya.

—Jane —su susurro fue tan suave que cualquiera hubiera jurado que había sido dicho por el viento—. Señorita Grayson —la llamó una segunda vez con una voz más decidida.

Al escucharle Jane dejó de observar las rosas de su alrededor y se giró para mirarle. Estaba espléndido con su porte regio y su cuerpo atlético. Solo sus ojos reflejaban cierto recato que se le antojó curioso, pues un hombre tan resuelto y vivido como él no podía estar nervioso por encontrarse a solas con una joven dama.

—Quisiera comunicarle mi deseo de hacerla mi esposa —confesó sin más, causando que Jane apenas pudiera parpadear.

Al ver que la había dejado paralizada se sintió un estúpido, por estar haciendo mal algo tan sencillo. Quería convertir ese momento en algo especial, pues sentía que ella se lo merecía por ser tan sincera y tan genuina.

—Perdone mi falta de delicadeza, se lo suplico, pero no conozco otra manera de decirlo.

Escuchó como ella suspiraba y unía sus manos como tratando de controlarse para no tocarle. Algo que le agradó y consiguió tranquilizarle.

—Lord Brandbury —empezó a decir ella.

—Creo que en estas circunstancias, y estando a solas, puedes llamarme Braxton —le cortó el sonriéndola y haciendo que ella se derritiera por dentro.

—Braxton —pronuncio con deleite cada letra de su nombre como saboreándolo—. Le agradezco su franqueza.

—Jane —dejó caer su nombre como respuesta y le cogió una de sus manos

para besársela.

Al alzar la mirada vio como ella le contemplaba, y pudo ver claramente el amor que sentía por él. Notó, al tener sujeta su mano como ella temblaba y como la felicidad inundaba su ser. Se sintió feliz al igual que ella y sin pensarlo siquiera se arrodilló colocando una rodilla en el suelo. No porque así lo mandara la tradición, sino porque así lo sentía en ese momento.

—¿Me harías el inmenso honor de ser mi esposa? —Al ver que no contestaba le siguió diciendo—. Te prometo Jane que haré todo cuanto esté en mi mano por hacerte feliz.

Lo que Braxton no sabía era que Jane no podía hablar, aunque fuera lo que más deseara en ese instante. Ver al hombre que tanto amaba arrodillado ante ella prometiéndola que la haría feliz, era como estar viviendo un sueño que llevaba esperando toda su vida.

Tras unas semanas de dudas, de torturarse preguntándose si él la amaba o si por lo menos la quería como esposa, por fin tenía la respuesta arrodillada ante ella. Quería gritar al viento que sí, que sería suya y lo amaría para siempre. Quería tirarse a sus brazos y no separarse jamás de él. Entregarle todo cuando era y tenía, pero ni pudo pronunciar las palabras, ni pudo mover un solo musculo. Solo consiguió que unas lágrimas resbalaran por su mejilla y temblara aún más.

Asustado por su silencio Braxton se incorporó, y robó con su mano una lágrima que bajaba por su mejilla.

—Jane cariño ¿Estás bien?

Sin poderse contener por más tiempo ante la dulzura de su voz y su sincera preocupación, Jane se lanzó a sus brazos y lloró con más fuerza.

Braxton suspiró aliviado al darse cuenta de lo que pasaba. Se percató de lo emocionada que se sentía y se maravilló por su reacción. Sonrió mientras la sostenía entre sus brazos y besó su cabello con muestra de la dulzura que estaba sintiendo por dentro. Tenerla entre sus brazos le pareció algo natural y no sintió deseos de soltarla.

—Braxton —le llamó ella mientras seguía llorando y lo abrazaba con más fuerza.

No quería separarse de él y mucho menos perder su contacto, pero sabía que él estaba esperando una respuesta que ella ansiaba darle. Algo más calmada y conociendo la importancia de sus palabras, se separó un poco de él para así poder mirarlo a los ojos y poder decirle con total sinceridad:

—¡Sí, sí, sí...! —Sin poder evitar contagiarle su alegría.

Braxton la volvió a abrazar con fuerza y sintió que ella se aferraba a su cuello. Besó su mejilla sintiéndola mojada y escuchó su cantaríla sonrisa. Fue entonces cuando él deseo besarla con una necesidad que pocas veces había sentido y anheló poder demostrárselo. Con delicadeza aferró su rostro con ambas manos, sintiendo como sus suaves rizos se colaban entre sus dedos. Luego, decidido, acercó su boca a la de ella viendo como cerraba sus ojos y abría sus labios a la espera de su roce. Este no se hizo esperar por más tiempo y se unió a ella con su boca, su mente, y su cuerpo.

Su sabor le embriagó los sentidos y su sangre se convirtió en pura lava que le quemó por dentro. Cada roce de su lengua, cada gemido que escapa de su boca, y cada roce de sus suaves labios, le hacían perder la cabeza y desear más de ella.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para separase de su ninfa, pues estaba a punto de tumbarla entre las rosas blancas para teñirlas con el rojo de su pureza. Sabiendo que ella nunca se separaría de él por propia voluntad, se vio obligado a ser prudente, y ser él quien tomara la iniciativa.

Cuando sus bocas se separaron y pudo contemplar su rostro, vio como este quedaba bañado por la luna y como sus manos enmarcaban su belleza. Con sus dedos pulgares le acarició el rostro pues aún se sentía reacio de alejarse de ella.

Su futura esposa suspiró ante su roce y abrió los ojos como lo haría tras pasar una sensual noche entre sus brazos. Braxton se quedó maravillado contemplándola, y sintiendo como la sonrisa que ella le dedicó en ese instante se le clavaba en la más profundo de su ser.

—Te juro pequeña, que nunca te vas a arrepentir —señaló absolutamente convencido y agradecido al destino por darle una segunda oportunidad para amar.

Jane creía que estaba durmiendo y todo lo vivido no era nada más que un

sueño. Jamás hubiera pensado que un hombre como Braxton se hubiera mostrado tan encantador y le hubiera hecho sentir con un beso tanto placer. Cada mirada suya, cada caricia, e incluso cada palabra la estaban uniendo más a él, hasta creer que desde ahora le sería imposible respirar sino le tenía cerca.

Le estaba ofreciendo mucho más que un simple matrimonio de conveniencia, pues no era tonta y sabía de su necesidad por conseguir una buena dote, sino que le estaba proponiendo un matrimonio donde el amor, la pasión, y el respeto eran posibles. Algo que en muy pocas ocasiones lograbas encontrar.

Convencida de que sus palabras, sus actos, y sobre todo sus besos eran sinceros, Jane suspiro aliviada y decidió darle una prueba de su entrega y su amor.

—Yo también quiero hacerte el mismo juramento Braxton, pues haré cuanto esté en mi mano por hacerte feliz.

—Estoy convencido de ello, pequeña.

Y tras ese juramento se volvieron a besar, sabiendo que estaban depositando su felicidad en las manos del otro.

Cuando por fin se serenaron y se percataron de su tardanza, se dispusieron a salir de ese solitario camino que siempre recordarían, y que desde ahora hasta el fin de sus días ocuparía un lugar especial en sus corazones.

Caminando risueños, cogidos del brazo, y con una expresión de dicha que los delataba, además de unos labios hinchados y unas marcas de lágrimas en el rostro de Jane. Salieron al encuentro del resto de la familia Grayson para darles la feliz noticia de su compromiso, esperando que esta fuera bien acogida por todos.

Nada más verlos aparecer sobraron las palabras, y Jane no pudo esperar por más tiempo para lanzarse a los brazos de Emma que la cobijo complacida. Por otra parte sir Grayson felicitó a lord Brandbury dándole la mano y un fuerte manotón en la espalda para darle la bienvenida a la familia.

—Muchacho, espero no estar equivocándome contigo —le dijo en voz baja el padre de Jane.

—Le garantizo que no, sir Grayson —contestó con total franqueza pues así lo

sentía.

—¡Vamos padre! ¡Déjele respirar! —Exclamo James saliendo en defensa de quien sería su cuñado, para luego estrecharle la mano—. ¡Enhorabuena Lord Brandbury! Se lleva nuestro mayor tesoro.

Ambos hombres se saludaron enérgicamente y Braxton no pudo hacer otra cosa más que asentir pues estaba convencido de que así era.

—Téngalo siempre presente lord Brandbury, porque si no... —siguió diciendo sir Grayson serio hasta que fue interrumpido por el abrazo de su hija.

—¡Papa soy tan feliz!

El semblante de sir Grayson se relajó y una sonrisa apareció en su rostro tan intensa como la de su hija. Padre e hija se dedicaron palabras y besos tiernos, mientras la cuñada y la institutriz le ofrecieron una reverencia y le felicitaron de una forma mucho menos efusiva que su prometida. Algo que le hizo sonreír pues prefería mil veces la forma exaltada de Jane.

Tras saludar a toda la familia Jane volvió a su lado, agarrarse del brazo y sonriendo con toda la felicidad de su corazón reflejada en el rostro. Le complacía ser el causante de su dicha, pues era la primera persona que demostraba abiertamente sentir algo noble por él, en vez de la hipócrita indiferencia a la que estaba acostumbrado.

Fue en ese momento cuando empezó el espectáculo de los fuegos artificiales, captando la atención del público al llenarse el cielo de luces y brillos. Todos menos un asistente, sir Grayson, que se quedó mirando fijamente a lord Brandbury para tratar de determinar si ese hombre sería el indicado para hacer feliz a su hija. Este, al sentirse observado bajo la vista para descubrir de quien se trataba, localizándolo. Durante un instante ambos se quedaron mirando cómo retándose, hasta que sir Grayson suspiró y desvió la mirada hacia la exhibición que se estaba desarrollando en el cielo.

Braxton entendía perfectamente a sir Grayson pues sabía del profundo amor que procesaba a su hija, pero no podía permitir que interfiriera entre ambos. Menos aun cuando estaba tan cerca de obtener la solución a sus problemas. En breves meses Jane pasaría de ser hija a esposa y tendría que asumirlo. Sin poder evitarlo giró su cara para mirar a Jane que contemplaba maravillada las luces que poblaban el cielo y que se veían reflejadas en sus ojos.

Hipnotizado por el destello de luces que aparecían en ellos se quedó paralizado, encontrando los fuegos artificiales de sus ojos mil veces más imponentes que los que estallaban entre las nubes.

Y así quedó hasta que el espectáculo concluyó y Jane se giró para mirarlo absolutamente dichosa.

—¿Te han gustado?

—Han sido los más hermosos que he visto en mi vida —y no lo dijo para engatusarla, sino porque había sido verdad.

Con ella sujeta de su brazo caminaron despacio por el camino central en dirección a las puertas del parque. Mientras ejecutaban este recorrido toda la familia empezó a decidir cuándo y dónde harían el anuncio de su boda, y cuando publicarían las amonestaciones. Cada persona de la comitiva tenía una opinión diferente, menos Alice y Emma, que coincidieron en que debían comunicarlo cuando antes, y por otro lado su padre, que quería posponerlo por algún tiempo. Por suerte el único que se mantuvo imparcial fue el hermano de Jane, que afirmó que la decisión la tenían que tomar los novios, y después simplemente se dedicó a sonreírles y a lanzarles miradas de ánimo.

Tras el caos de opiniones que se formó a la vuelta, Braxton quedó frente a las puertas de Hyde Park solo y en silencio, mientras veía cómo se alejaba el carruaje que llevaba a su futura esposa a su hogar. En ese momento sintió que algo dentro de él se marchaba con ella y se maldijo por ser tan débil. Pero sobre todo se maldijo, por tener que volver a una casa que, por primera vez en su vida, se le antojaba fría y solitaria.

Capítulo X

La boda fue fijada para cinco meses después, pues así Jane pasaría las Navidades con su familia y no sentiría tanta añoranza cuando tuviera que abandonar la casa de su infancia.

Esta fecha también permitía organizar una boda con cierta comodidad, al disponer del tiempo suficiente para preparar todo los detalles necesarios para una ceremonia sencilla. Algo a lo que Jane insistió, pues no quería una pomposa boda en la iglesia londinense de Saint George, como marcaba la moda de esa temporada, sino algo más íntimo en la parroquia de su tierra natal, en Greenville Hills.

El pastor que regentaba la rectoría era un viejo conocido de la familia llamado Mr. Wells, el cual se mostró encantado al recaer en él este honor. Era evidente que no todos los días acudía un conde a esas tierras, y menos aún para semejante menester. Desde entonces había estado preparando lo necesario para que todo saliera perfecto, como mandar afinar el órgano o ensayar todas las tardes con el coro de niños.

Mr. Wells era un viudo de unos cincuenta años, alto, algo entrado en carnes, cariñoso, y de afable sonrisa, que siempre mostraba una paciencia encomiable y una mentalidad abierta. Menos cuando Jane le comunicó que Bolita sería quien llevara las arras. En este caso se mostró reacio y firme en su negativa. No porque estuviera en contra de que un animal creado por el todo poderoso entrara en su iglesia, sino por la terrible alergia que les tenía a los gatos. Todo lo demás se desarrolló sin sorpresas mientras el tiempo pasaba veloz para unos y lento para otros.

Cuando el día de la boda llegó con un manto blanco envolviéndolo todo, Jane creyó estar en un sueño del que no creyó despertarse. No sintió frío, ni nervios, solo unos deseos enormes de estar junto a Braxton en el altar, y de ser por fin su esposa. Esa noche le había costado conciliar el sueño, aunque se había acostado cansada después de haber pasado el día revisando cada detalle de la ceremonia.

No podía dejar de pensar que a la noche siguiente ella sería la esposa de Braxton, y que ambos compartirían la cama para el resto de sus vidas. Lo único que echo en falta, y que más necesitaba en ese momento, era tener a su madre a su lado para haber disfrutado con ella de los preparativos y verla vestida de novia. Con ese pensamiento se quedó dormida, pidiéndole a su madre que velara por su felicidad desde el cielo.

Las horas fueron pasando y, desde la madrugada, la casa no había parado ni un solo instante. El ajetreo de los criados era constante pues cada uno de ellos se afanaba para que todo estuviera preparado, pues tras la celebración en la iglesia los invitados llegarían a la mansión para el banquete nupcial.

Sin embargo el tiempo para Jane fue confuso. Desde que se había levantado hasta estar completamente vestida, los minutos habían pasado a la carrera, y sin embargo ahora, en la escalinata principal vestida con una seda blanca que se ceñía a sus formas, todo parecía haberse ralentizado.

Se encontraba preparada para dirigirse a la iglesia pero algo la detuvo cuando vio a tanta gente esperándola. Decidida a que este fuera su día, y nada ni nadie la detuvieran, bajó las escaleras con el porte de una reina mientras un coro de voces procedentes del hall salió a su encuentro.

A sus pies, observando cada movimiento, estaban sus hermanos James y Henry junto con su padre, que se mostraba claramente emocionado. Pero también se encontraban su cuñada Alice, la señorita Spencer y su amiga Madison que la habían acompañado durante toda la mañana y cuyos ojos no dejaba de secarse. Por otro lado también quisieron acompañarla lady Sophie Wyonick, madre de Madison, que la miraba con expresión envidiosa y lady Worthwolf, más conocida como tía Henrietta, que la contemplaba complacida. Y por supuesto los criados que la observaban a distancia.

Todos la alabaron por su belleza y quedaron sorprendidos por la elegancia y serenidad que presentaba. Sin querer postergar por más tiempo la partida, los invitados fueron a sus trineos, que les esperaban decorados con guirnaldas, cascabeles, y rosas blancas, quedando solo Jane y su padre en el hall.

—¿Estás preparada pequeña? —le preguntó mientras terminaba de ajustarle la gran capa blanca de piel de armiño.

—Si papa. Preparada —le contestó mientras miraba hacia la puerta que la

esperaba abierta.

Sir Grayson, al saber que esta sería la última oportunidad que tenía a solas con su hija, aprovechó para hablar con ella.

—Jane —la llamó para que esta le mirara—. Sé que amas a ese hombre y estoy seguro de que seréis felices juntos, pero... —le costaba decirlo—. Si por algún motivo te sintieras sola o infeliz quiero que sepas que está siempre será tu casa.

Jane lo abrazó con fuerza pues sabía lo mucho que le costaba a su padre separarse de ella.

—Lo sé papa —le susurró mientras lo abrazaba y las lágrimas empezaban a caer por su mejilla—. Sé que siempre estarás a mi lado y que podré contar contigo. ¡Te quiero papa! —manifestó con la voz entrecortada.

—¡Yo también te quiero hija, no lo olvides nunca! —le confesó emocionado y acompañando sus lágrimas.

Cuando por fin pudieron serenarse, se separaron, y padre e hija se miraron y sonriendo sabiendo que ese vínculo especial que sentían nunca moriría. Ni cuando la distancia les apartara, ni cuando el tiempo los alejara, ni cuando la voluntad de Dios los separara.

—Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que se pregunten qué está pasando— le comunicó su padre tratando de regalarle una sonrisa.

Y así ambos se encaminaron hacia la comitiva de trineos, en donde ellos ocuparían el primer puesto que les conduciría a la iglesia. Todo ello bajo un manto de nieve que había dejado la noche para regalar a la novia un maravilloso paseo.

Mientras un novio nervioso, y elegantemente vestido con traje oscuro junto con una camisa y corbata blanca, la estaba esperando acompañado de un gran número de invitados que aguardaban expectantes en sus sitios.

Entre los asistentes se encontraban, además de ambas familias al completo, la familia política de Jane, por parte de su cuñada Alice, amigos e inversores de su padre, de sus hermanos y de Braxton, además de su socio Aron Sheldon que ocuparía el puesto de padrino, y como no, el pueblo entero que no quería perderselo. Por último, apartados de los demás, se podían ver a los criados

que pudieron escaparse de sus obligaciones, para no perderse el acontecimiento social del año en ese condado.

Ni llegar a las puertas de la iglesia del brazo de su padre, ni ver a su familia, conocidos o amigos, todos ellos acomodados en los bancos, le impactaron tanto como ver a lord Brandbury mirándola sin ser capaz de apartar los ojos de ella. En ese momento su corazón le gritó cuanto lo amaba y deseó estar entre sus brazos como lo había estado soñando durante los largos meses de espera.

Braxton fue el único en percatarse de su presencia y por unos instantes solo los dos fueron testigos de la magia de su mirada, del íntimo anhelo de su deseo, y las ansias que sentían por estar juntos.

La capilla está decorada con centenares de rosas blancas encargadas a varios viveros de Londres, que hacían juego con el vestido blanco de seda de Jane. El órgano, acompañado por el coro de niños de la iglesia, empezó a sonar junto a estas angelicales voces cuando Jane entró por la puerta principal, consiguiendo que todos se giraran para mirarla sin poder evitar exclamar maravillados al contemplarla.

Jane parecía un ser etéreo que más que caminar flotaba con un ángel. Su cabello dorado como el trigo había sido moldeado en un sencillo recogido, donde sus rizos caían en cascada por sus hombros y espalda. Decorando su cabeza llevaba una tiara de pequeñas flores blancas que resaltaban la blancura de su piel y conseguía destacar el azul de sus ojos.

Estaba tan hermosa que todos callaban cuando pasaba por su lado al no ser capaz de decir algo coherente. Más aún cuando la iglesia había sido iluminada por centenares de velas, al haber amanecido nublado y por ello ser escasa la luz que entraba por las vidrieras. Era tan tenue la luz que les rodeaba, y todo parecía tan mágico, que daba la impresión de estar en otro tiempo donde las hadas no eran un mito y los caballeros luchaban contra dragones.

Lord Brandbury no fue una excepción, y como los demás asistentes se quedó embobado al ver acercarse a la mujer que en breve se convertiría en su esposa. En ese momento se sintió un hombre afortunado y agradeció al cielo su suerte. Este día marcaba un nuevo comienzo que quería aprovechar, si es que el destino se lo consentía.

Una vez en el altar ambos se miraron a los ojos y solo pudieron perderse en la profundidad de ellos. Jane parecía serena y feliz mientras que él se sentía nervioso y sudoroso, aun estando en pleno invierno. No se arrepentía de estar allí y de convertirla en su mujer. Tampoco temía que fuese una mala condesa, pues más bien creía todo lo contrario. Pero le preocupaba que con el paso del tiempo ella se cansara de esperar un amor que no llegaba.

Deseo poder abrazarla sin que la visión de otra mujer acudiera a su mente, sin sentirse culpable por no amarla como se merecía, y sobre todo, por estar utilizándola para conseguir la herencia que necesitaba. Un dinero con el que había comprado su libertad para con los deudores, su seguridad de futuro y una bonita esposa que lo adoraba. Una fortuna que le había costado su alma, su orgullo, y el único amor que había conocido en su vida.

Sin embargo, verla a su lado frente al altar, pronunciando sus votos de amor y obediencia con absoluta convicción, le hicieron desear que todo fuera real y que su corazón comenzara a amarla como ella se merecía. Así se propuso demostrárselo con su beso, cuando el pastor dijo:

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Y él, sin querer perder un segundo más, posó sus labios sobre los de ella y le volcó su anhelo de ser felices, de llegar a amarla y de ser su presente. No sabía muy bien por qué, pero ese beso hizo que algo dentro de él cambiara y pudo devolverle la sonrisa a su esposa con absoluta sinceridad.

Jane, tras el sí quiero y el posterior beso, se sintió eufórica. Deseaba poder compartir su dicha con todos los presentes y por ello no le importó abrazar y complacer a todos los asistentes, aunque más le hubiera gustado no separarse de su marido.

Su padre fue el primero en robarla del lado de su esposo y la abrazó con tanta fuerza que creyó que nunca iba a soltarla. La señorita Spencer fue la siguiente y ambas compartieron unas lágrimas de felicidad junto con una sonrisa.

Pero hubo una invitada que no se acercó pues se mantuvo entre las sombras en todo momento. Era una mujer joven y elegante que le resultaba familiar pero no sabía muy bien de quien podía tratarse. Lo que más le llamó la atención de ella es que no perdía de vista a Braxton, y eso la estaba molestando.

No quería empezar su matrimonio mostrándose celosa, pero tampoco podía

aceptar que esa mujer se estuviera comiendo con los ojos a su marido, por muy impresionante que este estuviera ese día.

En cuanto pudo escaparse de las felicitaciones se acercó sigilosa a ella, pero no consiguió pillarla por sorpresa y esta intentó escaparse por la parte trasera de la iglesia.

—Espere, ¿quién es usted? —le preguntó levantando la voz para que la escuchara.

La mujer no se dio por aludida y prosiguió con su intento de huida sin darse a conocer.

Jane empezó a seguirla movida por la curiosidad de saber de quien se trataba. Sabía que no era una invitada de la familia y dudaba que fuera la acompañante de algún asistente a la ceremonia, pues en ese caso no estaría huyendo y se hubiera acercado para felicitarla. Tampoco creía que fuera una aldeana o criada, ya que eso tampoco le daba motivos para huir, por lo que cada vez se sentía más intrigada por saber quién podía ser esa mujer que se cubría el rostro con una capa oscura para ocultar su identidad.

—¡Espere le he dicho! —soltó enérgica pues ya empezaba a no gustarle esta situación.

Pero no fue hasta que entraron en un cuarto trasero y la puerta de salida del fondo no se abrió, cuando la desconocida dejó de huir y se volvió para quedarse frente a ella. Con cuidado, como tratando de alargar el instante a la espera de un milagro, la intrusa comenzó a retirarse la capa dejando así al descubierto su rostro.

—Yo la conozco, ¿verdad? —le preguntó Jane pero no obtuvo respuesta.

La mujer que tenía ante ella era de extraordinaria belleza. Tenía en cabello negro azabache y vestía con extremo refinamiento, por lo que tenía que ser noble. Su cara y su expresión le resultaban familiares pero no lograba acordarse donde la había visto antes.

—Perdóneme por fisgonear en su boda. Pasaba por la aldea cuando he visto la comitiva y no he podido resistirme. Solo puedo decirle como excusa que soy una romántica empedernida y que me encantan las bodas.

Jane no sabía muy bien el motivo, pero había algo en su cara y en sus ojos que le decían que estaba mintiendo. No cuadraba nada de lo que decía, pues aunque fura una simple curiosa no tenía por qué salir corriendo. Hasta que de pronto cayó en la cuenta de algo.

—¿No va a felicitar me por mi enlace? —Preguntó Jane haciéndose la ingenua —. Al fin y al cabo no todos los días una mujer consigue un esposo tan imponente.

El rostro de la desconocida se tensó y toda muestra de simpatía desapareció de él. Parecía por su expresión que Jane la acababa de insultar cuando este no había sido el caso. Lo que confirmó la identidad de la mujer que se había colado en su boda.

—Tiene razón, no todos los días una muchachita consigue atrapar a un hombre como él —su tono de voz fue tan despectivo que enfadó a Jane.

—Usted debe de ser Charlotte —afirmó ya sin dudas Jane.

—¡Así es! Veo que Braxton le ha hablado de mi —soltó orgullosa mientras alzaba la barbilla.

—No he tenido ese placer. La conozco simplemente por las habladurías —manifestó Jane quitándole importancia al asunto, consiguiendo con ello que el rostro de Charlotte enrojeciera de rabia—. ¿A qué ha venido? —quiso saber Jane aparentando una tranquilidad que en realidad no sentía.

—Desde luego no he venido a felicitarla —contestó altanera mientras la miraba de arriba abajo.

—En ese caso será mejor que se marche. Aquí ya no tiene nada que hacer —dispuesta a acabar con ese encuentro tan poco apropiado, Jane se giró para alejarse de esa mujer tan mal educada que estaba consiguiendo enfadarla.

No quería mostrarse débil delante de ella, pero tampoco podía mantenerse entera por mucho más tiempo.

—No creo que logre ser feliz con Braxton —aseguró Charlotte consiguiendo que Jane se detuviera en el acto—. El nunca conseguirá olvidarme.

Jane estaba de espaldas a Charlotte por lo que no pudo ver su rostro cuando dijo estas palabras, pero estaba segura de que había disfrutado con cada letra

que había pronunciado. Lo peor de todo es que esa duda había conseguido llegar a su corazón y no estaba segura de poder olvidarla.

Aun sin volverse, Jane trató de serenarse para no dar un espectáculo estropeando así el día de su boda. Algo que sin duda andaba buscando Charlotte, como venganza al haber sido desplazada por Jane en los sentimientos de Braxton. Respiró con profundidad para tratar de calmarse y no dar a esa mujer lo que andaba buscando. Decidida a defender lo que era suyo ante Dios y los hombres, se giró despacio, y mirándola a los ojos le dijo con la dignidad de una reina.

—Lo que mi marido y yo hagamos no es de su incumbencia.

Charlotte se la quedó mirando incrédula, pues no esperaba de una jovencita tuviera el temple de controlar sus nervios y responder con tanta sobriedad. Algo que la enfureció hasta el límite y deseo con todas sus fuerzas ser una vulgar burguesa, y no la hija de una distinguida condesa, para poder arrancarle los ojos.

Aun así, no estaba dispuesta a ser menos que esa damita y se dispuso a atacarla con el arma que más daño le causaría. No solo esa día, sino durante el resto de su vida.

—Cuando cada noche sea mi rostro el que él vea al hacerte el amor, si será de mí incumbencia —sintiéndose vencedora al ver las lágrimas asomando en los ojos de Jane, siguió provocándola para que su daño fuera más permanente—. No lo olvides, porque él jamás lo olvidara.

—¡Basta! —gritó Jane mientras se giraba para que Charlotte no viera el dolor en su rostro, así como las lágrimas que empezaban a caer por él.

No podía soportar el tormento que estaba sintiendo en ese instante pues se daba cuenta de que las palabras de esa mujer podían ser ciertas. Ella sabía que Braxton había amado a Charlotte antes de comprometerse con ella, pero ingenua, creyó que con el tiempo conseguiría hacer que la olvidara y se enamorara de ella pero, ¿podría conseguirlo?

Se dio cuenta que la mujer había conseguido enfurecerla y hacerla dudar de si misma y se sintió estúpida por ponérselo tan fácil. Se volvió para mirarla y vio que en su rostro asomaba una sonrisa triunfal al saber que la había dañado. Decidida más que nunca a ser suerte y no dudar, se recordó que era ella la que

se había casado con Braxton y que Charlotte estaba resentida por haberlo perdido.

—¡Como se atreve a venir a mi boda a insultarme! —Le dijo mostrando la misma altivez que antes había mostrado Charlotte, haciendo que esta se sorprendiera pues no se lo esperaba— ¿Acaso no tiene usted honor?

—¿Honor? —le contestó molesta pues quería verla hundida—. ¿Cree que por tener dinero puede comprarlo todo? ¿Qué conseguirá ser feliz con un hombre que ama a otra? —indignada se acercó a Jane hasta estar a pocos centímetros de ella y pronunció cada palabra despacio mostrando su asco— Sepa usted, señorita Grayson, que ese hombre con el que se ha casado estaba destinado a ser mi esposo y solo la avaricia lo separó de mí. —mirándola de arriba abajo como si fuera un insecto acabó diciéndole— ¡Nunca conseguirá ser feliz con él!

—¡Ya basta Charlotte! —Gritó Braxton a espaldas de Jane, sobresaltándolas a ambas— Este no es el momento ni el lugar para una de tus rabietas.

Jane se giró a alguien tras ella, y pudo ver a Braxton en el umbral de la puerta mirando a Charlotte con una expresión tan gélida, que incluso llegó a tener por esa mujer.

—Pero Braxton yo... —trató de excusarse Charlotte mientras se alejaba unos pasos de Jane.

—Y a partir de ahora trataras a mi esposa con la referencia que se merece — le indicó acercándose a Jane hasta colocándose a su lado—. Será mejor que recuerdes que a partir de ahora es lady Brandbury y no señorita Grayson.

Jane no pudo hacer otra cosas más que suspirar por tenerlo cerca y estar defendiéndola. Jamás había sentido un alivio tan grande al verlo y agradeció que la hubiera defendido a ella en vez de ponerse de parte de la otra mujer. Algo que sin duda habría acabado con su cordura, su corazón, y autoestima.

Por otro lado, si no fuera por lo alterada que se encontraba, se habría echado a reír al ver la expresión perpleja de Charlotte cuando Braxton la había reprendido. Sin duda ella habría creído que él la defendería y no se esperaba esa reacción del que había sido su prometido secreto hasta hacía solo unos meses.

Pero el comentario de lord Brandbury también le indicó a Jane otra cosa. Y era que este había estado escuchando parte de la conversación que habían mantenido entre ambas. Lo que no sabía era cuanto había escuchado y que pensaba al respecto.

—Jane, cariño, tu familia te está esperando —le susurró con dulzura mientras le comunicaba con los ojos que le dejara unos minutos a solas con Charlotte.

Ella se los quedó mirando dudando si obedecer a su marido como había prometido en el altar, dejándole de esta manera a solas con la mujer que amaba, o sí permanecer quieta en su sitio al no fiarse de las intenciones de ambos. Pero una idea se le paso por la cabeza que la hizo decidirse. Si en ese momento ella dudaba de Braxton y no les permitía estar solos, entonces Charlotte sabría que había ganado, pues le demostraría que la duda que ella había pretendido sembrar en su corazón ya estaba empezando a dar sus frutos.

Además, para ser justos, ella sabía que Braxton tenía que hablar con esa mujer para poder aclarar sus ideas y dejar atrás el pasado. Si no lo hacía así, la sombra de ese amor siempre les perseguiría y no les permitiría seguir hacia adelante.

Tratando de parecer calmada Jane asintió y se marchó del cuarto con paso firme. Aunque lo que más deseaba en el mundo era quedarse y escuchar lo que se decían.

Nada más abandonar la habitación, Charlotte se le acercó mostrando unas falsas lágrimas en sus ojos.

—Braxton necesitaba verte.

—¿Por eso irrumpes en mi boda? ¿Para verme? —Le preguntó incrédulo pues conocía algunas de las artimañas de Charlotte—. Tuviste la oportunidad de unirte a mí y la rechazaste —no pudo evitar reprocharle pues era una espina que llevaba clavada desde aquella noche en los jardines de lady Ashwood.

—Estaba asustada, no sabía que iba a ser de nosotros sin la herencia pero ahora... —trató ella de justificarse mientras se mostraba arrepentida.

—¿Qué ha cambiado ahora? Tú no has venido aquí porque te lamentes de tu decisión. ¿O acaso crees que no sé qué estás buscando un marido rico? ¡Si eres la comidilla de todo el mundo!

Le soltó Braxton con desprecio, haciéndola saber que estaba al corriente de sus coqueteos con otros caballeros que poseían una fortuna apropiada. Y no como había sido su caso, pues él había sido considerado inadecuado para las necesidades de esa dama, a la que le había entregado su amor durante dos largos años engañado como un tonto.

Charlotte enrojeció antes este comentario, no porque se sintiera avergonzada de ser el centro de las murmuraciones de todo Londres, sino por sentirse insultada ante las palabras del hombre que debía adorar por donde pisaba.

—¿Cómo te atreves? —Manifestó orgullosa olvidándose de sus lágrimas y del recato—. Jamás pensé que tratarías a una dama con tan poco respeto. Y más cuando estoy aquí por nosotros.

—¿Por nosotros? —soltó enfadado pues sabía que era mentira y no estaba dispuesto a callarse—. Has venido aquí a herir a mi esposa y eso no pienso consentírtelo.

En ese momento no tenía ante él a la mujer que amaba con todo su corazón y que no creía poder olvidar, sino a un ser orgulloso y egocéntrico que se negaba a perder su juguete favorito a manos de otra y no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Se preguntó cómo era posible que el amor fuera tan ciego y que pudiera seguir amando a una mujer tan mundana, falsa y traicionera.

—¿Tu esposa? ¿Esa mojigata? —le respondió con una sonrisa socarrona.

—Emi esposa es mil veces más mujer que tú —repuso dedicándole una dura mirada pues no estaba dispuesto a aguantar insultos sobre su esposa cuando Jane no se los merecía.

Al percatarse Charlotte de que no estaba funcionando su plan y de que cada vez lo estaba enojando más, cambio su actitud, y se mostró dolida por su falta de sentimientos hacía ella. Algo que siempre conseguía aplacar.

—¿Cómo puedes decirme algo así? ¿No ves que me haces daño? ¿Qué aun te quiero?

Escuchar cómo Charlotte le decía que lo amaba lo calmó, pues no soportaba dañarla aunque fuera una mujer que no se merecía esta cortesía. Aun así, oír su confesión le revolvió las tripas, pues sabía que él también la amaba aunque ya nunca tendrían la posibilidad de estar juntos.

—Ya es tarde para ese amor. Tú lo dejaste morir cuando preferiste el dinero a mí —le señaló sombrío, pues aún no había conseguido borrar ese dolor de su alma.

—Tú tampoco luchaste por nosotros. Esa misma noche te buscaste una mujer con dinero para sustituirme. Pero sabes muy bien que ninguna otra podrá ocupar mi lugar —le recriminó ella para hacerle sentir más culpable de lo que ya se sentía.

—¡Márchate Charlotte! Y no vuelvas a aparecer en mi vida —le indicó al no sentirse capaz de seguir con esta conversación que tanto le estaba perturbando.

Charlotte no se movió manteniéndose altiva a su lado mientras le miraba con una mezcla de dulzura y presunción.

—Nunca me olvidarás. No conseguirás amarla. Sabes que es cierto lo que digo —sentenció con la esperanza de que estas palabras lo acompañaran durante años cada vez que estuviera con su esposa.

—¡Márchate! —gritó ya sin paciencia. No quería seguir escuchándola y pensando si sus palabras serían ciertas.

Sin poder soportar por más tiempo permanecer cerca de ella, le dio la espalda y se alejó a paso enérgico hasta la salida, queriendo de esta forma dejar atrás el pasado. Una vez en el umbral, y volviéndose para verla por última vez, le dijo para aclarar una culpa que no era suya.

— Y recuerda una cosa. Fue tu avaricia la que nos separó, no la mía.

Y así, la dejó sola en esa habitación, esperando que su corazón no se quedara con ella. Si debía de ser justo con sus sentimientos, en ese momento se sentía dolido y desdichado, pues le era imposible tener lo que más deseaba sin dañar a quien ahora era su esposa.

El día había amanecido bañado de esperanza pero todo rastro de ella quedó atrás en cuanto vio a Charlotte. No debería seguir sintiendo amor por una mujer que lo había desdeñado, pero no podía evitarlo y esa pena lo estaba consumiendo, aunque deseaba que con el tiempo su recuerdo callera en el olvido.

Caminó decidido en busca de su esposa y la divisó en medio de la capilla rodeada de sus seres queridos. Se dio cuenta de que su semblante no mostraba

la turbación que había sentido minutos atrás, demostrando con ello ser una mujer con un interior cargado de cualidades. Algo que le hizo sentir orgullo por esa muchacha que le estaba demostrando lo que era tener coraje.

Durante unos segundos la contempló preguntándose si esa dulce muchachita de intensos ojos azules y corazón de guerrero conseguiría conquistar su amor. No fue hasta que ella se volvió quedando frente a él, cuando comprobó que su mirada enamorada aún seguía en sus ojos y un atisbo de esperanza volvió a surgir en su interior. Fue en ese preciso instante cuando comprendió, que solo ella podría conseguir hacerle olvidar el pasado.

Jane sabía que su esposo estaba atravesando un mal momento, pues acababa de dejar atrás su pasado esperando que nunca más volviera a alcanzarlo. Por ello le extendió la mano para que la tomara como gesto de reconciliación, y como señal de un pacto silencioso y privado, en donde como esposa y amiga ella le pedía que empezaran de cero.

Sin pensarlo dos veces Braxton se acercó a ella, y decidido a ofrecerle un corazón que ahora se sentía dañado, le cogió la mano y se la besó.

—¡Gracias! —fueron sus sinceras palabras, dichas en medio de un susurro para que solo ella pudiera escucharlas.

Jane le compensó con una sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro mientras él le rodeaba la cintura con su brazo en un gesto posesivo.

Si algún de los presentes se percató del encuentro anterior con la mujer misteriosa, nadie dijo nada, como tampoco nadie mencionó el hecho de que Braxton no quisiera separarse de su esposa desde que este regresó a su lado.

Aprovechando el revuelo de los invitados, al estar estos repartiéndose por los trineos para ser llevados a la residencia de los Grayson, donde se llevaría a cabo el banquete nupcial, la nueva condesa de Brandbury se giró para mirar a su esposo y llamar su atención.

Solo Braxton se percató de su mirada y ambos se retrasaron unos pasos para guardar más intimidad. Jane sin saber muy bien cómo decir lo que sentía solo pudo murmurar una palabra.

—Braxton.

Su tomo melancólico, el brillo de las lágrimas en sus ojos, y la dulzura de su

mirada le indicaron a Braxton todo lo que ella quería decirle, pero no sabía cómo hacerlo. Solo con mirarla él supo que ella le estaba pidiendo ser su esposa y no solo una amiga. También pudo ver en su mirada la pregunta de si su matrimonio sería solo un arreglo o si la dejaría entrar en su corazón. Quería saber si tenían una oportunidad de ser felices y si junto a ella lograría olvidar a la otra mujer.

Braxton no supo que responderle pues él también desconocía la respuesta a estas preguntas. Quería decirle que estaba dispuesto a hacer todo lo posible por hacerla feliz, por convertir su matrimonio en algo real, y por ser un esposo del que se sintiera orgullosa y enamorada.

Pero al igual que ella no supo cómo decírselo y solo pudo contemplarla. Luego, con infinita delicadeza acarició su mejilla con su dedo índice, le sonrió con ternura, y le contestó con una palabra salida directamente de su corazón.

—Jane.

Y de esta forma tan sincera, tan real y tan tierna, las palabras de una mujer despechada fueron relegadas a un rincón oscuro, dando paso a un nuevo comienzo. Pero sobre todo, marcaban el comienzo de la nueva condesa de Brandbury Hall.

Nota de la autora

Llevar a cabo este libro fue una tarea difícil desde el principio, pues desde que solo fue una idea en mi cabeza tenía bien claro que quería dedicárselo a mi madre.

Es por ello que quise hacer una novela especial, no solo para mí, sino también para todo aquel que la leyera, dándome cuenta de que era la oportunidad perfecta para homenajear a una de mis escritoras favoritas: La magnífica Jane Austin.

Desde el primer capítulo hasta el final de la novela, está inspirada en la obra de esta maravillosa escritora que tantas veces he leído y visto sus películas. Como muestra de ello, os daréis cuenta de los continuos guiños que le hago; cómo usar los nombres de Jane, Emma o Elizabeth.

También veréis que el primer capítulo empieza simulando el libro de Sentido y sensibilidad y el último capítulo estará inspirado en la película de Orgullo y prejuicio. Por cierto, aparece una de las escenas que más me gustan de todas las versionadas.

Si queréis podéis hacer una segunda lectura y tratar de averiguar de dónde saqué la inspiración para cada capítulo o personaje. Si os interesa el reto estaré encantada de saber vuestras conclusiones.

Para contactar conmigo solo tenéis que mandarme un correo a proyecto romance@gmail.com donde intentaré contestaros lo antes posible.

Desde aquí quiero también agradecer a todas las personas que me han ayudado a llevar a cabo este libro; ya sean familia, amigas, lectoras cero, correctoras, diseñadora gráfica, al proyecto romance y a todas las que me animaron a seguir adelante para hacer realidad mi sueño.

Gracias también a ti por tomarte la molestia de leer la aventura de amor entre Jane y Braxton y te invito a continuar con la lectura de la segunda parte; La nueva condesa de Brandbury Hall, donde descubrirás el desenlace de la

historia.

PRÓXIMAMENTE

APRENDIENDO
a Amar

*La nueva condesa de
Brandbury Hall*

2º Parte

Capítulo 1

Brandbury Hall,

Enero de 1874

Es difícil expresar con palabras lo que un corazón enamorado puede llegar a sentir. Ser la esposa de alguien al que amas, tenerlo cerca de ti, poder hablarle en confianza, reír junto a él de trivialidades, o simplemente estar sentada a su lado, era algo impensable para Jane hasta hace apenas unos días, y ahora, sin embargo, se trataba de algo de lo más común y satisfactorio.

Llevaban casados casi tres días, de los cuales los dos últimos los habían pasado viajando hacia el que iba a ser su hogar, y desde el principio fue innegable la felicidad que acompañaba a Jane, aunque en ocasiones su semblante se volvía nostálgico. Empezó a ser evidente que conforme se acercaban a Brandbury Hall más nerviosa empezaba a mostrarse y más insegura se la veía, por lo que la charla se fue acallando y solo los ojos mostraban lo que estaba pensando.

En el carruaje, sentado frente a Jane, se encontraba Braxton que alternaba su mirada entre su mujer y las tierras, pues no quería perderse ningún detalle de la expresión de su cara. En todo ese tiempo había aprendido algunas cosas más sobre su esposa que le agradaron. Como que era paciente con todo el mundo, no se quejaba de las incomodidades del viaje, y descubrió algo que le agrado sobremanera, y es que a su lado no se sentía incómodo.

Habían estado charlando animadamente por el camino y ella pareció encantada de escucharle hablar sobre la que iba a ser su nueva residencia. Su aire risueño y soñador no la había abandonado en ningún momento, ni siguiera cuando se habían pasado el día entero metidos en un carruaje mientras atravesaban la campiña inglesa. Todo ello bajo un cielo que amenazaba más frío y un campo cubierto por la nieve.

Pero mientras Braxton estaba feliz por las buenas expectativas que se le

presentaba, Jane se encontraba dividida por dos sentimientos enfrentados. Por un lado estaba la añoranza de su familia y de su tierra natal Greenville Hills, la cual se hallaba muy lejos, y por otro la alegría de estar viviendo el sueño de ser la esposa del hombre al que ama. No es que la nostalgia la volviera triste, sino que le costaba hacerse a la idea de no tener el apoyo de Emma y la fortaleza que le otorgaba su padre.

Sabía que no debería sentirse sola o asustada pues Braxton se había mostrado complaciente con todos sus deseos y, aunque aún no habían intimado todavía, estaba convencida de que él estaba gustoso de haberla hecho su esposa. Pero le esperaba algo tan nuevo, que no estaba segura de estar preparada y a cada paso que se acercaban más dudas se le acumulaban.

Sobre todo cuando las nubes se despejaron y en la lejanía se pudo divisar las primeras formas de algo que jamás se hubiera esperado. Pues surgiendo desde la tierra hacia el cielo, se hallaba la cuna de uno de los linajes más destacados de Inglaterra. Condes que ganaron la simpatía de sus reyes, guerreros que defendieron sus tierras con su sangre y que formaron una estirpe de hombres de gloria. Y ahora, entre sus muros, entraría a formar parte de esta historia Jane. Una pequeña mujer que temblaba al contemplar el esplendor del último bastión de legendarios caballeros.

Siempre quedara en el recuerdo de Jane la primera vez que vio Brandbury Hall. Desde su carruaje, estando aun a una distancia considerable, pudo divisar los grandes rosetones que se alzaban majestuosos como queriendo tocar las nubes. Una mansión que imponía a cuantos la veían por su tamaño y evidente antigüedad, pero sobre todo, por ser una muestra en piedra clara de la grandeza del linaje de los Brandbury.

Su visión era tan esplendida, aun cuando la tarde estaba ya avanzada, que en ese momento se sintió incapaz de ocupar el puesto que como nueva condesa de Brandbury se pretendía que asumiera. Ante ella tenía un edificio con siglos de historia, mientras que Jane solo era una mujer de apenas dieciocho años que en contadas ocasiones había salido del refugio de su hogar. Una muchacha impulsiva y con ideas propias, que contrastaba con el tradicionalismo que envolvía la propiedad.

Y ahora, sin embargo, tendría que asumir el control de la mansión y de todos sus ocupantes. Un peso sentía cada vez más pesado en sus hombros y no podía

ignorar, pues ella sabía que su forma de hacer y decir las cosas podía meterla en serias dificultades. Sin olvidar que tendría que ganarse el respeto de todos los sirvientes, arrendatarios, vecinos, y habitantes que estuvieran a su cargo.

Tal era su temor en ese instante que se sintió incapaz de llevar la mansión, de comportarse como se esperaba de una condesa, y de ser capaz de llevar su matrimonio adelante. La duda se apoderó de ella y empezó a sentir como su boca se secaba y las manos le sudaban. Incluso hubiera jurado que la casa le pareció más oscura, más grande, y que la miraba de forma siniestra.

Braxton debió notar su turbación conforme las formas de la mansión se iban acentuando, pues le sonrió y cogiendo sus manos para calmarla le dijo:

—Tranquila pequeña. La primera vez siempre impone, pero enseguida te acostumbraras a ella y verás que solo es una casa.

Jane sintió como el toque de la mano de Braxton la tranquilizaba y no pudo resistirse a mirarle. Fue entonces, al contemplar el brillo de sus ojos y su media sonrisa perturbadora, cuando sintió el inmenso amor que le procesaba, dándose cuenta de que por él sería capaz de hacer cualquier cosa. Incluso de ser la condesa que se esperaba de ella.

Había deseado con todo su corazón formar un hogar a su lado y ser la mujer que él necesitaba. Sabía que tenía un largo camino por delante y que este no iba a ser sencillo. Pero recordó que Braxton no era como los demás nobles y mucho menos como su padre. No le exigiría la severidad con que se solían llevar las propiedades y estaba segura que ella dispondría de más flexibilidad en sus asuntos. Se recriminó por su cobardía nada más ver aparecer la mansión y con ello las responsabilidades, y trató de ver el lado positivo de traer sangre joven y moderna a esta tierra.

Poco a poco se fue notando más serena tras su reflexión y también gracias a las palabras de ánimo de Braxton. Sintiendo una profunda gratitud por el apoyo de su esposo le sonrió como respuesta, y se propuso ser ella misma y asumir su nuevo papel de condesa con voluntad, coraje y cariño. Decidida, miró con aire renovado por la ventanilla y contempló como el carruaje recorría los últimos metros. La mansión se encontraba cada vez más cerca y había perdido parte de su arrogancia, aunque aún daba la sensación de que los estaba esperando para darles su veredicto.

Se había construido sobre una pequeña elevación para acentuar la sensación de majestuosidad y estaba rodeada de inmensos jardines. Aunque al encontrarse en pleno mes de enero estos estaban cubiertos por la nieve y no se podían apreciar cómo se merecían. Aunque Jane ya empezó a hacer planes para visitarlos, pues amaba la jardinería y no pensaba dejar pasar la oportunidad de volver a sentir sus manos manchadas de tierra fértil.

Pero hubo algo que llamó especialmente la atención de Jane. Se trataba de un lago que cruzaba la propiedad por un lateral y se alejaba serpenteante por el prado. Pescar con sus hermanos o patinar en invierno sobre el lago era algo que solía hacer con frecuencia, y se ilusionó al comprobar que podría seguir haciendo estas actividades que tanto le agradaban.

Pero eso no fue todo. También pudo ver un bosque de abedules que se extendía a lo lejos, grandes colinas donde se podría cabalgar con total libertad, un mirador, un inmenso invernadero, y centenares de detalles que ahora podía ver con sus propios ojos y que durante el viaje Braxton le había contado. Se dio cuenta que ante tanta belleza y esplendor no sería ningún sacrificio convertir esa mansión en su hogar, sino que más bien se trataría de toda una aventura.

Ahora que se sentía más tranquila después de esa primera impresión, y de esa sensación de agobio, Jane se propuso hacer todo lo posible por ser una señora justa, una esposa amorosa, y una mujer dispuesta a enfrentarse ante cualquier dificultad. Al fin y al cabo ella era inteligente y sabría cómo lidiar con años de protocolo y servilismo.

A los pies de la escalinata principal vio como los sirvientes empezaban a organizarse en filas, a la espera de dar la bienvenida a sus nuevos señores. Pero sobre todo deseaban ver a la nueva condesa, pues Braxton se había criado en esa propiedad, y aunque había estado unos años alejado debido a la enemistad que surgió con su padre, había visitado la mansión meses antes de la boda para empezar con las mejoras.

—¿Estas preparada? —quiso saber Braxton cuando el carruaje empezó a disminuir de velocidad.

Jane le miró con una amplia sonrisa ya que el temor había sido sustituido por la impaciencia, y pudo comprobar como Braxton empezaba a respirar aliviado. Debió haber temido que Jane perdiera los nervios y quedara en

ridículo delante del servicio, o algo peor. No podía reprochárselo, pues la conocía lo suficiente como para saber que su impulsividad y su juventud en ocasiones le jugaban una mala pasada, y acababa metiéndose en los líos más asombrosos.

—Jane —la llamó para que le prestara atención—, solo tienes que ser tú misma. Estoy seguro que les encantarás en cuanto te conozcan.

—Gracias Braxton. La verdad es que estoy un poco nerviosa —le confesó con un nudo en la boca del estómago debido a tantos cambios seguidos. El mayor de ellos el poder llamarlo por su nombre de pila, algo que le encantaba, sobre todo al escucharle a él decir su nombre.

—Es comprensible, pero en cuanto puedas descansar un rato se te pasarán enseguida.

Nada más acabar estas palabras el carruaje paró frente a las escalinatas y a Jane solo le quedó revisar su vestuario para asegurarse de que todo estuviera en orden. No quería aparentar ser la hija de un rico baronet de provincia que apenas había salido de su condado, sino más bien una mujer refinada con un gusto exquisito y vestida a la última moda. Aunque su ropa estuviera arrugada por el viaje y su bonete estuviera algo más inclinado de lo que debería.

Braxton fue el primero en bajar ofreciéndole después su mano para ayudarla a salir del carruaje. Decidida a empezar su nueva vida con buen pie la agarró con fuerza, notando el ya conocido estremecimiento que sentía cada vez que lo tocaba. Con toda la elegancia que le fue posible descendió con cuidado hasta pisar el suelo del que sería su nuevo hogar.

Al principio Jane sintió un hormigueo que le subió por las piernas debido a las largas horas de viaje. Por suerte Braxton debió sentir lo mismo, pues no le soltó la mano y ambos se quedaron unos segundos esperando hasta que la sangre volviera a circular correctamente. Algo que ella le agradeció, pues no hubiera sido muy correcto por parte de la nueva condesa, que en su presentación a los sirvientes, esta hubiera acabado rodando por el suelo.

Recuperada y resuelta alzó la vista, y pudo contemplar la impresionante mansión de grandes ventanales y cuatro pisos de altura que se alzaba altiva sobre ella. Sin dejarse impresionar por tanta belleza se aferró al brazo de Braxton decidida a hacerse un lugar en esa familia. Con su mejor sonrisa, y

tratando de aparentar una tranquilidad que en realidad no sentía, caminó orgullosa de ser la nueva propietaria de Brandbury Hall.

En lo alto de la escalinata se encontraban más de una treintena de empleados. Todos tiritando a causa del frío y expectantes con sus narices rojas y sus ojos curiosos. Ninguno tuvo el descaro de mirarles directamente a la cara, pero todos ellos aprovecharon cualquier excusa que se les presentaba para echarles una mirada y quedarse con su opinión.

La única cara conocida que Jane pudo ver fue la de su doncella personal Betsy, y estuvo a punto de echarme a sus brazos emocionada por poder contar con ella.

—Bienvenida milady —dijo esta mientras hacía una reverencia mostrando su respeto. Hasta que le quinió un ojo y toda formalidad quedó en nada.

Por suerte nadie más que la destinataria del guiño lo vio, y le sonrió como recompensa por su gesto cariñoso.

—Muchas gracias Betsy. Me alegro de tenerte con nosotros.

Jane contempló a los sirvientes mientras Braxton hablaba con quién debía ser el ama de llaves, aprovechando estos segundos para observar a los hombres y mujeres que estaban a su servicio.

Todos ellos mostraban un semblante alegre aunque reservado. Se notaba su alegría al tener una nueva ama, esperando que la nueva lady fuera una mujer justa. La mayoría de los sirvientes eran muy jóvenes, algunos incluso más mancebos que ella, por lo que seguramente serían las doncellas y las ayudantes de cocina, o en el caso de los hombres, los ayudantes del jardinero y del palafrenero.

Todos ellos se encontraban en la fila del fondo y trataban de no mostrar su nerviosismo y su curiosidad. En los primeros puestos se encontraban los de más edad y por consiguiente los de mayor rango. Entre ellos el ama de llaves que sería desde ese instante su mano derecha.

—Jane, permítame que te presente al ama de llaves, la señora Lewis —le presentó Braxton notándose en su voz cierto tono de cariño—. Estoy convencido de que ambas conseguiréis que Brandbury Hall vuelva a convertirse en un hogar.

—Estoy segura de ello —le respondió Jane mientras asentía con la cabeza ante la genuflexión de la mujer.

—Puede contar conmigo para lo que desee milady.

Al escuchar las palabras de la señora Lewis Jane sintió una opresión en el pecho. Llevaba tan poco tiempo casada que aún se sorprendía cuando se referían a ella como condesa o milady, y más cuando la llamaba así alguien a la que apenas conocía. Aunque estaba segura de que pronto se acostumbraría pues adoraba ser la esposa de Braxton.

—Y ahora Jane permíteme que te presente a Starling.

Las palabras fueron dichas en un tomo de voz tan elevado que por un momento Jane se quedó perpleja preguntándose qué le había pasado a su esposo para ponerse a gritar a pleno pulmón.

Hasta que Jane miró al anciano que estaba colocado al lado derecho de la señora Lewis y entendió en el acto que ese hombre, debido a su avanzada edad, debía de estar medio sordo.

—Él es el primer mayordomo de la mansión. Lleva con nosotros desde los tiempos de mi abuelo y es un excelente empleado.

El aludido intentó mantenerse lo más erguido posible mientras escuchaba los halagos de su señor, aunque sus piernas y su espalda se están empezando a resentir.

—Mucho gusto señor Starling —le saludo Jane alzando la voz.

Pero cuando vio que el aludido no se había enterado, carraspeo para aclararse la garganta, y tomando aire, gritó como una posesa su saludo. Solo entonces el anciano sirviente se enteró de las amables palabras de su señora e intentó hacer una elegante reverencia.

Desgraciadamente sus piernas y su equilibrio ya no eran las de antes y si no hubiera sido por la señora Lewis y otro sirviente que disimuladamente lo sostuvieron, cada uno de un brazo, el pobre Starling habría acabado en el suelo.

Un dato que le llamó la atención a Jane fue que no hubo ninguna risita o comentario por parte de los otros empleados. Si no que todos, incluso los más

jóvenes, permanecieron en sus puestos sin inmutarse, como si lo que acababa de suceder fuera lo más normal del mundo. Algo que impresionó a Jane, ya que eso demostraba el respeto que todos sentían por el anciano mayordomo. Estaba segura de que el señor Starling solo ocupaba un puesto de respeto por los años de servicio, pero que en realidad no ejercía de sirviente.

—Ya te lo explicaré cuando estemos en privado —le indicó Braxton cuando se percató de lo que podía estar pensando su esposa.

—Y ahora permíteme que te presente al señor Peers. El segundo mayordomo.

Esta presentación confirmó las sospechas de Jane, pues era la primera vez que tenía conocimiento de que en una misma mansión trabajaran dos mayordomos.

—Señor Peers —le saludó Jane como lo había hecho con la señora Lewis y obteniendo el mismo gesto de respeto por parte de él.

—Permítame darle la bienvenida a Brandbury Hall de parte de todo el servicio, y comunicarle el placer que supone para nosotros el servir a la nueva condesa — manifestó el señor Peers con total formalidad, mirando al frente completamente rígido y sin mirarla a los ojos, pues esto último se consideraría como una falta de respeto.

Jane se quedó sin saber que decir ante tal muestra de respeto y rectitud, ya que era la primera vez en su corta vida que la trataban con tanta cortesía y distinción. Por suerte la señorita Spencer la había educado con el refinamiento apropiado para una dama y supo cómo responder correctamente.

Mirándoles a él primero, y después a los demás sirvientes con la cabeza bien alta y una sonrisa en los labios, les dijo:

—Le agradezco sus palabras señor Peers y estoy segura de que hallaré su servicio de mi agrado. Como seguramente sucederá con todos los que trabajan bajo el techo de Brandbury Hall.

Braxton la miró con orgullo y le sonrió pues notaba como se estaba esforzando por ser la perfecta señora que todos esperaban.

—Y ahora Jane, si te parece bien, será mejor que dejemos el resto de las presentaciones para cuando todos nos hayamos calentado. Aquí afuera hace demasiado frío y ya hay demasiadas narices rojas.

Todos los empleados rieron por lo bajo la broma de su señor, agradecidos de que también pensara en su bienestar. Todos excepto Stirling, que no se enteró de nada y simplemente se quedó tieso y con la mirada fija al frente.

—Estoy de acuerdo —comentó Jane, y llevándose su mano enguantada a su nariz acabó diciendo—: De hecho la mía debe ser la más colorada de todas.

Las risitas se volvieron a escuchar y Jane pudo notar como algo cambió en el ambiente. Como si este se hubiera relajado de golpe o como si una tensión invisible se hubiera evaporado. Se alegró de haber conseguido con tanta rapidez ser del agrado de los sirvientes y se dio cuenta de que ella también se había relajado desde que notó que había sido aceptada.

Sin más dilación entraron en la mansión seguidos por la señora Lewis y el señor Peers, por lo que Jane dedujo que los demás empleados volvieron al interior de la residencia por la puerta de servicio. Del primer mayordomo, el señor Starling, no supo nada, por lo que Jane pensó que alguien del servicio se ocupaba de él.

Si el exterior del edificio era magnífico, su interior dejaba sin aliento. Lo que más impresionaba nada más entrar era una enorme escalera de mármol que subía hasta el piso superior desde donde se podía ver un pasillo. La vista desde este debía de ser excepcional pues podías ver con claridad el conjunto de la entrada.

Pero no fue hasta que elevó su mirada cuando se percató de la más maravillosa obra de arte que había visto en su vida. Jane no pudo hacer otra cosa más que quedarse paralizada al contemplar semejante belleza, olvidándose de aparentar ser una mujer de mundo.

Braxton se percató de lo que estaba mirando su esposa y se quedó a su lado observando también el fresco representado en la cúpula de la entrada. En él se representaba una escena salida del paraíso, donde los ángeles jugaban distraídos entre las nubes.

Para él, contemplar esa obra de arte era algo normal, por lo que no solía sentir la misma impresión de quien lo vislumbraba por primera vez. Pero en esta ocasión lo observó como si fuera algo nuevo, al contemplarlo a través de los ojos de Jane. Le encantaba verla tan fascinada pues quería que amara esa mansión como antaño él la había amado, y como en el futuro la volvería a

amar.

—Siempre impresiona la primera vez que se contempla —le comentó Braxton aún cerca de ella.

—Creo que nunca podre acostumbrarme a ver algo así —volviéndose hacia Braxton con una sonrisa en los labios le señaló—: Me temo Lord Brandbury, que deberá habituarse a verme ensimismada cada vez que atraviese esa puerta.

Braxton sonrió encantado por su declaración y le besó la mano como muestra de su agrado.

Jane siguió caminando por el espléndido suelo de mármol, sin dejar de contemplarlo todo a su alrededor, y sin quererse perder ningún detalle de los retratos, los murales, los muebles y los adornos que decoraban la mansión.

—Milady, sí así lo desea, mañana podría enseñarle la residencia —señaló el ama de llaves.

—Me parece una magnífica idea señora Lewis —y girándose para mirarla a la cara le comunicó—: Aunque no puedo asegurarle que pueda aguantar tanto tiempo.

La señora Lewis sonrió e inclinó la cabeza, complacida de que a la nueva condesa le agradara tanto la casa y tuviera tantos deseos de conocerla.

—Descubriré, señora Lewis, que mi esposa es una mujer decidida e independiente, capaz de los logros más asombrosos.

—¡Braxton no digas eso! ¿Qué va a pensar ahora la señora Lewis de mí?

—Estoy convencido que tu forma de ser agradara en gran medida a la señora Lewis —señaló Braxton con orgullo, dándose cuenta Jane que las palabras de su esposo no habían sido dichas para humillarla, sino para alabarla.

—Estoy seguro de ello milord —aseguró el ama de llaves mientras miraba con cariño a Jane.

Jane se sonrojó ante semejante cumplido y le complació que el ambiente en la casa fuera tan relajado entre amos y sirvientes, ya que en su anterior hogar su familia también trataba de esa forma a los sirvientes de mayor rango, y le hubiera costado mucho mostrarse con formalismo.

—Y ahora si me disculpas pequeña, temo que debo dejarte, unos asuntos

requieren de mi atención y no puedo postergarlo por más tiempo —dicho esto beso su mano—. Si así lo deseas, durante la cena podemos hablar de las mejoras que necesita Brandbury Hall.

—Me parece una idea maravillosa.

—Mientras descansa y relájate un poco —continuó Braxton sujetando aun la mano de Jane.

Durante un momento se quedaron mirando sin ser capaces de separarse y de que Braxton le soltara la mano. Unos segundos después él se vio obligado a comportarse con rectitud, pues la señora Lewis y el señor Peers se encontraban en la misma sala que ellos, y se les notaba algo incómodos al sentirse como unos fisgones que presenciaban un tacto privado entre dos recién casados.

Sin nada más que hacer o decir Braxton se despidió de Jane con una reverencia, y se marchó hacia su despacho, el cual estaba a un lado de amplio vestíbulo, seguido de su fiel mayordomo el señor Peers.

—Si me permite milady, mandé preparar en sus aposentos un baño de agua caliente para cuanto llegara.

Al escuchar la voz de la señora Lewis Jane volvió a la realidad y asintió mientras contemplaba como se adentraba su marido por una habitación al fondo. Justo delante de los pies de la gigantesca escalera.

—Se lo agradezco señora Lewis, la verdad es que necesito relajarme un poco y quitarme el polvo del camino —le indicó mientras comenzaba a caminar en dirección a las escaleras.

—Si le parece bien milady, puedo encargarme que le suban un té a sus aposentos.

—Me parece perfecto, y también asegúrese de que le sirven otro a mi marido en su despacho. ¡Debe de estar famélico!

El comentario de la condesa agradó al ama de llaves, pues eso significaba que a la señora le importaba el bienestar del conde y que haría todo lo posible por hacerlo feliz. La señora Lewis suspiró aliviada al sentir que en esa casa, después de tantos años, se volvía a respirar amor tras sus puertas. No solo lo sabía por ese comentario, sino por la forma en que su esposa lo miraba. Ella llevaba muchos años sirviendo en esta propiedad y sabía que Braxton había

sacrificado y sufrido mucho hasta volver a formar parte de Brandbury Hall, y le complacía que por fin la suerte le sonriera.

Tras subir hasta el segundo piso y caminar por un amplio pasillo cubierto con una mullida y algo antiguada alfombra roja, legaran a lo que sería los aposentos de la condesa. El ama de llaves se adelantó a Jane y esta abrió la puerta sin acordarse de un detalle.

En el mismo momento en que la puerta se abrió lo suficiente, Bolita salió disparado de la habitación como un rayo, y pasando a gran velocidad entre las faldas de las mujeres, desapareció sin dilación por el pasillo rumbo a las escaleras inferiores.

—¡Oh Dios mío! ¡Se me había olvidado el gato! —Exclamó apesadumbrada la señora Lewis—. Lo lamento mucho milady.

—No se preocupe señora Lewis. Hacía años que no veía correr tanto a Bolita —confesó Jane mientras sonreía tratando de ser comedida, y no soltar una carcajada al ver la velocidad que alcanzaba su perezoso gato y la cara de preocupación del ama de llaves.

—No tema milady. En unos minutos se lo traigo —le anunció la señora Lewis decidida a no permitir que la nueva señora se molestara por su ineptitud.

—No hace falta señora Lewis. Además se exactamente a donde se dirige y sé que estará en buenas manos —Jane tuvo que esforzarse por controlar su sonrisa pues sabía exactamente lo que iba a suceder en escasos minutos.

—¡Hay Dios! —profirió la señora Lewis llevándose las manos a la cara, cuando ella también se percató de las intenciones del gato.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para saber si Bolita había llegado a su destino y si este había conseguido colarse en el despacho, pues la reacción del nuevo conde de Brandbury no se hizo esperar y todos en la mansión pudieron ser testigos de ella.

—¡¡¡Jane!!! —gritó tan fuerte Braxton al ver cómo Bolita saltaba a su regazo, que incluso los dos pisos que los separaban no impidieron que su esposa lo escuchara.

Por supuesto, la señora Lewis se quedó petrificada y con los ojos como platos al escuchar semejante escándalo, pues nunca habría imaginado que el serio y

formal conde se dejara llevar por un impulso y diera semejante muestra de espanto. Él, que era conocido por todos por ser un hombre frío y distante se estaba comportando como una persona completamente diferente desde que había bajado del carruaje con la nueva condesa.

—Señora Lewis. Creo que mi baño tendrá que esperar —fue lo único capaz de decir Jane antes de irrumpir en un sonora carcajada, mientras deseaba con toda su alma haber contemplado la cara de su esposo cuando este vio a Bolita aparecer por la puerta de su despacho.

Con un señor gritando histérico, una señora llorando de la risa, un gato de corría como un loco por los pasillos y unos criados que se asomaban asombrados sin entender lo que estaba pasando, la señora Lewis supo, sin lugar a dudad, que los viejos tiempo de Brandbury Hall donde reinaba la seriedad, la frialdad, y el despotismo, habían llegado a su fin.

Ante ellos comenzaba un nuevo periodo que invitaba a ser toda una aventura, pues la nueva condesa prometía un cambio que desde hacía años necesitaba la mansión y todos sus habitantes. Tal vez la joven señora lograra borrar el pasado y hacer que el futuro entrara a raudales en las viejas paredes de Brandbury Hall.